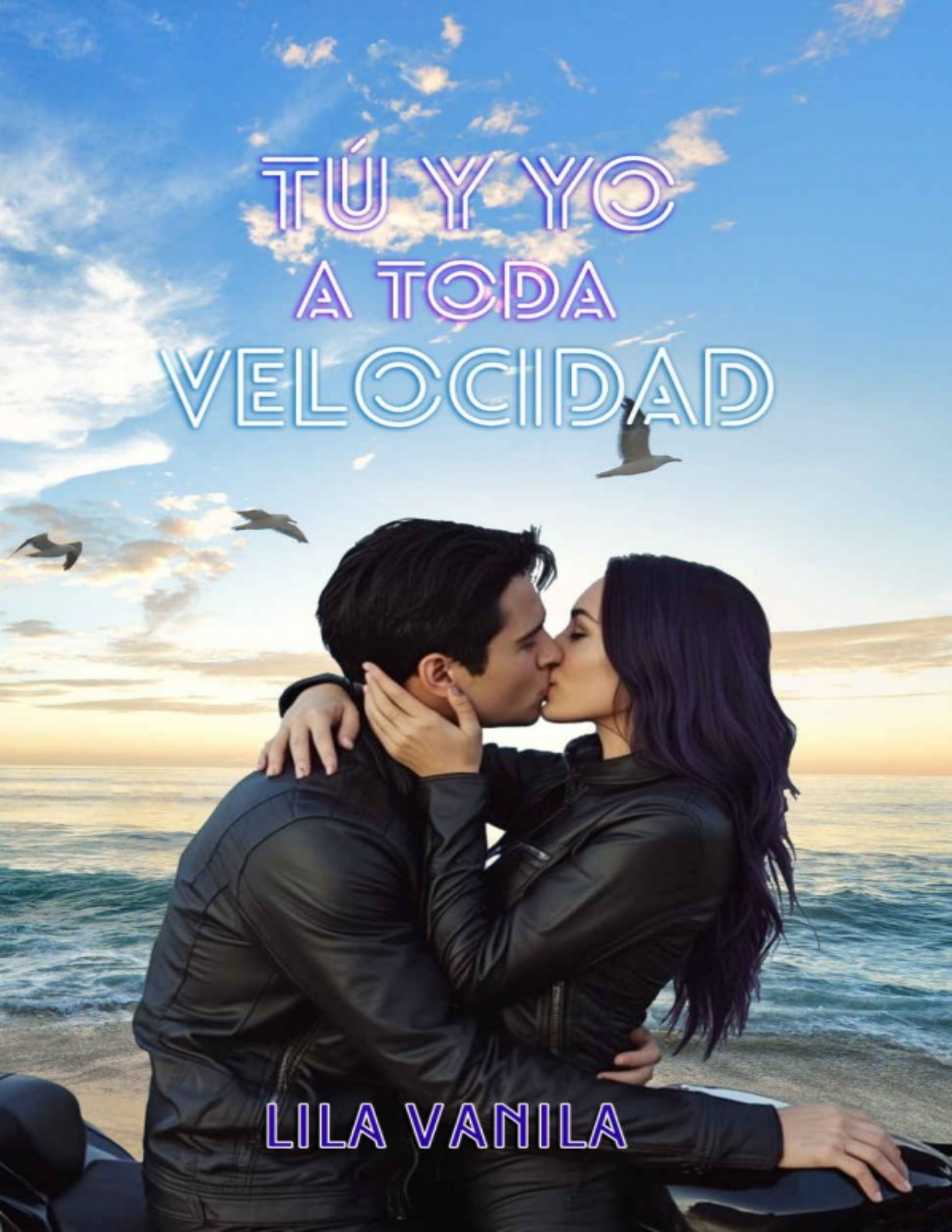
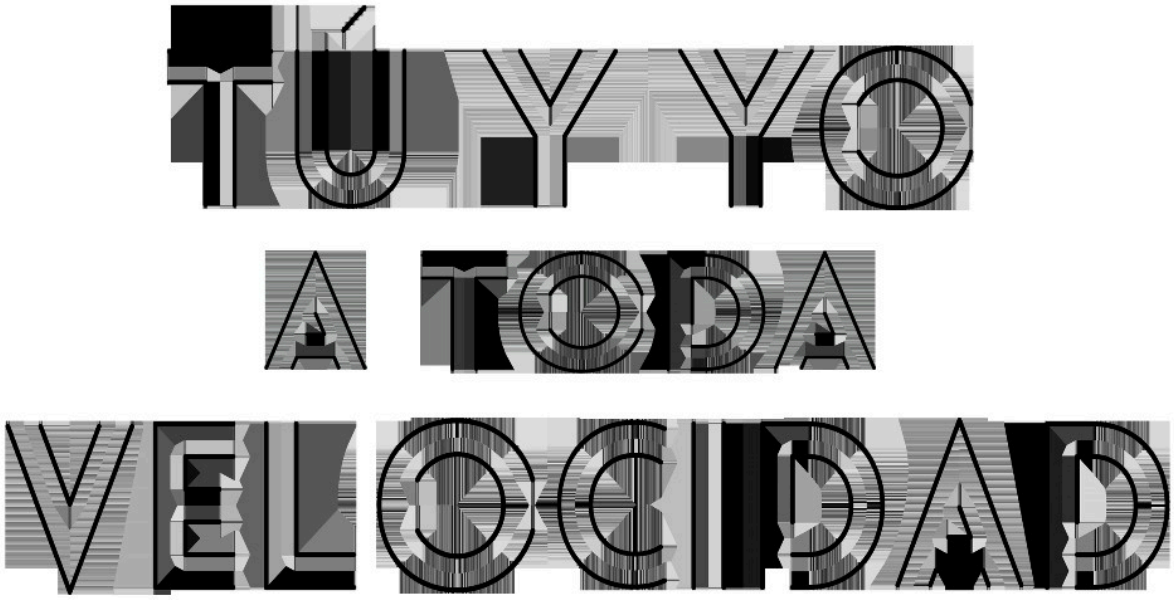

TÚ Y YO
A TODA
VELOCIDAD
LILA VANILA



LILA VANILA

Título original: Tú y yo, a toda velocidad
Diseño de portada: Lila Vanila
Copyright © 2025 Lila Vanila. Todos los derechos reservados. Paperback Edition 2025

A los que han soñado con ser moteros...



Estoy a punto de llegar a mi destino y se desata una tormenta eléctrica, que me está obligando a parar y buscar refugio. Apenas veo nada a través de la visera de mi casco. De pronto, a pocos metros, distingo lo que parece una antigua estación de tren a un lado de la carretera y decido parar allí para esperar a que la tormenta pase. Cuando estoy metiéndome con mi moto bajo la zona techada, observo algo borroso por la visera del casco. La subo y al fin veo nítidamente a otra persona con su moto. Al acercarme, observo a un hombre todo vestido de negro que está apoyado en una BMW. Mira su móvil con atención y ni siquiera se da cuenta de que estoy ahí. Yo aparco mi moto a unos metros de él, cerca del banco de al lado. Apago el motor y me quito el casco empapado. Cuando me bajo, escucho una voz.

—Hola.

Giro la cabeza y es ese hombre saludándome. Solo asiento y esbozo una leve sonrisa, a modo de saludo. Con la llave, abro el sillín para coger una toalla y me pongo a secar un poco el asiento.

—Bonita moto —afirma el hombre desconocido.

—Gracias, igualmente —contesto sin mirarle, continuando con mi tarea.
—Menuda tormenta, ¿eh?
—Sí.
Decido ofrecerle mi toalla para que también seque un poco la piel

de su asiento.
—¿Quieres secarlo? —digo, señalándole su sillín.
—Gracias, creo que me vendría bien —contesta ese hombre,

mientras se acerca para coger la toalla de mis manos.

Me fijo en su cara y es muy atractivo; tiene el pelo castaño claro, los ojos azul turquesa y los labios carnosos y rojizos. También lleva pendientes plateados en ambas orejas, que le quedan realmente bien. Decido quitarme los guantes y la chaqueta empapada y colgarla de la parte trasera de mi moto para que se escurra un poco. Veo cómo él seca el agua de su asiento y me fijo en lo bien que le queda la ropa de motero. Me siento en el viejo banco de aquella estación y me quedo absorta con el sonido de la lluvia cayendo. De pronto, la voz de ese hombre me saca de mi mente.

—Gracias de nuevo —dice devolviéndome la toalla—. Soy Liam.

—De nada. Yo soy Valeria —contesto tendiendo la toalla sobre el banco, para que se seque un poco.
—Encantado, Valeria. Bonito nombre, por cierto.
Vuelvo a asentir con la cabeza y veo cómo Liam se quita su chaqueta, dejándola sobre el banco donde él está. Se queda en camiseta de manga corta, también de color negro, y puedo ver sus musculosos brazos, llenos de tatuajes, que me invitan a querer mirarlos de cerca y averiguar qué son.
—¿Es la Honda Triple R Fireblade?
—¿Cómo? —pregunto confusa, porque estoy recorriendo sus tatuajes y no me he enterado de lo que me ha dicho.
—Digo, que si es la Honda Triple R Fireblade.
—Ah, sí.
—Es realmente bonita. ¿Te importa que me acerque?
—No, no me importa. Adelante.
—La vi cuando la sacaron en un evento, pero esta es más bonita. Veo que la has elegido con todo detalle —dice Liam, mientras recorre mi moto con su mano y la mira fascinado.
—Parece que sabes mucho de motos.

—Sí, son mi pasión. Los coches también me gustan, pero las motos son lo mío. Cuando veo una tan bonita y potente, no puedo evitar admirarla. Supongo que te pareceré un friki, ¿no? —dice echándose el pelo para atrás con sus manos, marcando músculo.
—¿Friki? Nah —contesto bromeando.
Sonreímos ambos por unos segundos. Él sigue tocando mi moto, recorriendo sus curvas y admirándola. Yo le observo a él, su cuerpo musculado, sus tatuajes, sus ojazos y esos labios jugosos que me tientan a besarlos. De repente, vuelvo a escuchar su voz.
—¿La has puesto al máximo alguna vez?
—Claro.
—¿Llega a los cuatrocientos?
—No, pero casi.
—¡Qué pasada! —responde volviendo a tocarse el pelo.
Se hace el silencio. Vuelve a sentarse en su banco y no deja de mirar mi moto. También me mira a mí de reojo. Nos quedamos un poco relajados con el sonido de la lluvia. Durante unos minutos, solo estamos ambos ahí, en ese momento presente sin más. De repente cae un rayo muy cerca de donde estamos y nos sobresaltamos los dos. Nos miramos y comenzamos a reírnos por las caras de susto que hemos puesto ambos.
—Ese ha estado muy cerca, qué susto —digo levantándome del banco para mover un poco mi moto.
—Ya ves. Ha caído justo ahí —contesta Liam, señalando con su dedo el lugar donde cayó el rayo.
La muevo un poco más para el centro de esa zona techada y Liam decide hacer lo mismo. Las dejamos una al lado de la otra y ahora, al volver a nuestros bancos, ya no nos podemos ver, así que Liam se levanta del suyo y se apoya en mi moto para seguir charlando conmigo.
—¿A ti también te apasionan las motos?
—En realidad no, pero la velocidad sí.
—Veo que eres una mujer valiente —contesta esbozando una sonrisa y cruzándose de brazos.
—La vida es demasiado corta para tener miedo —respondo casi sin pensar, mientras miro la lluvia caer.

—Parece que hay una historia tras esa frase, ¿cuál es?
Miro a ese hombre atractivo y le recorro por unos segundos. No me apetece contestarle a su pregunta, así que cambio de tema.
—Tú también eres valiente, montas una de mil cilindradas.
—Te hace sentir vivo —contesta Liam, esta vez, mirándome fijamente —. Tienes los ojos muy bonitos, ¿de qué color son?
—Jajaja. Dice la sartén al cazo. Los tuyos sí que son bonitos —le respondo sin poder evitar reírme.
—Gracias. Pero en serio, me encantan los tuyos, son raros —dice acercándose demasiado a mi cara.
Se aleja y, de nuevo, se vuelve a acercar, lo que me hace sentirme un poco incómoda.
—Es cosa mía, ¿o cambian de color?
Solo sonrío, pero no le contesto. Él saca su móvil y tras unos segundos, habla de nuevo.
—Aquí lo pone, dice que los ojos color avellana son los que cambian de color. Tienen un poco de marrones, ámbar y verde a la vez. También pone que apenas un dos por ciento de la población mundial los tiene, así que son muy raros. Al parecer soy un afortunado —afirma dibujando una bonita sonrisa en su cara.
No sé qué contestar y decido, una vez más, cambiar de tema.
—¿Eres de por aquí?
—Sí, de un pueblo cercano, ¿y tú?
—Yo vivo en Asturias, solo he venido por unos días.
—¿Estás de escapadita?
—Exacto. Vi que aquí hay buenas rutas para ir en moto.
—Bueno, hoy precisamente no las podrás disfrutar mucho, pero sí, hay rutas realmente bonitas.
—Tranquilo, ya las he disfrutado por varios días.
—Si quieres, puedo enseñarte algunos sitios que no salen por internet.
—Mañana me voy, así que... —contesto encojiéndome de hombros.
Liam hace un gesto extraño y se sienta a mi lado en el banco.
—¿Cuándo podamos salir de aquí, dónde irás?
—Creo que me iré a la casa de alquiler donde estoy a darme una ducha bien caliente.

—¿No te gustaría ir a tomar un café o algo caliente conmigo? —pregunta muy directo.
—¿Contigo? —le pregunto señalándole con el dedo.
—Sí.
—Depende.
—De que.
—¿Eres un psicópata?
—No.
—¿Un asesino?
—No.
—Ummm, eso es lo que diría un asesino psicópata.
—Qué graciosa eres, ¿no?
—Tengo mis momentos.
—Bueno, ¿entonces qué?
—Depende de qué hora sea cuando consigamos salir de aquí. Quiero irme temprano mañana.
—Bueno, supongo que cuando termine la tormenta, lo sabremos.
Liam vuelve a mirar mi moto con detenimiento; parece que le gusta mucho. Yo le observo a él, porque me resulta realmente atractivo y más así vestido, todo de cuero.
—¿Por qué llevas una moto tan potente? Para hacer rutas no es necesario —dice Liam de pronto.
—Me gusta la velocidad, ya te lo he dicho antes.
—Pues no sé dónde correrás tanto, porque en estas carreteras es imposible.
—Conozco sitios donde poder volar en libertad.
—Qué bonito eso de volar en libertad, me gusta. Y tú también me gustas, pero no quiero que te sientas incómoda por eso, solo quería decirlo en voz alta.
Liam, a pesar de ser muy atractivo y parecer muy seguro de sí mismo, en el fondo no tiene tanta seguridad como aparenta. Creo que tiene un corazón tierno y quizá se lo hayan roto más de una vez.
—¿A qué mujer conoces a la que le molesten los halagos? Yo a ninguna —digo para que se relaje.
—Bueno, las cosas han cambiado mucho últimamente. Ahora hay mujeres que sí se ofenden por poca cosa. Como hombre tengo que

andar con pies de plomo con lo que digo; es una pena.
—Sí que es una pena, sí —afirmo.
Mientras seguíamos en esa vieja estación de tren atrapados, tuvimos una charla bastante extensa y pudimos averiguar a qué nos dedicamos, qué lugares habíamos visitado con las motos y otros temas variados, pero sin llegar a nada tan personal o íntimo. Al fin y al cabo, somos dos desconocidos a los que una tormenta ha dejado atrapados en una estación de tren.

Cuando al fin amaina la lluvia. Es hora de irse, pero ya está anocheciendo y de lo único que tengo ganas es de darme una buena ducha caliente y de dormir plácidamente toda la noche. Empiezo recogiendo la toalla del banco para guardarla en el asiento de mi moto. Me pongo la chaqueta y, cuando voy a coger mi casco, Liam me dice algo.

—Ya un café no, pero, ¿qué te parece una buena cena? Le miro por unos segundos, deseando decirle que sí.
—Creo que no, Liam. Realmente solo quiero darme una ducha y

meterme en la cama —contesto finalmente.

Él se queda unos segundos pensativo, mientras yo me pongo el casco. Entonces, saca su móvil del bolsillo de su chaqueta.
—¿Me das tu número? Me gustaría seguir en contacto contigo.
Miro su móvil y después a él. Aunque me resulta muy atractivo, realmente no puedo seguir en contacto.
—¿Y si se lo dejamos al destino? —contesto inmediatamente.
—¿Cómo? —me pregunta confuso.
—Hagamos algo. Si la vida nos vuelve a unir, cenaremos, ¿te parece?
—Qué forma más original de rechazarme, jajaja.
Me afecta un poco su expresión de tristeza, así que me quito el casco, me acerco a él y le doy un tímido beso en la boca.
—No te estoy rechazando, solo se lo dejo al destino —digo mientras le miro fijamente y sonrío.
Liam intenta continuar ese beso, pero yo me aparto y me vuelvo a poner el casco, mientras él hace lo mismo. Montamos en nuestras

motos y salgo yo primero del porche de la estación. Pero antes de acelerar e irme, él me hace un gesto con la mano, indicándome que acelere mi moto para escucharla rugir. Lo hago dos veces y él sonríe. Ambos nos vamos de ese lugar a toda velocidad.



Casi un año después…

Llevo viviendo en el mismo lugar desde siempre y, aunque tengo ganas de vivir en otros lugares, al menos por un tiempo, soy tan feliz aquí que nunca llego a plantearme en serio lo de irme. Pero desde hace como un año, sí que tengo la necesidad de irme de casa a vivir sola, como hizo mi hermano en su día. Quiero quedarme cerca de mi familia, pero ser independiente. Así que, a pesar de que con el negocio familiar nos va muy bien y el sueldo que me pagan mis padres desde los veinte años es bueno, deseo construir mi propio lugar. Ese deseo me llevó a competir en carreras ilegales junto con mis mejores amigos de la infancia. Con ellos creamos un grupo de moteros y competimos en esas carreras donde ganamos mucho dinero, fácilmente. No es lo que más me guste hacer, pero ese dinero me ha permitido tener unos ahorros considerables, que me ayudarán a construir mi propio lugar en el mundo. Mi amigo Aitor me ha ayudado a invertir parte de mis ahorros, así que me está yendo muy bien desde hace unos meses y pronto podré independizarme. Es mi secreto. Es lo único que nunca le diré a mi familia y se quedará para mí.

Esta noche competiremos en una de esas carreras ilegales. En pocas horas iremos a un viejo circuito para poner a prueba nuestras motos y ver quién gana. Yo he gastado mucho en mi moto, para que sea muy potente, y suelo ganar las carreras, gracias a eso. Hoy correremos contra unos tíos que no son trigo limpio, así que estaremos atentos para no caer en sus estafas. Son conocidos por dar el cambiazo a las motos en el último momento para asegurar su victoria. Nosotros, como ya les conocemos, les haremos la misma jugada.

Será mejor que vaya a reunirme con los chicos y poner las motos a punto.
—Hola, chicos, ¿cómo va? —pregunto aparcando mi moto en el garaje de Aitor.
—Ey, Valery, estamos a tope —contesta mi amigo Luis.
Somos un grupo de tres. Nos conocemos desde siempre y eso hace que todos estemos muy cómodos juntos. Aitor es el apasionado de las motos y el que nos convenció de meternos en esto de las carreras. Luis es el hijo del mecánico del pueblo. Él es el que nos pone las motos a punto y les da un extra de potencia. Ambos me llaman Valery desde niña, porque les gusta más. Son los únicos que me llaman así. A Luis le gusta llamarnos la Tríada Motera, porque dice que suena a mafia. Aunque dejamos claro desde el principio que esto de la tríada y de las carreras tiene fecha de caducidad, lo estamos disfrutando y viviendo al máximo mientras dure. Hasta tenemos chaquetas de cuero personalizadas con un diseño que hizo Aitor. Todo esto nos hace sentir niños de nuevo, cuando jugábamos en el patio del colegio. Pero, sobre todo, a mí me hace sentir viva y es lo que necesito desde el suceso que me cambió para siempre.
Llegamos al circuito y ya hay varias personas por ahí. Nosotros, como siempre, nos quedamos un poco apartados del bullicio y nos centramos en probar nuestras motos, para que nada falle. Cuando ya han llegado todos los moteros y la gente al lugar, comienzan las apuestas. Aitor es el encargado de hacerlas, ya que conoce bien al tío que las lleva. El tipo contra el que correré yo es el típico chulo, que va fardando de chicas y de moto. Nada nuevo en este mundillo. Pero

antes, compiten los novatos, los que nunca han estado allí. Hoy hay varios; a ver de qué pasta están hechos.
La primera carrera la gana uno de los veteranos y ha sido limpia. Ese tío lleva dedicándose a esto muchos años, tiene casi cincuenta y no quiere dejarlo nunca. Es el típico motero apasionado y que sueña con morir cabalgando y escuchando el rugido de su motor, mientras se estampa contra algo y su vida termina. Eso es lo que me contó la primera vez que competí contra él. Es buen tío y muy legal. No le gustan los trapos sucios e intenta que las carreras que se organizan sean limpias para todos, pero no siempre lo consigue.
La segunda carrera comienza, mientras yo me preparo para la siguiente, que es la mía. Porque después de los novatos competimos las mujeres. Mientras reviso mi moto, me fijo en que el novato está solo, esperando a que llegue su oponente. Se le ve tranquilo y confiado. Eso me hace pensar que no debe ser su primera carrera. Miro por mi retrovisor y veo que están haciendo el cambiazo de la moto del otro que competirá contra ese tipo. Espero que él se dé cuenta y lo solucione, pero no lo hace, así que aviso a Luis y él intenta hablar con el veterano, pero no llega a poder hacerlo cuando arrancan los motores y da comienzo su carrera. La moto del cambiazo es muy superior a la del novato y no le cuesta ganarle. Veo a lo lejos cómo se cabrea y discute con el ganador. Los otros tíos de ese grupo van hacia allí. *Esto no pinta bien*, pienso. Cuando llegan todos, uno de ellos tira al suelo al novato de un puñetazo y comienzan a pegarle entre todos. Yo me pongo el casco y voy a toda velocidad hacia allí sin pensarlo. Cuando estoy a pocos metros, pongo mi moto lateral para tirarlos al suelo.
—¡Sube! —grito al novato, extendiéndole mi mano para ayudarle.
Él se sube con dificultad y se agarra demasiado fuerte a mi cintura, impidiéndome respirar con normalidad. Huyo a toda velocidad del circuito y me escondo en un bosque cercano. Cuando llego e intento desmontarme, siento todo el peso del novato en mi espalda y veo por el retrovisor que está con los ojos cerrados.
—¡Eh, novato! —exclamo con un tono de voz bastante alto—. Ya estás a salvo, puedes soltarme.
No responde, así que le vuelvo a mirar y parece que está

inconsciente. Decido llevarle a urgencias porque tiene varios golpes en la cabeza que no pintan nada bien. Al cabo de un rato, un médico se me acerca.
—¿Eres familiar o amiga del paciente?
—No.
—¿Sabes qué ha pasado?
Me quedo pensativa por un momento, para contar la historia omitiendo lo de las carreras ilegales.
—Sí. Solo vi que estaba tirado en el suelo herido y le recogí.
—¿Entonces no viste lo que pasó?
—No.
Creo que ese médico no se ha tragado mi versión de las cosas. Pero no voy a decir que unos tíos le estaban dando una paliza en una carrera ilegal; eso me metería en muchos problemas y al novato también.
—Está estable, pero tiene varias contusiones y golpes en la cabeza, así que le tendremos en observación por esta noche. Como no eres familiar ni amiga, no puedes entrar a verle cuando despierte. Nosotros nos pondremos en contacto con sus familiares; puedes irte si quieres.
—Vale. Me alegro de que esté bien. Adiós.
En cuanto salgo del hospital, recibo la llamada de Aitor.
—¿Dónde estás?
—En el hospital. El novato está bien, por suerte, pero le han dado una buena paliza.
—Seguro que está mejor que su moto, créeme —afirma mi amigo.
—¿Cómo? —pregunto confusa.
—Esos cabrones la han prendido fuego.
—¡No me jodas! —exclamo sin poder evitarlo.
—Así es. Será mejor que nos veamos en mi garaje. Se ha liado una buena aquí, por culpa de esos estúpidos.
—¿Luis y tú estáis bien? —pregunto algo preocupada.
—Sí, estamos bien. Salimos de allí en cuanto se liaron a hostias unos con otros. Estamos cerca del circuito por si te veíamos, pero vamos a mi garaje y nos vemos allí.
—Vale, ya voy.

Voy hacia donde está mi moto y cuando llego, me fijo que hay algo en el suelo. Es una cadena con un colgante plateado. Pienso que debe ser del novato y lo recojo del suelo. Me lo meto en el bolsillo de mi chaqueta, arranco la moto y me dirijo al garaje de Aitor.
—Menuda se ha liado, ¿eh? —dice Luis al verme llegar.
—Esos tíos siempre dan por culo. Son mala gente y muy agresivos. No deberíamos aceptar más carreras con ellos o podríamos tener problemas. —contesta Aitor, mientras limpia su moto con un trapo.
—Son las carreras donde más dinero ganamos —replico quitándome la chaqueta.
—Sí, ya sé que tú haces esto por la pasta, pero quizá la próxima vez se carguen a alguien y nos veamos envueltos en algo muy turbio, Valery —agrega Luis.
—De todas formas, el veterano les ha dejado claro que si vuelven a aparecer por el circuito lo lamentarán, así que se acabaron las carreras con ellos, nos guste o no —dice Aitor, para terminar esa discusión—. Por cierto, ¿qué tal en el hospital?
—El médico no se ha tragado mi historia, creo —contesto tirándome en el sofá.
—¿Qué le has contado? —me pregunta Luis, mientras saca unas cervezas de la nevera.
—Solo que le vi tirado y lo llevé, pero que no vi nada de lo que sucedió.
—Bueno, has hecho lo correcto.
—¿Sabes lo malo?
—Que.
—Tengo que volver al hospital, porque encontré algo en mi moto, que creo que es de él.
—No tienes por qué ir —dice Aitor dándole un sorbo a su cerveza.
—Debo hacerlo, creo que es suyo y quiero devolvérselo. Iré mañana, porque le han dejado en observación por esta noche.
—Tú misma —contesta Luis.
Tras un par de horas con los chicos, me voy a casa. Me duermo enseguida y, al despertar, lo primero en lo que pienso es en devolver ese colgante al novato, así que me dirijo hacia el hospital sin dudarlo. Cuando llego a urgencias, veo al doctor hablando con alguien que

está de espaldas, pero me resulta algo familiar. El doctor me ve enseguida y me hace un gesto para que me acerque a él. De repente, ese alguien se da la vuelta y es Liam. Me paro en seco cuando le veo la cara. Solo quiero largarme de allí, pero es demasiado tarde; él ya me ha visto y reconocido. Mientras me acerco, él me sonríe y se echa el pelo hacia atrás para apartárselo de la cara. Ese gesto me parece muy sensual en ese momento, no sé por qué.
—Aquí está la chica de la que te he hablado —dice el doctor, sin siquiera saludarme.
—Vaya, así que tú eres la heroína —contesta Liam, con un tono muy sarcástico.
—Yo solo quería devolver esto —digo enseguida, sacando el colgante del bolsillo de mi chaqueta.
—Eso es de Alex —contesta Liam al verlo.
—Lo encontré cuando me iba del hospital; se le debió caer. Toma —explico mientras le doy el colgante.
—Como le decía a Liam, Alex ya está despierto. Todo está bien, le daré el alta ahora mismo y os podréis ir.
El doctor se marcha y nos quedamos solos, así que intento escabullirme yo también, pero Liam me lo impide.
—Al parecer el destino ha querido unirnos, así que me debes una cena, ¿no?
—¿Qué? No sé de qué me hablas. ¿Quién eres? —pregunto fingiendo no conocerle.
—Deja de fingir que no me conoces, lo has hecho en cuanto me has visto. Te lo he notado en la cara de susto que has puesto, sin mencionar que te has parado de repente.
—Lo siento, no sé quién eres ni de qué me hablas. Solamente he venido a devolver esto y ya me voy, adiós —insisto en fingir para irme de allí cuanto antes.
—Supongo que solo te hiciste la femme fatale entonces, dándome ese beso que aún tengo grabado a fuego en mi boca.
De nuevo, veo esa triste expresión en la preciosa cara de Liam y no puedo evitar sentirme mal conmigo misma.
—Créeme, no soy buena para ti —sentencio antes de dirigirme hacia

la puerta de salida.
—¿No debería decidirlo yo? —pregunta Liam, cogiéndome de la mano, para evitar que me marche.
Cuando me libero, el novato se acerca a nosotros.
—Wow, aquí está la chica de mis sueños —suelta mientras se me echa encima.
—Pues la chica de tus sueños ya se va. —Suerte, novato — contesto mientras intento liberarme de su abrazo.
Él me lo impide y me susurra algo al oído.
—¿Puedes seguirme el rollo y llevarme con mi moto, por favor? Mi amigo no sabe lo de las carreras.
—No es mi problema, lo siento —afirmo contundente.
—Por favor, ayúdame. Te lo compensaré —insiste el novato.
Asiento con la cabeza para confirmar que le ayudaré y él le explica a Liam una historia que nada tiene que ver con la realidad. Le convence de que se vaya a descansar a un hotel y que se reunirá con él en unas horas, después de agradecérmelo como merezco. Liam se va cabreado del hospital. El novato y yo salimos unos minutos después de recibir el alta médica. Montamos en mi moto y le llevo al circuito donde encontramos la suya totalmente quemada.
—No, ¡maldita sea! —exclama echándose las manos a la cabeza —. Esos estafadores me quemaron la moto.
Yo me quedo callada, mirando cómo sufre el novato. Prefiero no decir que ya lo sabía.
—¿Puedes llevarme de vuelta? Llamaré a mi amigo para que me recoja en el hospital.
—Eso no será necesario, Alex —dice de repente Liam, que está detrás de nosotros.
—¡No me jodas! ¿Qué haces aquí? —pregunta el novato a su amigo.
—Sabía que pasaba algo turbio. Contigo siempre es así. ¿No me juraste que habías dejado estas putas carreras?
Liam está realmente enfadado y yo solo quiero irme de ahí y no volver a ver a ninguno de esos dos. Me repito que nada de eso es mi problema, pero no puedo evitar sentirme mal por Liam. Hago un intento por irme sin que se den cuenta, pero Alex me lo impide.
—Por favor, cuéntale lo que pasó. Como esos tíos me estafaron —me

dice el novato, agarrándome fuertemente del brazo.
Podría decir que no vi nada, que no sé nada de eso y simplemente irme, pero me siento mal por Liam, no puedo evitarlo y me está quemando esa sensación.
—Esos tíos le dieron el cambiazo a las motos para ganarle suciamente y después le empezaron a dar una paliza. Cuando lo vi tirado en el suelo, fui a recogerle y llevarle al hospital. Esa es toda la verdad —respondo honestamente.
—Eso no cambia nada, estúpido. Me juraste que lo habías dejado y mírate, sin moto y apalizado por unos tíos cualquiera. ¿Sabes qué? Se acabó. La has cagado por última vez, vete a la mierda —contesta Liam muy enfadado y decepcionado, mientras se marcha hacia su coche.
—Espera, tío, no volverá a pasar, te lo juro —afirma Alex, intentando evitar que su amigo se vaya.
—Así que me lo juras, jajaja. Tu palabra no vale nada, ¡apártate! —dice Liam empujando al novato.
Alex cae al suelo y Liam se monta en su coche. Antes de que arranque el motor, me acerco rápidamente a su ventanilla y le hablo para intentar calmarle y convencerle de que ayude a su amigo, a pesar de todo.
—No puedes dejar a tu amigo aquí así. Sé que estás enfadado, pero no puedes hacerlo —le digo con un tono de voz muy calmado.
—Observa cómo lo hago. No tienes ni idea de todas las veces que le he tenido que salvar, así que no me digas lo que puedo y no puedo hacer, Valeria.
Está encendiendo el motor para irse y no sé qué hacer para convencerle de que se lleve a su amigo de aquí, porque yo no quiero cargar con este problema. No es mi problema.
—Si le llevas de vuelta a casa mañana, cenaré contigo esta noche —le suelto de repente, agobiada por la presión.
Liam baja la ventanilla.
—No creo que merezca la pena aguantarle todo el camino por una cena, lo siento —contesta tajante.
Decido acercarme a su oído y susurrarle algo.
—Supongo que ese beso no se te quedó tan grabado a fuego como

dijiste, ¿no?
Él susurra algo que no logro entender. Después contesta.
—Mierda. Está bien, ayudaré por última vez a ese estúpido, pero dame algo como garantía de que cumplirás tu palabra y cenaremos juntos.
—Te doy mi palabra y mi número —le digo cogiendo su móvil del salpicadero—. Mándame la ubicación del sitio que elijas para cenar y te prometo que iré.
—Está bien, tenemos un trato —contesta mirándome con sus bonitos ojos turquesa.
Le hace un gesto con la mano al novato para que monte en el coche y se van, mientras yo arranco mi moto. Antes de salir del circuito, les adelanto y le hago un saludo militar a Liam. Me dirijo a casa rápidamente, mientras pienso en que he hecho lo correcto, pero ahora tendré que pagar el precio. Cuando llego, me encuentro a mis padres entrando por la puerta, cargados de bolsas.
—Anda, hija, ayuda a tu padre, que aún quedan varias bolsas — me pide mi madre amablemente.
—Voy.
—Gracias, hija —dice mi padre al cogerle varias bolsas—. ¿De dónde vienes?
—De hacer algo con los chicos.
—¿Todo bien?
—Claro.
Entramos en casa los tres y dejo las bolsas encima de la isla de la cocina. Subo las escaleras hacia mi habitación y me meto directamente en la ducha. Quedan varias horas para cenar con Liam, así que, después de ducharme, voy a los alojamientos para revisar que todo esté bien. Después de casi una hora, me llega un mensaje de Liam, indicándome dónde iremos a cenar y pidiéndome que me ponga elegante. *¿Elegante? Creo que no tengo nada elegante*, me digo. Comienzo a rebuscar en mi vestidor y solo veo puros leggins, camisetas y cuero, mucho cuero. No tengo ni idea de qué me puedo poner. Al final opto por el cuero.
Llego al restaurante, paso por delante y busco un lugar para dejar mi moto bien aparcada. Es muy pronto, así que cuando me quito el

casco y lo guardo, me miro en mi retrovisor para ver si tengo bien el pelo y lo tengo algo revuelto. Me lo arreglo con las manos un poco y me pinto los labios. Espero unos minutos apoyada sobre la moto y, cuando es la hora, camino hacia el restaurante. Veo mi reflejo en un escaparate y me observo por unos segundos. Creo que no voy bien vestida para ese restaurante, pero ya no puedo hacer nada. Llevo unos pantalones de cuero negro y lentejuelas, una camisa de satén negra y unos botines con poco tacón. En una moto como la mía no se puede ir en taconazos. Miro por el cristal y veo a todas las mujeres vestidas con trajes de chaqueta o con vestidos; creo que estaré bastante ridícula, pero es lo que hay. Entro y me acompañan a la mesa donde está Liam. Él se levanta para recibirme y me regala una bonita sonrisa. Yo me quedo sorprendida de lo atractivo que está vestido con ese traje de chaqueta gris, que le queda como un guante, y el pelo peinado hacia atrás.
—Veo que tú sí tienes palabra —dice Liam complacido por mi presencia.
—Un trato es un trato —contesto sonriendo levemente.
Liam aparta mi silla de forma caballerosa.
—¿Cómo está Alex? —pregunto por curiosidad.
—No quiero que hablemos de él, por favor —me pide Liam, amablemente—. Estás realmente guapa.
Liam se acerca demasiado a mi cara mientras coloca mi silla y noto cómo me huele el cuello de forma sutil. Me resulta muy sensual tenerle tan cerca de mi cuello y una imagen erótica se forma de pronto en mi mente. Trago saliva por un momento y contesto a su piropo.
—Gracias. Voy de motera elegante, como me pediste.
—Jajaja. Eres única, Valeria.
—Tú sí que te has puesto muy elegante. Ese traje te queda genial, estás muy atractivo.
Se hace el silencio. Liam solo me mira fijamente, lo que hace que me sienta nerviosa, pero no quiero decir nada. Prefiero que él sea quien lleve el control de la cena. Me pongo a mirar la carta y él hace lo mismo. A los pocos minutos, llega un camarero y nos toma nota.
—¿Sabes? Durante unos meses pensé mucho en esta cena y ahora

que está sucediendo, no sé ni qué decir. ¿No es absurdo? —dice Liam un poco nervioso.
—¿En serio? Quién lo diría. Aparentas mucha seguridad.
—¿No me crees?
—La verdad, no.
—Vaya. ¿Por qué no?
—Porque dudo mucho que hayas estado pensando durante meses en una cena con una desconocida.
—Bueno, honestamente, en lo que pensé es en ese beso que me diste.
—Solo fue un pico, no fue nada —digo quitándole importancia.
—Para mí sí lo fue. Desde entonces no pude sacarte de mi cabeza, Valeria —confiesa Liam, mirándome con sus ojos turquesa.
Me cuesta resistirme a él y más cuando me mira así. Le deseo, eso está claro, pero parece un buen tío y no quiero hacerle daño, así que solo puedo alejarme. Eso es lo único que puedo hacer y eso haré.
—Tú no quieres hablar de tu amigo y yo no quiero hablar de esto, así que supongo que cenaremos en silencio, jajaja —suelto riéndome.
Liam se queda cortado por un instante y con esa mirada triste.
—Bueno, entonces hablemos de motos.
—Sí. Parece que olvidaste traer la tuya.
—Vine en coche para llevarme más cómodamente a Alex. Después de esa paliza no creo que le apeteciera mucho regresar en moto.
—Cierto, si algo tienen los coches es comodidad.
—También velocidad.
—No más que una moto.
—Depende.
—De qué. Una moto siempre será más rápida que un coche, eso es lo mejor que tienen.
—Bueno, sí. Pero depende de la moto y del coche.
—Obviamente.
—Creo que esta conversación es muy ridícula. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?
—¿De qué?
—No sé. De ti, de mí...
—¿No hablamos de eso ya en aquella estación?

—Bueno, sí, pero, ¿qué ha sido de tu vida desde entonces?
—Nada nuevo. Trabajo, casa, carreras y repetir.
—¿Cómo? ¿Es que tú estabas allí por una carrera ilegal? — pregunta Liam con tono de enfado.
¿He dicho carreras? Mierda, pienso*.* No me queda otra que ser sincera; ya la he cagado.
—Sí, yo llevo haciéndolo unos años, pero no conocía de nada a tu amigo, que conste.
—Maldito Alex —dice dando un pequeño golpe en la mesa.
En ese momento, por suerte, llegan los primeros platos y comenzamos a cenar al fin. Pasan unos minutos y solo comemos y bebemos en silencio, mirándonos. Es una situación bastante incómoda y me dan ganas de largarme de allí para no volver. Cuando termina su plato, se levanta y me dice que va al baño. A los pocos segundos, suena mi móvil.
—Hola, soy Alex. ¿Estás con Liam ahora?
—No, ha ido al baño, pero ¿cómo tienes tú mi teléfono? No recuerdo habértelo dado.
—Lo sé. Pero me he hecho con él, disculpa. Solo quería agradecerte por todo, Valeria. Mañana regresamos a casa y no tendré ocasión de decírtelo en persona, así que tenía que hacer algo.
—Vale, está bien, de nada. Cuelgo que llega Liam —contesto, a pesar de seguir sola en la mesa.
Estos dos son bastante molestos, pienso.
Sigo comiendo mi rico plato y enseguida llega Liam.
—Quiero pedirte disculpas por esta cena tan incómoda, no lo había planeado así en absoluto.
—¿Y qué habías planeado? —pregunto curiosa.
—Pues cenaríamos charlando animadamente y luego iríamos a dar un paseo y a ver las estrellas desde un lugar bonito. Como te dije en la estación, soy un romántico.
—El trato era la cena, nada más. ¿Qué te hizo pensar que veríamos las estrellas juntos?
—Solo era una esperanza. Maldita sea, Valeria, ¿por qué me tratas así todo el tiempo?
—Cómo te trato.

—Como si no sintieras nada, como si no te importara y no me desearas. Ambos sabemos que en aquella estación surgió algo y te recuerdo que me besaste —dice Liam bastante molesto.
—No voy a negar lo evidente, pero yo elegí olvidarlo, eso es todo.
—Vaya, qué cruel eres.
—Solo soy honesta contigo. Como te dije en el hospital, yo no te convengo, así que te lo estoy poniendo fácil.
—¿Qué me estás poniendo fácil?
—Olvidarme.
—¿Así que ese es tu plan? ¿Tratarme mal, para que decida olvidarte?
—Algo así.
—Pues, ¿sabes qué? No estoy de humor para esto, así que es todo. Enhorabuena, Valeria.
Liam, enfurecido, se levanta, deja dinero sobre la mesa y se marcha del restaurante sin más. La gente me mira, así que decido ir al baño y esperar un rato, antes de marcharme yo también. No me ha gustado tener que tratarle así, sé que no se lo merece, pero precisamente por eso, debía hacerlo. Debía alejarle de mí, antes de que ya no pudiera. Otras veces me he dejado llevar por mi corazón y al final he acabado haciendo mucho daño a otros como Liam. Hombres buenos y a los que podía amar. Me prometí a mí misma que no volvería a hacerlo, aunque eso signifique estar sola.
Al cabo de unos minutos, salgo del restaurante lo más rápido posible y, antes de llegar a mi moto, alguien tira de mí bruscamente. Es Liam. Sin mediar palabra, me besa una y otra vez, sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Comienza el baile entre los dos, un baile muy sensual y apasionado. Mi cuerpo me pide más, pero mi cabeza me intenta hacer parar. Liam me besa el cuello y eso me enciende demasiado, pero debo parar y en algún momento lo haré; solo me permitiré disfrutar un poco más. Solo un poco más. Entro en un éxtasis de placer y, cuando me quiero dar cuenta, estamos en su coche, pero ni siquiera recuerdo haber caminado hasta allí. Debo pararlo antes de que sea tarde, pero es tan ardiente y placentero que no tengo suficiente fuerza de voluntad.
—Llevo meses enamorado de ti y finalmente estamos juntos — suelta Liam excitado.

—No, no, no —repito una y otra vez, saliendo de ese trance y volviendo en mí—. Liam, para.
—Te deseo demasiado, Valeria, no me obligues a parar.
—Perdóname, pero tengo que hacerlo, no puedo hacerte esto — digo saliendo del coche con mucho esfuerzo.
—¡Joder! —contesta Liam desde el asiento de su coche, tapándose la erección.
—Te lo he dicho mil veces, no soy buena para ti y no quiero hacerte daño, así que me voy para siempre. Por favor, borra mi número y no me llames más.
Cuando me doy la vuelta para marcharme, Liam sale del coche y se aferra a mí, rogándome que le dé una oportunidad, pero yo me mantengo firme y me libero de él, para dirigirme rápidamente hacia mi moto y, sin pensarlo, irme de allí.
Al fin llego a casa. Sin darme cuenta, las lágrimas me han estado cayendo por las mejillas durante todo el camino y tengo la cara muy colorada, así que subo las escaleras sin ser vista y me encierro en mi habitación para desahogarme y llorar hasta que me quedo dormida. Una vez más, tengo que dejar escapar el amor por ser como soy.



Al día siguiente, miro el móvil y tengo varias llamadas y mensajes de Liam y, con mucho dolor, bloqueo su número y borro todos los mensajes. Decido pasar el día en la playa con los chicos para despejarme, así que cojo mi moto y voy hacia donde hemos

quedado. Al verme, enseguida notan que me pasa algo.
—Suéltalo, Valery —me dicen ambos.
Luis y Aitor esperan que les cuente qué es lo que sucede, pero no quiero hacerlo, así que me escapo de su interrogatorio, corriendo hacia el agua. Ellos me siguen y empezamos a jugar como niños, chapoteando y haciéndonos aguadillas. Con ellos nunca puedo estar triste; me levantan el ánimo solo con su presencia en mi vida. Es una de las cosas más valiosas que tengo, su amistad incondicional. No siempre fue así; Luis y yo tuvimos nuestra primera relación de novios, lo hicimos todo por primera vez juntos, el primer beso, la primera vez... Fuimos el primer amor del otro durante un tiempo, pero todo comenzó a complicarse y decidimos volver a ser amigos. Supongo que no estábamos destinados a ser pareja, pero no me arrepiento de haberlo intentado. Desde entonces nuestra amistad se hizo más y más fuerte y siempre he podido contar con él, ya que no tengo amigas femeninas. Nunca se me dieron bien las chicas, por alguna razón que desconozco.
—Venga, cuéntanoslo, tonta —insiste Aitor.
—¿Que cuente qué? —pregunto haciéndome la tonta.
—Lo que te ha pasado con ese chico de la carrera, porque algo ha pasado y lo sabes —dice Luis convencido.
—No quiero hablar de eso, solo quiero divertirme, ¿vale?
—Ok, te daremos tu espacio, pero tú pagas hoy entonces.
—Vale.
Ambos son los mejores amigos que se pueden tener; ni siquiera con mi hermano me llevo tan bien.
—¿Jugamos a nuestro juego?
—¿Quieres un ligue? —pregunta Luis.
—¿Vosotros no?
—Vale, hoy te lo conseguiremos a ti. Elige a uno —dice Aitor.
Desde que estábamos en el colegio, comenzamos una especie de juego, donde nos ayudábamos a conseguir a los niños y niñas que nos gustaban. Seguimos haciéndolo. Simplemente colaboramos para conseguir ligues y nos divertimos en el proceso.
Miro por la playa y veo un grupo de hombres de entre treinta y cuarenta años. Me fijo en uno de ellos que está leyendo una revista

de motos, mientras toma el sol. No es el más atractivo de todos, pero al menos tendremos algo de lo que hablar y así olvidarme de Liam por unas horas.
—Ese, el que está con la revista —digo señalándole discretamente.
—Joder, Valery está en un grupo. ¿No puedes elegir a otro que esté solo? —se queja Luis.
—Mira, ese tío es mejor y será fácil —responde Aitor, señalando a un tío bastante atractivo que está en el agua, a unos cuantos metros de nosotros.
—Ok, me vale.
—Bueno, pues sal del agua y ya sabes, haz eso que siempre haces.
Salgo del agua y voy hacia mi toalla. Comienzo a secarme con ella con poses sensuales para llamar la atención del tipo del agua. Lo que no me espero es que de pronto se me acerque el tío de la revista.
—Hola. Oye, me fijé en ti en cuanto llegaste a la playa y me preguntaba si estás con alguno de esos tíos —dice el tipo tímidamente.
—Solo son mis amigos —contesto enseguida, mientras observo cómo Aitor y Luis se acercan al tío del agua.
—¿Tus amigos gays?
—No, amigos a secas.
—Ah... ¿Te gustaría dar un paseo y charlar un rato conmigo?
—Sí, me apetece.
Dejo la toalla y comenzamos a caminar por la orilla. Pasamos por delante de mis amigos y del tío del agua, que nos miran con cara de sorpresa.
—Oye, no mires, pero esos tíos del agua te están comiendo con los ojos —me dice en voz baja el tipo de la revista.
—No creo que me miren a mí —contesto haciéndome la modesta.
—Vaya, además de preciosa, humilde.
Ambos sonreímos. Se le ve muy cómodo y seguro de sí mismo y eso me hace sentirme cómoda también.
—Me llamo Samuel, por cierto. ¿Y tú?
—Soy Valeria.
—Qué más sorpresas guardas, Valeria, cuéntame.
—Pues tengo treinta años, estoy soltera, soy motera y empresaria. Tú

qué me cuentas.
—Wow, impresionante perfil. No entiendo por qué estás soltera, pero en fin... Yo tengo treinta y ocho, me gustan las motos y los coches en general y también soy empresario. De hecho, estoy de retiro con los de la empresa.
—¿De retiro?
—Sí. Somos varios socios y amigos y nos hemos traído a los empleados para disfrutar un poco juntos, que nos conozcan más, ya sabes...
—Eso es genial, me gusta.
—A mí me gustas tú —suelta de pronto el tipo, sin esperármelo.
—A mí también me pareces atractivo. Pero tengo una pregunta. Prefieres los coches o las motos.
—Diré las motos, ya que eres motera y seguro que es una pregunta trampa, jajaja.
—Chico listo. Y tú, ¿estás soltero?
—En realidad estoy casado, pero no me va bien en mi matrimonio y busco mujeres para saciar mi hambre de sexo salvaje, jajaja —contesta riéndose.
—Vaaaale, pues chao —digo comenzando a correr para largarme de allí.
Samuel me alcanza y me coge de la cintura para retenerme.
—Es broma, no estoy casado, pero no me importaría estarlo con una mujer como tú, ¿sabes? —dice de forma muy sensual.
—Pues qué pena, no estoy buscando un marido, solo alguien con quien pueda ser yo.
—Explícate.
—Nada. Solo quiero divertirme. ¿Por qué no nos divertimos juntos? —contesto dándome la vuelta y acercando mis labios a los suyos.
—Vaya, veo que no te gusta perder el tiempo. Pero para que quede claro, solo estaré aquí por dos días. Luego volveré a casa, muy lejos. ¿Qué pasará entonces?
—Que tú volverás a tu vida, yo a la mía y no volveremos a vernos —digo acariciándole el pelo suavemente y mirándole a los ojos.
—Qué pena, no volver a saber nada de una mujer tan hermosa. ¿No podríamos seguir en contacto y vemos qué pasa?

—Eso no es una opción. Si no quieres lo que te ofrezco, está bien —contesto liberándome de sus brazos.
—No rechazaré la oportunidad de estar contigo. No soy estúpido.
Samuel me coge de la cara y me besa. En ese instante, la imagen de Liam se viene a mi mente. Cierro los ojos y me concentro en este momento presente para disfrutar de los besos de este tipo tan agradable. Acabamos teniendo una noche de sexo salvaje y placentero, pero vacío y sin sentido, como siempre. Al despertar, me pregunto por qué sigo acostándome con tíos desconocidos una y otra vez y siempre me llega la misma respuesta. Hace que me sienta viva.
***

Ocho meses después…

Despierto tras un sueño realmente reparador y lo primero que veo es el mar de fondo, como siempre. Me estiro todo lo que puedo y al fin me levanto de mi cómoda cama. Después de ir al baño, bajo las escaleras y huele a tostadas, así que se me despierta instantáneamente el hambre. Veo a mi madre y a mi padre en la cocina, preparando el desayuno juntos y mostrándose su amor. Llevan más de treinta años y parecen adolescentes en su primera cita, cosa que me resulta bonito y el ejemplo de cómo debe ser el amor real. Me quedo mirándolos por unos minutos, sentada en los escalones. Mi padre al fin me ve y viene a buscarme para arrastrarme a la cocina. Es un hombre fuerte, protector y cariñoso. Tengo sus ojos, pero él los tiene algo más azulados y menos verdes que yo, aunque también son color avellana. Le doy un beso de buenos días en su mejilla y le tiro de la barba, como siempre, desde que era solo una niña. Hay cosas que nunca cambian y me gusta que no lo hagan. Llegamos a la cocina y mi madre me da un beso y me dedica su hermosa sonrisa. Ella es la mujer más cariñosa, amable y tierna del mundo. Es la que siempre nos consintió todo a mi hermano y a mí, porque le era imposible decirnos que no a nada. La abrazo y puedo notar que cada vez es más bajita, porque ya le puedo poner mi barbilla sobre su cabeza. Siempre fue una mujer pequeña, al

contrario que mi padre, que aún me saca casi una cabeza y eso que yo mido uno setenta.

Tras unos minutos preparando todas las tostadas, desayunamos juntos, sentados en la mesa redonda de la cocina. Charlamos de todo lo que haremos esta semana de trabajo. Tenemos varias casas de alojamientos rurales y siempre están ocupadas, por suerte. Los lunes nos reunimos con el personal para afrontar la semana y, mientras mi padre y mi hermano llevan los temas del mantenimiento, mi madre y yo nos ocupamos de la limpieza y las reservas. De pronto llega mi hermano a la cocina y me quita mi tostada, que era la última.

—Gracias, hermanita —dice burlándose.
—Hazte tus propias tostadas —contesto arrebatándole la mía de sus manos, antes de que le dé el primer bocado.

Mi madre se levanta y se pone a prepararle unas tostadas a mi hermano, mientras él y mi padre charlan de sus cosas. Yo le doy un beso a mi madre en la mejilla y me voy a mi cuarto para vestirme y comenzar el día. Cuando salgo de la casa y me dirijo a la recepción de los alojamientos, veo que no está Miriam, la recepcionista. Saco el móvil y, cuando me dispongo a llamarla, veo que está entrando por la puerta con alguien.

—¡No puede ser! —digo totalmente sorprendida, al ver a Liam entrando con ella.
Me pongo nerviosa y decido esconderme en el despacho que justo está detrás de la recepción. No cierro del todo la puerta y los espío por una pequeña rajita que he dejado. *Sí, es él*, me digo susurrando. Miriam me ve, yo le hago un gesto de silencio y sigue a lo suyo. Sigo observando a Liam y está realmente atractivo con su ropa de motero negra, su pelo, sus ojos turquesa y esos labios carnosos, que hoy parecen estar más jugosos que ese día gris. ¿Pero qué hago? *Ni que fuera una adolescente*, pienso. Al fin Liam sale de allí y Miriam abre la puerta.
—¿Qué ha sido eso? ¿Es que conoces a ese hombre tan atractivo? —me pregunta cruzándose de brazos y echándome una mirada

bastante desafiante.
—¿Qué? Para nada, solo es que se me ha quedado enganchada la chaqueta en el pomo de la puerta y no podía soltarla —contesto inventándome la peor excusa del mundo—. Siéntate un momento y revisamos las reservas de la semana, que me tengo que ir.
Miriam se sienta y me obedece, pero poniendo esa sonrisa burlona, para hacerme saber que no se ha creído nada. Me pone al día y me pide que vaya a por bollería, porque todavía no ha llegado el repartidor y no puede localizarle. Me dirijo deprisa al garaje de mi casa, saco la moto y, cuando voy saliendo del terreno, veo a Liam hablando con otro hombre y me mira al pasar. Acelero aún más para desaparecer de allí cuanto antes y eso hace que mi moto suene demasiado. Conduzco a toda velocidad y a lo lejos veo la furgoneta del chico que nos reparte el pan y la bollería, que está a un lado de la carretera. Me acerco rápido y cuando llego, el chico me dice que se le ha pinchado una rueda y que no tiene las herramientas para cambiarla, así que está esperando a la grúa. Yo decido coger algo de pan y bollería, que el chico me ayuda a repartir en tres bolsas y me las llevo con bastante dificultad de vuelta a los alojamientos. Voy directamente al restaurante y entro por una puerta lateral, por donde entran los trabajadores. Les dejo las bolsas; los empleados ponen todo en bandejas y lo llevan al comedor para que la gente pueda servirse el desayuno sin problema. Por el momento es suficiente, hasta que llegue el reapartidor con otra furgoneta y nos deje todo lo demás. Salgo de allí poniéndome el casco cuando, de repente, escucho una voz familiar.
—Parece que la vida no para de querer unirnos, Valeria.
Mierda, me digo mentalmente, mientras me doy la vuelta para mirar a Liam.
—Hola —contesto sonriendo e intentando fingir sorpresa.
—Hola, soy Alex, ¿te acuerdas de mí?
—Sí. Un gusto saludaros, pero tengo prisa ahora —contesto intentándome ir de allí.
Veo por el retrovisor a Liam un poco afectado por lo que acaba de pasar y, de nuevo, esa mirada triste. Me siento como una mierda ahora mismo, pero desde que me ocurrió ese accidente, no soy capaz

de conectar con nadie, no quiero hacerlo, no me lo permito. Paso el resto del día encerrada en mi casa, fingiendo que me encuentro mal. Llega la noche y decido salir a la terraza de mi habitación para contemplar el mar en calma y el sol fundiéndose con él. De repente me viene a la cabeza esa mirada triste de Liam y me vuelvo a sentir una mala persona. Intento borrar ese sentimiento, pero no puedo, así que decido ir a la casa donde está y, cuando llego al jardín, escucho su voz.
—¿Qué haces aquí? —me pregunta molesto.
—Solo quería pedirte disculpas por lo que pasó, supongo — contesto sinceramente.
Liam se deja ver, saliendo de la zona oscura donde estaba. Me mira con sus ojos turquesa. Está en silencio y yo no sé qué decir.
—Siento haberte molestado, mejor me voy.
—¿Entonces es verdad lo que me dijiste? —pregunta acercándose a mí.
—Sí. —respondo alejándome de él, dando unos pasos atrás.
—¿De verdad te alejaste para no hacerme daño? —vuelve a preguntar acercándose aún más.
—Así es. No soy una buena mujer y tú sí eres un buen hombre.
—Porque no eres buena, según tú.
—Ya he hecho daño a otros, no pienso hacértelo a ti.
—¿Tanto te importo? —dice acercándose aún más.
—No es que me importes tanto, solo que no me gusta hacer daño a nadie, eso es todo.
—Claro. ¿Sabes qué? No me creo esa historia, Valeria —contesta a escasos centímetros de mi boca, esta vez.
De nuevo, doy unos pasos atrás y, cuando voy a responder, me tropiezo con algo y caigo, pero antes de llegar al suelo, Liam me coge con sus fuertes brazos y me acerca a él demasiado. Nos quedamos mirándonos a los ojos; noto que está nervioso. Intento liberarme, pero me retiene y, cuando menos me lo espero, me besa. Me besa una y otra vez. Yo no puedo escapar, aunque lo intento, y cuando él lo nota, me libera al fin.
—Lo siento, me he dejado llevar. No debería haberlo hecho — dice alejándose de mí poco a poco, sin dejar de disculparse.

—Vale, tranquilo. Hagamos como si no hubiera pasado nada.
Él se mete en la casa muy afectado. De regreso a mi casa, no puedo dejar de tocarme la boca. Siento los labios ardiendo por los besos de Liam.
Al día siguiente, me quedo remoloneando en la cama, hasta que recibo una llamada de Miriam, que me dice que un cliente exige hablar conmigo. Sé que es él, pero aunque no quiero, debo ir. Llego rápido a la recepción y, para mi sorpresa, no es Liam quien está esperándome, sino Alex. Le hago pasar al despacho.
—Hola, ¿hay algún problema?
—No. Solo es que necesitaríamos un lugar para hacer una reunión de unas diez personas y me preguntaba si tenéis algo que nos sirva; si no, buscaremos otro sitio.
—¿Para cuándo sería?
—Para mañana por la tarde.
—Bueno, si es para una reunión muy formal, podéis usar una sala que tenemos para grupos, donde solemos poner mesas y servimos allí comidas o cenas. Si no es una reunión tan formal o de negocios, tenemos una zona de piscina para pequeños eventos. ¿Qué prefieres?
—¿Podrías enseñarme los dos sitios?
—Por supuesto.
Le enseño los dos lugares y elige la zona de la piscina. Quedamos en que les serviremos unas bebidas y algo para picar, mientras disfrutan de la tarde.
—¿Entonces tú eres la famosa mujer de la estación, verdad? —pregunta de repente Alex—Liam me habló durante varios días de vuestro encuentro fortuito y que le costó mucho olvidar.
—No sé qué te contó, pero no fue nada.
—También me dijo que eras muy guapa, pero se quedó bastante corto.
—Si no necesitas nada más, tengo cosas que hacer —contesto tajante para huir de allí.
—Espera. Solo quería decirte que estaremos unos días por aquí y quizá podríamos conocernos mejor tú y yo.
—No puede ser, lo siento. Que disfrutéis la estancia —respondo saliendo disparada.

Después de esa reunión con Alex, voy con mi moto para hacer varias cosas en el pueblo más cercano. Me fijo en que no tengo casi gasolina, así que paro un momento en la gasolinera más cercana y, mientras le estoy echando gasolina, llega alguien en coche, que se me acerca para hablar.
—¿Tenéis todo completo esta semana? —pregunta un hombre del pueblo, al que conozco desde siempre.
—Sí. Toda esta semana y la siguiente. Quizá la próxima quede algo libre.
—¿Me avisas si se queda la casa azul libre? Quiero celebrar mi aniversario y es la que más le gusta a ella.
—Vale, se lo digo luego a Miriam y que te la reserve una noche, ¿no?
—Si puede ser sábado y domingo, mejor —contesta mientras abre el depósito del coche.
—Entendido. La próxima, avísame con más tiempo y te la dejamos reservada desde antes.
—Lo sé, se me ha ido olvidando.
—No pasa nada. Cuídate.
Sigo mi camino y llego al pueblo. Allí hago varias compras y me encuentro con algunos vecinos y amigos. He vivido allí desde siempre y nos conocemos todos, al ser un pueblo de menos de mil habitantes. Aunque en verano siempre llegan muchos extranjeros y se pone mucho más animado. Mis padres compraron una aldea que ya estaba abandonada y fueron reformando las casas y convirtiéndolas en alojamientos rurales, muy bonitos y cómodos. Crecí ayudando en el negocio familiar y es algo que me gusta hacer, porque no me quita mucho tiempo y puedo disfrutar la vida. Yo me encargo, sobre todo, del tema de redes sociales e internet. Fui la que puso nuestros alojamientos en el mapa, por así decirlo. Desde entonces, siempre los tenemos llenos y tuvimos que delegar en un equipo de empleados de confianza.
Tras hacer todos los recados, decido ir a mi lugar favorito de la playa, para meditar un rato. Me acerco, dejo mi moto en una pequeña explanada y sigo un pequeño sendero hasta el lugar. Lo descubrí por primera vez a los siete años y desde entonces es mi lugar secreto. Nunca lo he compartido con nadie, porque quiero que sea algo mío.

Me pongo a meditar sentada sobre la arena y escuchando las olas, cuando de repente, suena mi móvil. Debo volver a los alojamientos; mi madre me necesita. Llego enseguida y nos ponemos a preparar la zona de la piscina para la reunión de Alex, ya que los empleados están limpiando varias casas y no les dará tiempo. Sacudimos las hamacas y las cubrimos con toallas limpias y pongo la máquina limpiafondos a funcionar, mientras yo quito algunas hojas de la superficie del agua. Mi madre se va a decirle a los cocineros que preparen canapés y me quedo sola.
—Es la primera vez que veo a una motera limpiando una piscina.
Me giro al escuchar la voz de Alex y veo que llega con Liam.
—Vámonos, dejémosla trabajar —dice Liam cuando me ve.
—Ya casi termino, enseguida me voy —contesto sin mirarles.
—Solo quería echar unas fotos para ponerlas en el grupo de la reunión —dice Alex mientras me apunta con su móvil.
Liam le quita el móvil enseguida y se van de allí. Yo saco a toda prisa la máquina limpiafondos y me largo. Pero mientras me estoy alejando del lugar, alguien me tira del brazo y me arrastra detrás de unos arbustos.
—Hermana, ¿qué coño pasa con esos dos clientes?
—Al parecer les ha parecido gracioso verme vestida de motera limpiando la piscina.
—Creo que te han hablado con demasiadas confianzas, ¿es que les conoces?
—Para nada. Estarán borrachos, yo que sé —contesto alejándome de mi hermano.
Llego a mi casa al fin. Meto algunas cosas en una mochila y decido irme de los alojamientos, para evitar más encontronazos por ese día. Como en el restaurante del pueblo, paso la tarde en la playa y cuando regreso por la noche, al pasar por la zona de la piscina, veo a Liam tirado en una de las hamacas bebiendo solo. No quiero acercarme, pero una fuerza superior a mí me hace ir donde está él y averiguar si está bien.
—Ey, Liam, ¿qué haces aquí solo?
—¿Valeria? ¿Eres tú? —pregunta confuso.
—Sí, soy yo. ¿Estás bien? —digo mientras me acerco a él.

—Creo que he bebido demasiado y estoy muy mareado.
—Vale. Te ayudo a volver a tu casa.
Le ayudo a levantarse de la hamaca y, con dificultad, le subo a mi moto. Él se deja caer sobre mí y me abraza con fuerza la cintura. Es bastante molesto, porque no puedo respirar bien, pero llegamos enseguida a su casa y le echo sobre la cama. Le dejo un vaso lleno de agua sobre la mesilla de noche y, cuando me quiero ir sigilosamente, me agarra la mano.
—Gracias por todo. Necesito decirte algo.
Vuelve esa mirada tierna y profunda que me resulta irresistible.
—Dime —contesto sentándome a su lado.
—Desde ese día en la estación, no pude olvidarte. Intenté seguir con mi vida, pero solo deseaba volver a encontrarte. Ahora, te busco en todas las mujeres, pero ninguna eres tú y me siento muy mal, porque las hago daño a todas. Solo quería que supieras en lo que me he convertido por tu culpa.
Aunque me cabrea esa última frase, decido calmarme. Le veo tan indefenso ante mí en ese momento que no puedo evitar quitarme la armadura emocional y ser honesta, aunque luego me arrepentiré.
—Tienes razón. Aquel día surgió algo entre nosotros, pero decidí olvidarlo y quedarme con ese beso de recuerdo. Fue real y me gustó. Me enamoré de ti, Liam, pero no puedo estar contigo. Siento que estés sufriendo y hagas sufrir a otras mujeres por mi culpa; eso no debería estar pasando.
Cuando voy a levantarme para marcharme, Liam tira de mí y me besa. Su boca sabe a alcohol y me desagrada mucho estar en contacto con ella, así que le aparto y le hago volver a tumbarse.
—Te amo, Valeria —dice él, intentando abrir sus ojos turquesa. —Yo no puedo amarte, aunque quiera, Liam. Lo siento.
—No me importa que me rompas el corazón mil veces, si puedo estar contigo un solo segundo. Por favor, quédate conmigo.
Decido tumbarme a su lado y abrazarle. Es demasiado doloroso verle así ante mí. Está totalmente roto y yo soy la culpable. Ya me ha pasado otras veces, pero con Liam es diferente. Con él no puedo ser tan fría y consigue derrumbar mis muros defensivos.
Se ha quedado dormido, así que le quito los zapatos y le tapo,

mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas sin parar. Me voy de la casa sintiendo aún sus labios en los míos y con el corazón hecho trizas, una vez más.



Al día siguiente, tras una larga jornada de trabajo en los alojamientos, decido irme a dar una vuelta con mi moto para relajarme un poco. Cuando voy saliendo, me encuentro a Liam parado a un lado de la carretera y mirando su móvil.
—¿Todo bien? —pregunto un poco preocupada.
—La verdad es que no, pero tranquila —contesta Liam sin apartar la mirada de su móvil.
—¿Necesitas ayuda?
—Alex está en problemas, pero no sé cómo llegar a este sitio — dice un poco alterado.
—Vale, tranquilo. Sígueme —contesto enseguida.
Yo no entiendo nada, pero intuyo que algo malo está pasando, así que me dirijo bastante rápido hacia el lugar. Llegamos en menos de diez minutos y recorremos el lugar despacio. De pronto, vemos a un grupo de gente rodeando al amigo de Liam. Cuando llegamos, vemos que es Alex, discutiendo con otro tío. Está el veterano intentando mediar entre ambos. Como le conozco, le pregunto qué está pasando.
—Ey, ¿qué sucede?
—Pues que ese apostó mucha pasta, ha perdido y no tiene dinero

para pagarle a ese —contesta señalando a ambos.
—Pero, ¿ha sido una carrera limpia? —pregunto para asegurarme.
—Sí, totalmente. El problema es que quiere pagarle con su moto, pero el tipo quiere su dinero. Difícil solución.
—Ya veo. Gracias por mantener a la gente tranquila. Eres el mejor —contesto al veterano.
Me voy hacia Liam y Alex.
—¿Si no tenías la pasta para qué corres? —le recrimino.
—¿Vienes a rescatarme de nuevo?
—Ni de broma.
—Siento todo esto, Valeria —dice Liam apartándose el pelo de su cara.
—Tranquilo. Todo estará bien.
—¿Cuánta pasta le debes? —pregunto a Alex.
—Solo son cinco. Le estoy ofreciendo la moto que vale mucho más y no la quiere el muy imbécil —dice él señalándola.
Cuando Liam ve la moto, se pone furioso y le da un puñetazo a su amigo.
—Esa moto no es tuya. ¿Qué coño haces con ella? Se acabó, Alex, te quedas solo, tío, ya es suficiente —sentencia Liam.
—Por favor, te lo compensaré —ruega Alex agarrando a su amigo de la chaqueta.
—¿En serio estás tan jodido que hasta me robas para participar en putas carreras ilegales? No somos amigos y dudo mucho de que algún día lo fuéramos. Esta vez sales tú solo del lío y, cuando se lo diga a mi padre, ve olvidándote de todo. Eres un mierda y no quiero volver a verte. ¿Está claro?
Liam se va sin mirar atrás y yo decido seguirle para asegurarme de que esté bien. Alex esta vez tendrá que resolver sus problemas solo. Va demasiado rápido por estos caminos que no conoce, así que le adelanto continuamente y le hago señas para que vaya más despacio, pero no me hace caso. Al fin, tras un corto camino que se me ha hecho eterno, para a un lado de la carretera y se baja de la moto. Cuando estoy quitándome el casco, le escucho gritar muy fuerte. Decido dejarle un poco de espacio, para que saque todo.
—Gracias por todo, Valeria. El destino es caprichoso o muy sabio.

Siempre nos une en mis peores momentos y tú siempre me ayudas —dice Liam, tras un rato en silencio.
—No es nada.
—Sí, es mucho. Es mucho lo que has hecho por mí y por el maldito Alex. Te has visto involucrada en cosas turbias y no me gusta.
—No importa, ya estaba metida en esas cosas antes de conocernos.
—Cierto, ¿por qué corres en esas carreras? —pregunta Liam con curiosidad.
—Uno, porque me hacen sentir viva, y dos, por la pasta.
—No lo entiendo. Me sorprende que digas eso, porque hasta donde yo sé, los alojamientos son tuyos.
—Son de mi familia. Quiero tener mi propio dinero y ser independiente algún día.
—Entiendo. ¿Y lo de sentirte viva?
—De eso prefiero no hablar.
—Está bien, bueno. Gracias de nuevo. Vuelve a casa, tranquila. Yo quiero estar solo.
—¿Estarás bien?
—Sí. Necesito pensar en cómo decirle a mi padre que mi amigo y socio es un mierda, eso es todo.
—Vale. Oye, has hecho bien. Esto le servirá de lección y dejará lo de las carreras para siempre.
—Esto va mucho más allá, no es una lección, es el final de nuestra amistad. Le he pasado demasiado y no se lo merece.
—Has hecho lo correcto, tranquilo —le digo a Liam, estrechándole entre mis brazos.
Él me abraza fuerte y nos quedamos en silencio, como si ese abrazo fuera nuestro último instante. Ninguno quiere alejarse. Pero mi cabeza vuelve a la carga y me hace irme, una vez más. Dejo solo a Liam y regreso a casa. Antes de llegar, me llama Alex.
—Dime, voy conduciendo.
—No sé cómo, pero entre el veterano y yo le hemos convencido al tío este de que si acepta una nueva carrera, le daremos el doble de pasta.
—¿Y por qué me lo cuentas a mí? —pregunto confusa.
—Porque la condición que ha puesto es que corras tú.

—¡¿Qué?! —grito parándome en seco con mi moto.
—Sí, joder, lo siento, Valeria. Es lo único que he podido hacer para salir de esta. —Ayúdame, por favor —me ruega Alex, una y otra vez.
—No es mi problema, estás solo.
—Ey, bonita, al habla el veterano. Sé que este tío es imbécil, pero me recuerda a mí cuando era joven, así que he decidido sacarle de esta. Te necesitamos y, por supuesto, me encargaré de que seas recompensada por las molestias. ¿Qué dices?
—¿Qué clase de recompensa? —pregunto intrigada.
—Mucha pasta, porque sé que le ganarás. Te quedarás con todo.
—¿Y si no gano?
—La pondré de mi bolsillo, te doy mi palabra.
Me lo pienso unos segundos. Sé que el veterano no me traicionaría; es un gran hombre, con buenos valores.
—Está bien, confío en ti. Voy para allá.
Antes de ir al circuito, llamo a los chicos.
—Luis, nos vemos en el circuito, os necesito, voy a correr, así de imprevisto.
—Vale, llamo a Aitor y vamos para allá.
Llego al circuito y ahí están todos, esperándome. El primero en acercarse es Luis.
—Bueno, cuéntame.
—Comprueba la moto, ahora vengo.
Me acerco al veterano que está con el tío con el que correré y con Alex.
—Hola, bonita. Este es el corredor que ha pedido que fueras tú la que corra.
Le miro a ese tipo y es el típico niñato adinerado y creído, con un ego desmedido.
—¿Por qué yo, novato?
—Porque no se puede estar tan buena y conducir tan bien a la vez, así que te ganaré fácilmente —suelta tirándome un beso, burlándose.
—Cuando te gane, espero que no llores mucho —sentencio volviendo con mis amigos.
Tras unos minutos preparándome, el veterano me avisa de que me ponga en la posición de salida. Alex me acompaña junto a mis

amigos.
—Oye, Valeria, solo quería darte las gracias —dice besándome inesperadamente.
Me quedo atónita por unos segundos, porque no me esperaba ese beso de Alex. Enseguida me repongo y solo me coloco el casco, sin mediar palabra con él. Estoy lista para correr. Luis le ha dado un extra de potencia a mi moto, para asegurar la victoria, así que no tengo de qué preocuparme. Ese tipo se llevará una buena lección y eso es una de las cosas que me gustan de ser motera, que puedo poner en su sitio a tíos como ese muy a menudo. El veterano nos indica que encendamos los motores. Aceleramos al máximo y yo me bajo la visera del casco para estar lista. Comienza la carrera y observo que a ese tío se le levanta la moto, lo que le hace perder unos segundos, así que me agacho y acelero al máximo para adelantarlo. Su moto es tan potente como la mía, pero yo tengo ese pequeño extra, que me pone en los cuatrocientos kilómetros por hora y él no los alcanza o, al menos, eso espero. Se está recuperando y me está alcanzando. Llega la primera curva y después podré ponerme en la máxima potencia porque estaré en una recta muy larga; eso me dará la ventaja que necesito. Cojo la curva perfectamente y ahora acelero a tope, meto primera, segunda, tercera... Ya estoy en los cuatrocientos. Miro por el retrovisor y ese tío se ha quedado bastante atrás, así que he conseguido mi ventaja; ahora solo tengo que mantenerla hasta el final y habré ganado. Ir a toda velocidad hace que me sienta más viva que nunca. Desde que tuve la muerte tan cerca, no soy capaz de sentir miedo y eso me hace poder vivir la vida a tope, pero también aburrirme demasiado con la rutina diaria. Ahora necesito tener chutes de adrenalina constantes para estar bien. Esta es mi nueva versión y la abrazo; no rechazo lo que soy.
Termino la carrera la primera; ese tío llega a meta solo cuatro segundos después. Está realmente enfadado, tira su casco al suelo y me llama zorra. El veterano le mete una hostia en la cara y yo me río. Luis y Aitor me miran, como esperando una explicación, pero creo que ya saben que no se la daré. Lo que no me espero es que Liam ha visto la carrera y está esperándome. Voy con él para ver qué tiene

que decirme.
—Eres la mujer de mis sueños y no puedo tenerte, qué mierda —dice nada más verme.
Sus palabras me paralizan. No sé qué responder, así que, como siempre, cambio de tema.
—¿Qué estás haciendo aquí?
—El maldito Alex me llamó diciendo que si quería verte correr, viniera rápido y aquí estoy. Debo decir que ha sido totalmente impresionante.
—¿Recuerdas cuando me preguntaste en la estación si esta pequeña se ponía en los cuatrocientos? —pregunto a Liam.
—¿Los has alcanzado?
—Sí. Gracias al mejor mecánico que conozco. Mi amigo Luis —contesto señalándole.
—¡Qué pasada! Debe ser una sensación increíble —dice Liam fascinado con mi moto.
—¿Por qué no lo vives por ti mismo? Ya que no me puedes tener a mí, tenla a ella, solo por esta vez.
Le ofrezco mi moto y mi casco, para que viva lo que yo acabo de experimentar y así darle algo de felicidad, que le debo, por tanto dolor. Liam acepta y arranca mi preciosa moto, mientras yo voy a arreglar cuentas con el veterano, Alex y el perdedor.
—Un trato es un trato, así que le debes diez de los grandes a esta preciosa mujer. Afloja la pasta, vamos —dice el veterano al verme llegar.
Ese tío está muy cabreado y me mira furioso, pero no le queda otra que darme el dinero. Yo lo cuento y está bien, así que el tío se va del circuito a toda prisa para evitar seguir siendo humillado por Alex, que no para de decirle cosas. Me quedo charlando con ellos, mientras espero a que llegue Liam con mi moto. Aitor y Luis ya están celebrando mi victoria.
—Hoy invitas tú, ¿no, Valery? —pregunta mi amigo Luis.
—Claro. Hoy nos vamos de fiesta, chicos, poneos guapos. Estáis todos invitados.
El veterano, Aitor y Luis se van a sus casas a prepararse y Alex y yo nos quedamos solos por unos minutos, mientras llega Liam.

—¿Crees que Liam podrá perdonarme esta, ya que lo he solucionado? —me pregunta Alex, mirando a su amigo corriendo con mi moto.
—Esperemos que sí, pero creo que tendrás que demostrarle que puedes cambiar. Acéptalo, las carreras no son lo tuyo.
—Sí. La vida se ha encargado de demostrármelo una y otra vez.
—¿Entonces por qué insistes en seguir corriendo?
—Porque me hace sentir vivo, ¿sabes?
Esas palabras me chocan viniendo de él. Al final parece que no soy la única que necesita emociones fuertes para estar bien.
—Oye, lo que has hecho por mí es increíble, no sé cómo darte las gracias, de verdad —dice cogiéndome la mano.
—Sinceramente, lo hice por Liam, no por ti —contesto liberando mi mano de las suyas—. Espero que después de esta cagada, no vuelvas a hacer algo así. Tu amigo es un buen hombre y no debería cargar con tus marrones. Creo que ya eres mayorcito para sacarte las castañas del fuego tú solo.
Alex me mira atónito. No se esperaba una respuesta semejante de mí, pero solo estoy siendo sincera y tendrá que aguantarse.
—Tienes toda la razón. He sido un amigo de mierda, desde siempre. Él es el que merece la pena de los dos, pero tú y yo nos parecemos más de lo que piensas, ¿sabes?
—Lo dudo mucho —contesto muy contundente.
—Sí. Ambos somos incapaces de no hacer daño a los demás.
—¿De qué hablas? No me conoces de nada.
—Liam me lo cuenta todo. Cómo le has roto el corazón.
Esa última frase de Alex se ha sentido como una daga hundiéndose en mi pecho. No puedo evitar que las lágrimas broten de mis ojos, así que me doy la vuelta para que el estúpido no me vea llorar.
—Está destrozado. Y eso es lo que tenemos en común tú y yo, que hacemos daño a los que nos aman. Pero, ¿sabes qué? Por eso somos perfectos el uno para el otro y eso me alegra, porque desde que te vi no he dejado de pensar en ti.
—¡Cállate! —grito muy enfadada.
—Piénsalo, ya que no puedes estar con él, ¿por qué no conmigo? Yo no quiero nada, solo disfrutar, sin compromisos, sin vínculos. No podrás dañarme, ni yo a ti, y no estaremos solos.

Tengo ganas de agarrar a este tío del cuello y ahogarle, pero no pienso molestarme.
—¡Que te calles, estúpido! —vuelvo a gritar—. No tienes idea de nada. Prefiero estar sola que con alguien como tú.
—Sé que ahora no lo quieres ver, pero es lo mejor. Nos vemos luego.
Alex se marcha hacia la moto de Liam y me quedo sola. Sus palabras me han molestado mucho. Sé que es porque son ciertas, pero me odio y le odio en este momento.
Liam llega y se le ve muy feliz.
—Wow. Ha sido increíble. Estoy tan excitado ahora mismo que te haría el amor encima de tu moto sin dudarlo.
—Vaya, eso es pasión.
—He llegado a los cuatrocientos dos kilómetros por hora. Esta moto es una bestia.
—Dale luego las gracias a mi amigo Luis, que sabe cómo sacar toda la potencia a estas bestias, jajaja.
—¿Luego? No entiendo —pregunta Liam algo confuso.
—Ah, sí... Cuando estabas corriendo, les he dicho a todos que nos vamos de fiesta. Tú estás invitado también, claro. Hay que celebrar que he ganado mucha pasta.
—¿Realmente quieres que vaya?
—Sí.
—¿Y si me emborracho y hago tonterías?
—¿Y si las hago yo?
—A mí no me importaría.
—A mí tampoco. Lo que pase ahí, se quedará ahí, ¿trato? —digo extendiéndole mi mano para cerrar el trato.
—Trato —afirma Liam muy sonriente y echándose el pelo hacia atrás, marcando músculo con su brazo.
Creo que sabe que me gusta que lo haga y lo hace a drede. Monto en mi moto y Liam camina hacia la suya, donde le espera Alex. Todos nos vamos camino a los alojamientos para prepararnos para nuestra salida nocturna. Cuando llego a mi casa, está mi hermano en la cocina con mis padres. Me acerco a saludarles.
—Hola, familia.
—Se te ve muy contenta, hermanita, ¿te has echado un buen novio o

qué? —dice mi hermano burlándose.
Le doy una colleja a él y un beso a mis padres. Después cojo un par de fresas de un bol y desaparezco por las escaleras. Mientras subo, escucho la voz de mi padre.
—¿Ya te vas?
—Sí, he quedado con los chicos.
Llego a mi cuarto y me desvisto por completo para meterme en la ducha. Mientras estoy ahí, llega a mi mente el Liam excitado, que afirmó que me haría el amor encima de mi moto. Imaginarme esa escena me pone a cien y comienzo a tocarme pensando que es Liam el que lo hace. Cada vez me excito más y más hasta que llego al clímax, casi sin darme cuenta. Cuando vuelvo a la realidad, mi respiración está muy agitada y miro por si está Liam detrás de mí en la ducha, pero no. Tras unos minutos, al fin salgo y me miro al espejo de cuerpo entero que tengo en mi vestidor. De pequeña era demasiado delgada, tenía el pelo estropajoso y vestía como un chico, así que ninguno de los niños me hacía caso. Después, en el instituto, floreció mi feminidad y sí les resultaba atractiva a los chicos, pero como siempre iba con Luis y Aitor, ninguno se me acercaba. Ahora estoy en mi mejor momento. Soy adulta, guapa, tengo un cuerpo más bonito y mi pelo está mucho mejor; es liso y lo llevo de color morado oscuro. Mientras busco algo que ponerme, no dejo de pensar en lo perfecto que es Liam para mí y en cuánto me gusta. Pero precisamente por eso, porque estoy enamorada de él, es que no puede pasar nada entre nosotros. No quiero hacerle más daño del que ya le he hecho.
—Creo que tengo que renovar mi armario, solo hay maldito cuero —digo intentando encontrar algo diferente.
Escojo un pantalón de cuero negro y una camiseta de satén morado y me lo pongo. También una de mis muchas chupas de cuero y la tiro sobre la cama. Empiezo a maquillarme. Me doy un poco de colorete en las mejillas, me maquillo los ojos para que resalten y me pongo un poco de carmín rojo en los labios. Elijo uno de mis perfumes favoritos y me lo echo por encima. También me peino el pelo un poco y dejaré que se seque al aire. Ahora me pongo varios collares dorados y algunos anillos cómodos para conducir mi moto. Hace tiempo que no

me voy de fiesta con tanta gente. Siempre suelo ir con los chicos, aunque desde mi accidente ya no salgo casi nada. El veterano se ha encargado del sitio; iremos a un bar de moteros muy bueno a pocos kilómetros de aquí. Hay billares, dardos y se hacen apuestas de todo tipo, además de buena música y buena comida.
Llego al fin al local y todo está lleno de motos aparcadas, así que tengo que buscar un hueco donde poner la mía. Me cuesta un poco, pero finalmente encuentro un sitio. Al poco, llegan Aitor y Luis con sus motos y les saludo con la mano para que aparquen a mi lado. Entramos juntos al local y nos encontramos al veterano enseguida. Nos invita a unas copas y bebemos junto a él. Es un tipo de lo más interesante, que ha tenido una vida de aventuras impresionante. A pesar de parecer un motero mafioso, es un hombre bueno, familiar y con buenos principios. En cierta forma me recuerda a mi padre, pero en versión motera. Su mujer es muy maja también; es la cocinera del local y quiere prepararnos una cena especial para celebrar.
Después de una media hora, llegan Liam y Alex y ambos están guapísimos. Los dos son muy atractivos, cada uno a su manera, pero también muy diferentes. Liam es el hombre de los sueños de cualquier mujer y Alex, el tipo que no te conviene y que te romperá el corazón. Cuando nos ven, se acercan a saludarnos y todos nos sentamos en una mesa. Les pedí a mis amigos que se pusieran a mi lado para evitar estar junto a Liam, ya que la atracción es muy fuerte y no quiero estar incómoda sintiéndole tan cerca. Él se pone justo enfrente de mí y Alex a su lado, así que las miradas entre los tres van y vienen constantemente. Intento centrarme en hablar con el veterano, que tiene mucho que contar. Nos ha dicho que su nombre es Raúl y que su pasión por las motos le sacó de muchos líos siendo joven. Su vida ha sido realmente fascinante. Liam le cuenta bastantes cosas sobre su padre, el cual también es motero de toda la vida y, junto con él y Alex, restauran motos antiguas y las venden. A Raúl le encanta su historia y le invita a su casa, para que vea su pequeña colección de motos. La cena está resultando muy divertida e interesante. Llegan los postres y yo pido un brownie con helado de vainilla, que está riquísimo. Cuando termino, me dirijo al baño y entonces, escucho su voz tras de mí.

—¿Podemos hablar, Valeria? —pregunta Liam.
—Claro, cuéntame.
—¿Y si vamos fuera? Hay demasiado ruido aquí —dice señalando la puerta de atrás del local.
—Vale.
Salimos y caminamos unos metros para sentarnos en un banco.
—Valeria, ya sabes lo que siento por ti y lo que quiero. Mañana tengo que volver a mi vida en Lugo y quería saber si hay alguna posibilidad, por remota que sea, de que tú y yo estemos juntos antes de irme para siempre. Creo saber la respuesta, pero necesito escucharla de tu boca. Así que, dime, por favor.
Me quedo mirando a Liam sin poder decir nada y siento como una lágrima se desliza por mi mejilla.
—Está bien. No entiendo por qué, si te duele tanto como a mí, ni siquiera lo intentas, pero supongo que debes ser demasiado dañina y quieres protegerme. Eso me diré cuando me ponga triste por no tenerte —dice él con la voz entrecortada y acariciándome la mejilla.
—Liam, yo... lo siento mucho, de verdad —atino a decir con dificultad.
—Tranquila. Solo deseo que consigas ser feliz. Si algún día vas a Lugo y quieres visitarme, ven a mi taller, se llama Legendary Motors. Me voy ya; despídeme de los demás, por favor.
Liam, posiblemente el amor de mi vida, se levanta y se aleja de mí. Lo único que quiero hacer es besarle y jurarle mi amor eterno, pero sé que no puedo. Sé que le amaré durante un tiempo, pero me aburriré después y buscaré emociones fuera de él y eso no es bueno ni justo, pero es lo que haré. Me contengo mientras veo cómo se aleja y desaparece entre las sombras de la noche. Inmersa en mi dolor, ni siquiera me doy cuenta del tiempo que llevo sentada en ese viejo banco de madera cuando, de pronto, escucho la voz de Alex.
—Bueno, este ha sido el fin de vosotros y de mi amistad con él —dice mientras se sienta a mi lado.
—¿Vienes a disfrutar de mi dolor? Lárgate —digo enfadada.
—No, créeme. Sé lo que estás sintiendo ahora mismo. Yo también estoy muy triste por todo lo ocurrido, pero sé que ha sido mi culpa y lo asumo. Algún día tenía que hartarse de mis cagadas y alejarse de

mí y ese día ha llegado. ¿Sabes? No sé cómo me ha podido perdonar tantas veces, teniendo la certeza de que nunca iba a cambiar. Supongo que siempre tuvo la esperanza de que encontrara el buen camino, pero el camino torcido te atrapa y es muy difícil volver al bueno.
Observo a Alex mientras habla y tiene los ojos llorosos. Está triste de verdad por la pérdida de su amigo. Viéndole así, siento cierta compasión, pero el hecho de que ambos le hayamos dañado tanto a Liam me enfurece.
—Bueno, ahora que me he quedado sin nada, tendré que comenzar de cero y creo que me quedaré por aquí un tiempo, antes de ir a Lugo para arreglar los asuntos legales. ¿Qué te parece si tú y yo comenzamos de cero también?
—¿A qué te refieres? —pregunto inmersa en mi dolor.
—A conocernos mejor. Realmente quiero conocerte, Valeria. Sé que tienes una imagen horrible de mí y lo entiendo, me lo he ganado a pulso, pero soy mucho más de lo que has visto, créeme.
—Sinceramente, no quiero conocerte mejor, Alex —digo poniéndome en pie para regresar al local.
De repente, me coge de la mano, tira de mí y me da un beso, totalmente inesperado. Me aparto enseguida y, cuando le voy a dar una bofetada, me frena la mano y me coge por la cintura para besarme de nuevo, atrapándome con sus fuertes brazos. Me resisto y me libero con gran dificultad.
—¿Estás tarado o qué? Ni se te ocurra volver a hacerlo, imbécil, o tendrás muchos problemas —le amenazo furiosa.
—Lo siento, pero al menos quería quedarme con un beso tuyo.
—No, si al final vas a ser un romántico, no te jode.
—Como ya te he dicho, soy mucho más de lo que has visto de mí y espero que me des la oportunidad de demostrártelo.
—Jamás —sentencio mientras me alejo de él y regreso con los demás.
Entro al local y me dirijo directamente al baño para ver si tengo el carmín corrido en el espejo. *Será imbécil*, pienso mientras me limpio la boca. Salgo y Alex no está, así que decido quedarme con los demás y seguir disfrutando de la noche en paz.



Despierto con un poco de malestar, después de la fiesta de anoche, porque bebí demasiado para olvidarlo todo. Es hora de seguir adelante con mis planes de independizarme y tener mi propio sitio en el mundo, pero antes voy a desayunar y tomaré algo para el dolor de cabeza. Mientras me alimento un poco, me llega un mensaje de Luis para que vaya a su casa. Cuando termino, me doy una ducha rápida y me reúno con él.

—Ey, Valery. ¿Estás muy jodida o que? —dice mi amigo nada más verme la cara.

—Un poco, sí. ¿Porqué querías verme?

—Porque me voy a ir unos días de viaje a buscar unas piezas y quería saber si te apetece venirte.

—¿Dónde vas?

—A Madrid.

—Qué pereza me da ir hasta Madrid en tu furgo.

—Nadie te obliga a ir en la furgoneta, puedes ir con tu moto.

—Cierto, aunque un viaje tan largo es bastante incómodo, pero así cambio de aires.

—Sí, creo que te vendrá bien. Salimos mañana temprano.

—Bueno, tú saldrás temprano, yo puedo salir más tarde, así te doy ventaja —digo, esbozando una sonrisa.

—Mamona, con tu moto cualquiera. Entonces nos vemos en Madrid, ¿no?

—Sí. Allí nos vemos. Mientras llegas, haré un poco de turismo.

—Vale.
Decido volver a casa para avisar a mis padres de que me voy un par de días con Luis y a preparar el viaje. Cuando ya lo tengo todo listo, me reúno con Miriam, la recepcionista de los alojamientos.
—Hola, ¿todo bien por aquí?
—Si, jefa. Todo completo, como siempre —dice la chica mirando el ordenador.
—Genial. Me voy por un par de días, salgo mañana, así que si tienes cualquier problema o surge algo, díselo a mi madre, ¿vale? Ya la he avisado.
—Perfecto. ¿Una de tus escapadas? —me pregunta Miriam, mirándo la pantalla del ordenador.
—Algo parecido. Me voy a dar una vuelta por los alojamientos, cualquier cosa llámame, ya sabes.
—Uy, casi se me olvida. Vino ese chico... Alex y dejó una nota para ti. Te la dejé sobre tu mesa del despacho.
—Vale, gracias.
Me dirijo al despacho y veo la nota sobre la mesa. *A ver que quiere ahora ese estúpido*, pienso.
Si tú, como yo, estás cansada de tener sexo vacío y sin sentido para, al final del día, estar sola, por favor, dame la oportunidad de tener una cita contigo y que puedas ver al verdadero Alex. Te dije que no puedo olvidarte desde que te vi y va muy en serio, no puedo. Si decides darme la oportunidad, te espero en cinco días en el circuito a las 8:00h. Iremos de aventura.

Estoy sorprendida con la nota. No me esperaba algo tan honesto por su parte. No creo que vaya, pero al menos escribiendo, parece un ser humano normal y no un ser sin alma. Salgo del despacho y me voy rápidamente a hacer una ronda por los alojamientos. Me encuentro a mi padre y mi hermano arreglando algo en una de las casas y les saludo. Sigo mi camino y me encuentro con mi madre, que está en otra de las casas, dejando una cesta de bienvenida. Decido pararme a charlar con ella.

—Hola mamá. Ummm que rico huele aquí —digo delitándome con el rico aroma del incienso, que se está quemando sobre la mesa de la sala.

—Hola hija. Oye, has estado un poco ausente por un tiempo, ¿sucede algo? Ya sabes que a mi no me puedes ocultar nada, te lo noto todo —me dice mi madre, pellizcándome un moflete, como cuando era niña.

—Pues si que han pasado algunas cosas, mamá, pero no quiero hablarlo contigo de ello.
—Y eso porqué. ¿Acaso no te he dado buenos consejos siempre? —pregunta cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.
—Sí, pero es que es un tema muy íntimo y me da un poco de verguenza contarte.
—Anda, anda. Verguenza con tu madre. Yo también he sido jóven y he tenido sexo hija, no seas tonta.
—Ya mamá, pero son otros tiempos y no es lo mismo.
—No seas tonta y cuéntame que te pasa, aunque no entres en detalles —insiste, invitándome a sentarme en el sofá con ella.
—Está bien. Es que desde el accidente en el río, siento que debo aprovechar cada minuto de vida que tengo y no soy capaz de estar con nadie, porque en cuanto comienza la rutina, siento ganas de escapar de ahí. Entonces, lo único que hago es tener sexo con desconocidos de vez en cuando, para evitar hacer daño a nadie. En resúmen eso es lo que me pasa.
No he podido evitar que los ojos se me humedezcan mientras le he contado como me siento. Mi madre me mira con ternura y me acaricia el pelo. Cuando termino, me consuela en su regazo y me acuna, como cuando era un bebé.
—Mi preciosa niña. No sabía que quedaste tan dañada. Sé que te asustaste mucho y es normal que ahora pienses así, porque eres fuerte, siempre lo fuiste. Entiendo que la rutina del día a día te aburra, a todos nos pasa, pero creo que cuando encuentres al hombre correcto, todo esto pasará y dejarás de sentirte tan mal. La solución no es huir, hija, sino afrontarlo y buscar las maneras de estar

con el hombre que elijas, sin miedo a dañarle. Él te comprenderá y te apoyará en todo sin condiciones, al igual que tu padre y yo lo hemos hecho por más de treinta años.
—Ya he hecho daño a varios hombres buenos y no me atrevo a volver a estar con nadie. De hecho hace unos días he perdido al hombre de mis sueños por ese miedo —contesto llorando angustiada.
—Lo siento mi niña. No puedes seguir así, debes sanarte, pero el camino por el que vas no es bueno para eso.
—¿Y cuál es el camino mamá?
—No lo sé, cariño. Debes averiguarlo tú. Concéntrate en sanarte y deja de ir con unos y con otros. ¿Me lo prometes?
—Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada —digo abrazando a mi cariñosa madre, con todas mis fuerzas.
Tras unos minutos en silencio y en los brazos de mi madre, nos levantamos, me limpia la cara y me voy a casa para estar sola. Me encierro en mi cuarto y me meto en la bañera para relajar mi mente. En cuanto mi cuerpo se relaja, el recuerdo del beso de Alex, se reproduce sin mi permiso en mi cabeza y no puedo evitar enfadarme. También viene a mi mente su nota, con esas palabras sinceras. Quizá es la solución que necesito. *Un hombre como Alex, que no tenga miedo de dañar, porque no pueda enamorarse de mí, ni yo de él*, me digo. Ahora visualizo la imagen del hospital, donde me dijo que ya que no podía estar con Liam, porqué no él. No creo que pueda estar tampoco con Alex, será mejor que despeje mi mente de estos pensamientos absurdos.
—Cállate, mente estúpida —digo en voz alta y contundente, justo antes de sumergir la cabeza en el agua.
Tras ese baño, me pongo mi pijama y me meto en la cama. Busco en mi móvil una música relajante de cuencos tibetanos y la escucho con los auriculares, tumbada. Cuando salgo de la meditación, en la que fianlmente me he quedado dormida, miro por el ventanal y es de noche. Salgo de un salto de la cama y voy a la cocina, porque tengo bastante hambre. Toda la casa está en silencio, seguramente mis padres ya estén durmiendo, así que intento no hacer ruido. Cuando llego a la cocina, hay una nota de mi madre, indicándome que me ha dejado algo de cena en el microondas. Cojo el plato y lo devoro sin

pensar. Busco en el congelador helado de fresa y como un poco, mientras veo algunos vídeos en mi móvil. Me doy cuenta de la hora y decido irme a dormir de nuevo.
Despierto a la mañana siguiente, por la luz del sol que entra por el ventanal. Me levanto, me visto, cojo un pequeño neceser con algunas cosas del baño y me dirijo a mi moto, para irme a Madrid. Ya dejé todo listo, así que no tengo que hacer el equipaje. Salgo a rodar sin más. Durante el trayecto hasta la autopista, voy lento y disfrutando del hermoso paisaje Asturiano. Pero en cuento llego a la autopista, acelero a fondo y disfuto de tener tanta potencia entre mis piernas. Es algo que me excita y me hace sentir muy viva. Ni siquiera puedo sentir miedo a la muerte, simplemente disfruto de la velicidad, aceptando que este puede ser mi último viaje.
Llego a Madrid en menos de cuatro horas y llamo a Luis, para ver cuánto le queda. Me dice que aún tiene para dos horas más, así que decido dejar mi moto en un parcking de pago y salir a caminar por la zona, buscando una cafetería donde comer algo. Me siento en una de las mesas y enseguida viene una camarera a tomarme nota. Observo la cafetería a detalle y me fijo en que tiene una bonita cascada en el centro, con diferentes plantas. Sigo mirando a mi alrededor y un par de tíos no dejan de mirarme y hablar entre ellos. La mayoría de las veces en que se me queda mirando alguien, es por la ropa de motera, así que no me preocupa demasiado y sigo disfrutando de mi pincho de tortilla y mi zumo de piña. A los pocosminutos uno de ellos se me acerca.
—Hola. Siento molestarte, pero mi amigo y yo nos preguntábamos, qué moto tienes.
—Una Honda triple r Fireblade de mil cilindradas.
—¡No me jodas! ¡Qué pasada de moto! ¿Nos la enseñarías?
—La tengo en un parcking de pago a varias manzanas de aquí, así que me temo que no podrá ser.
—Que pena —dice ese chico con una expresión triste en su cara.
—Tengo fotos en mi móvil, ¿queréis verlas?
—Sí, claro —dice haciéndole gestos al otro tío para que venga a mi mesa.
Les enseño varias fotos y algunos vídeos y alucinan con la velocidad

que alcanza. No paran de hacerme preguntas y de decir que ojalá tuvieran mi moto. Son dos veinteñeros ilusionados con tener motos potentes y fardar delante de las chicas. Me hace gracia haberles conocido, pero cuando termino de comer me levanto para pagar e irme. Ellos se ofrecen a pagar lo mío por las molestias y se lo permito. Salgo de la cafetería y comienzo a caminar de nuevo por las calles de Madrid. No recordaba que fuera tan ruidosa, desde la última vez que vine. Me fijo en que mucha gente va andando inmersos en sus móviles y algunos chocan con otros, sin apenas darse cuenta. Me resulta triste ver a la gente así de robotizada. Después de media hora, paro en un pequeño parque que tiene una fuente. Me acerco para beber y un precioso perro se acerca para hacer lo mismo, pero en la parte baja, que hay un chorro para perros. Su dueño se acerca y me habla.

—Perdona, no sabe guardar cola, jajaja —dice riéndose.

Cuando le miro, es un tipo de unos cuarenta años, delgado y algo musculado. Viste con ropa deportiva y lleva el pelo en una coleta. Su cara es muy normal. No es mi tipo, pero parece agradable.

—No te preocupes, podemos beber juntos los dos, ¿verdad guapo? —le digo al perro acariciándole las orejas.

Bebemos ambos y me refresco la cara un poco porque tengo calor. Ellos se van y yo me siento en un banco cercano a descansar y llamar a mi amigo. Pero justo cuando voy a ahacerlo, recibo su llamada. Me cuenta que ya le queda menos de una hora para llegar y me indica donde nos encontraremos, para ir a buscar un hotel. Me quedo media hora más en ese banco sentada y disfrutando de la brisa fresca. Voy al encuentro de Luis y llego antes. Espero apoyada en mi moto, a la sombra. Algunos hombres y mujeres me miran al pasar por delante. Es bastante llamativo ver una moto deportiva, pero si encima le agregas a una mujer motera, llama aún más la atención. Estoy acostumbrada a las miradas, no me resultan molestas ya, aunque al vivir en un pequeño pueblo donde me conoce todo el mundo, ya paso desapercibida, salvo por los turistas que vienen a los alojamientos. En pocos minutos, llega al fin mi amigo y nos ponemos en marcha para encontrar un hotel decente en el que quedarnos. Encontramos uno cerca de donde tiene que recoger las piezas, así que pedimos un

par de habitaciones allí. Nos tomamos algo en el restaurante del hotel y charlamos. Luis es mi mejor amigo, incluso más que Aitor. Él siempre me ha tratado como un hermano. Es muy protector y honesto. Siempre se preocupa de que, pase lo que pase, esté bien. No le gusta demasiado esta nueva versión de mí, siempre me dice que le gustaría que volviera a ser como antes del accidente, pero que me quiere igual. Subimos a descansar a nuestras habitaciones un rato y a dormir la siesta.
Cuando despierto, me voy de tiendas, aprovechando que estoy en una calle llena de ellas. Quiero comprar ropa que no sea de cuero ni de estilo motero o deportivo. Apenas tengo nada que ponerme nunca, que no sea así. Recorro las tiendas y me compro bastante ropa, algunas joyas y accesorios. Esa pasta que gané en la carrera me ha venido genial para renovar mi armario. Cuando llego a la habitación del hotel y observo el montón de bolsas encima de la cama, veo que tendré que pedirle a Luis que me lo lleve todo en su furgoneta.
De repente, llaman a mi puerta. Es Luis invitándome a salir a cenar y a tomar algo. Me pongo algo de ropa nueva y salimos del hotel.
—¿Es cosa mía o hay demasiada gente? —pregunto un poco agobiada.
—Como se nota que llevas años sin venir. Pero sí, cada vez hay más y más gente —responde Luis.
—Como nuestro pueblo, no hay nada. Aire limpio, naturaleza salvaje y mar.
—Sí. Vivimos en un auténtico paraíso. No lo cambio por esto ni de coña.
—Ni yo, jajaja —digo riéndome, viendo las caras que pone mi amigo.
—Oye, Valery.
—Dime.
—Si hoy se te acerca algún moscón, ¿qué quieres que haga?
—Depende. Si te hago esta señal, es que quiero que te apartes — le digo haciendo el gesto de ok con la mano.
—Vale. Si me gusta a mí alguna, ¿me ayudarás?
—Claro, como siempre.
—Perfecto —contesta sonriente.

Tras la cena, entramos en un pub que parece estar muy animado, porque es la noche de karaoke. Hay mucha gente, pero encontramos un rincón para sentarnos, mientras tomamos una copa. Trancurre la noche y ligo con un tipo muy atractivo. Me voy fuera para liarme con él, pero cuando estamos besándonos, llega la voz de mi madre a mi cabeza, diciéndome que ese no el el buen camino. Logra interrumpirme y que le deje tirado al tipo para volver al pub con Luis.
—¿Todo bien Valery? —me pregunta mi amigo, en cuanto llego.
—Sí. No era mi tipo. Me voy al hotel; tú quédate si quieres.
—No, voy contigo.
De camino al hotel, decido hablar de lo que me pasa con Luis para ver su punto de vista masculino.
—¿Por qué crees que hago esto?
—¿El qué? —pregunta confuso.
—Lo de ser como un tío y liarme con cualquiera que me guste sin más.
—Joder Valery, que pregunta. No lo sé. Sólo sé que desde que casi te mueres en ese río, no has vuelto a ser la misma.
—¿Será que tengo un trauma o algo así?
—Podría ser. Hay gente que después de una experiencia así, cambia su vida por completo y la aprovechan más, pero lo tuyo parece diferente. Es como si necesitaras emociones fuertes todo el tiempo para ser feliz y no creo que eso sea del todo bueno. Al menos no todo el tiempo.
—Lo único que sé es que no le tengo miedo a nada desde entonces y que me aburro de todo enseguida, pero no sé qué debo hacer para sanarme.
—Quizá precisamente de lo que tanto huyes es lo que necesitas.
Me sorprende la respuesta de mi amigo y quiero saber más.
—Explícate.
—Quizá necesitas algo como un ancla. Algo que te haga sentirte segura, ¿entiendes?
—¿Segura? No sé...
—Lo que haces es ir de un tío a otro, pero sin permanecer con ninguno por mucho tiempo, porque te aburres y te dan ganas de huir, ¿no?

—Algo así.
—Entonces, debes buscar un tío que te ancle, con el que te sientas libre de ser como eres y lo acepte, así quizá no tendrás ganas de huir y te quedarías a su lado. Debe ser alguien con el que puedas hablar de lo que te pasa y lo acepte sin condiciones. O ir a un psicólogo a que te arregle, una de dos, jajaja —termina riéndose, mientras me toca la cabeza.
—Creo que lo del psicólogo podría ser más fácil.
Llegamos al hotel entre risas y cada uno se va a su habitación. Mientras me quedo dormida, no dejo de pensar en como puedo sanarme y volver a ser la mujer que era antes, al menos en cuanto a las relaciones. Porque me guste o no, las palabras del maldito Alex son muy ciertas, estoy cansada de estar sola al final del día y quiero que Liam, sea el último hombre al que pierdo.



Liam

Necesito calma, después de estos días intensos con Valeria, las carreras y Alex, pero nos reunimos hoy con él mi padre y yo para valorar la situación, nuestra sociedad y nuestra amistad. Mi padre me ha pedido que nos sentemos los tres a charlar de lo sucedido. No tengo ganas de verle, pero lo haré por mi padre. Desde niños, Alex se ha metido en líos y yo he tenido que sacarle de ellos y ya estoy cansado. Con más de treinta años, debería ser más maduro y responsable o al menos hacerse cargo de sus asuntos y cagadas, pero supongo que sigue siendo un niñato. Supongo que es así, porque lo ha tenido demasiado fácil en la vida, al contrario que yo.

Desde que mi madre y mi hermano murieron, solo hemos estado mi padre y yo y no ha sido nada fácil para ninguno de los dos. Mi padre estuvo perdido mucho tiempo y tuve que madurar demasiado rápido para ayudarle.

Me preparo para ir a esa maldita reunión a la que no tengo ganas de asistir y, cuando voy a arrancar el coche, me encuentro algo. Es un anillo de Valeria. La imagen de cuando nos besamos aquí pasa por mi mente y no puedo evitar sentirme mal. Todavía puedo sentir sus labios y me arde por dentro. No entiendo por qué, si me ha rechazado tantas veces, sigo pensando en ella y, peor aún, queriéndola. Es absurdo que siga así por alguien que me ha dejado claro que no quiere o no puede estar conmigo, pero no puedo evitar sentir lo que siento y dejar una puerta abierta en mi corazón para ella.

Finalmente, arranco el coche, después de guardarme el anillo. Me dirijo a la empresa y veo a mi padre llegando y a Alex, aparcando también. Comienza el show, supongo.

—Hola, chicos, sentaos —dice mi padre muy serio.

Se toma unos minutos mirándonos fijamente a ambos, sin decir nada.
—¿Qué os pasa? Alex, comienza tú y más te vale que me lo cuentes todo, chaval —le advierte, señalándole con el dedo.
—Bueno... Pasa que soy un puto desastre, pero eso ya lo sabes de sobra. Liam se ha cansado de sacarme de mis movidas y lo entiendo perfectamente; yo no creo que le hubiera aguantado tanto.
—¿Qué movidas? —pregunta mi padre, mirándonos a ambos.
—Pues... es que... he estado participando en carreras ilegales apostando dinero y bueno... no me ha ido muy bien que digamos.
—¿Liam, tú sabías esto? —me pregunta, con cara de enfado.
—Sí. Lo sé desde hace un tiempo, pero me juró que lo dejaría y no ha sido así. La última vez estuvo a punto de perder la Ninja.
—No me jodas, Alex, ¿te jugaste mi moto? Me dan ganas de pegarte un puñetazo, chaval —dice mi padre muy enfadado.

—Lo sé y me lo merezco, Allen. Sé que os he traicionado por mi estupidez y estoy dispuesto a asumir las consecuencias, sean las que sean —contesta Alex, sin poder mirarnos a la cara.
No puedo evitar que la furia me posea mientras le miro. Intento contenerme, pero ya no puedo más. Voy a soltar todo lo que siento, aquí y ahora, para zanjar de una vez esto.
—¿Sabes lo que más me jode? Que no solo nos has fallado como socio, sino como mi hermano y amigo. Has antepuesto tus mierdas a mí y, a pesar de que te he sacado de muchas, has seguido una y otra vez traicionándome. Eres una basura.
—Vale, Liam, tranquilo. Sé que estás dolido, hijo, pero debemos solucionar esto juntos. Como tú mismo has dicho, Alex es tu hermano y mejor amigo, así que debemos darle una última oportunidad de enderezarse, ¿ok? —dice mi padre, tranquilizándome.
—No estoy de acuerdo, yo ya le he dado demasiadas oportunidades —contesto algo más calmado.
—Hagamos algo. La has cagado, pero bien, chaval. Quiero que devuelvas toda la pasta que le has hecho perder a Liam con tus cagadas. Me da igual que tengas que vender tu coche, tus motos o lo que sea, pero la devuelves, ¿está claro?
—Sí —responde Alex.
—Te vas a ir un tiempo de vacaciones, para reflexionar en lo que has hecho. No quiero verte el pelo por aquí y cuando decida que vuelves, espero que hayas madurado y cambiado de actitud o se acabará todo, ¿entendido?
—Sí —vuelve a responder Alex, cabizbajo.
—Lo de vuestra amistad tendrás que solucionarlo con mi hijo, ahí no me meto, pero solucionarlo, ¿ok? Ahora lárgate, que hay mucho curro que hacer —termina diciendo mi padre.
Alex se acerca a mí y me agarra del brazo para retenerme.
—¡Suéltame! —exclamo enfadado.
—Solo quería pedirte disculpas de nuevo, tío, y darte las gracias por todo —dice mi amigo, sin poder mirarme a la cara.
—Hazle caso a mi padre y lárgate, madura y, cuando lo hagas, quizá te perdone —sentencio tajante.
—Está bien, lo siento.

Alex desaparece por la puerta del despacho y yo me reúno con mi padre, para afrontar un día de trabajo duro. Tenemos varias motos que restaurar con las que ganaremos mucho dinero, pero hay un plazo para entregárselas al cliente. Restauramos motos para gente muy selecta y adinerada ahora, pero no fue siempre así. Mi padre comenzó con un pequeño taller en el garaje de la casa de mis abuelos, siendo muy joven. Pero poco a poco, se hizo conocido y fue creciendo en el mundo del motor, gracias a su gran talento y pasión por las motos, sobre todo las legendarias.
Llaman al teléfono de la oficina y lo cojo yo.
—Legendary Motors, dígame.
—Hola, ¿puedo pasarme hoy para enseñaros una moto que quiero restaurar? —me pregunta alguien desconocido.
—Hoy lo tenemos bastante liado, ¿podría ser mañana?
—Lo siento. Tiene que ser hoy, porque salgo de viaje y es un regalo para mi hija.
—Vale. Déjame mirar para hacer un hueco.
—Ok.
Miro la agenda y tenemos todo el día lleno de asuntos que atender, pero parece algo importante, así que le atenderemos fuera de horario.
—¿Te parece bien si nos la traes a última hora? A eso de las nueve, es que antes va a ser imposible.
—Vale, no hay problema, nos vemos a las nueve entonces. Gracias.
—Gracias a ti, hasta luego.
Cuelgo el teléfono y sigo con mi tarea. Pasamos todo el día con esas motos y agendando nuevos encargos. Llegan las nueve de la noche y el desconocido trae la moto.
—Hola, soy Allen y este es mi hijo Liam.
—Yo soy Roberto y esta es mi hermana Sara.
Todos nos saludamos y nos muestran la moto que quieren restaurar; es una Indian muy bonita.
—Esta moto era de nuestro padre y queremos regalársela a mi hija por su veintiún cumpleaños, que será en un mes. Como ya os comenté por teléfono, tengo que irme de viaje por casi dos semanas y no podré estar pendiente de este tema, de ahí la urgencia porque

la vierais cuanto antes. Os pido disculpas de nuevo por ello —cuenta Roberto mientras nos muestra la moto.
—Bueno, tranquilo, estas cosas pasan, no te preocupes. Déjame echarle un vistazo a la moto y te digo si podemos restaurarla en el tiempo que pides, ¿ok? —dice mi padre observando la moto.
—¿Puedo ofreceros algo de beber? Si queréis, podéis esperar más cómodamente ahí —les indico a ambos, señalando unos sofás.
—Roberto decide quedarse con mi padre y yo acompaño a Sara para que se siente. Le sirvo una botella de agua y cuando voy a irme, me habla.
—Esa moto lleva toda la vida con nosotros, pero desde que enfermó mi padre, ha estado en un garaje y espero que podáis devolverla a la vida —dice la chica, con cierta tristeza en sus ojos.
—Esperemos que sí —contesto amablemente.
—Oye, Liam, ¿cuánto tiempo llevas restaurando motos?
—Desde niño, ya ni me acuerdo, jajaja.
—Qué bien. Entonces te apasionan, supongo. A mi padre también le apasionaban las motos; tenemos varias más en ese garaje, todas suyas. A mí siempre me han dado mucho respeto, incluso miedo. Menos cuando montaba con mi padre de niña, que lo disfrutaba mucho, ¿sabes?
—Te entiendo. A las motos solo se les pierde el miedo montándolas. Lo siento, pero tengo que ir con ellos —digo despidiéndome de Sara.
—Sí, perdona por entretenerte.
—Tranquila.
Al fin estoy con Roberto y mi padre. Observamos bien la moto y está bastante oxidada por algunos sitios. También tiene daños estructurales y de pintura, pero nada que no podamos solucionar con un poco de cariño y tiempo. Mi padre y yo valoramos un poco la situación y decidimos aceptar restaurarla y prometemos tenerla a tiempo para el cumpleaños de la chica. Acordamos un precio justo y Roberto lo acepta sin condiciones. Cuando ya se van a ir, Sara pide ir al baño y la acompaño.
—Ahí está, es esa puerta de la derecha —le indico con la mano.
—Perdona, solo ha sido un engaño para estar a solas contigo un momento —me suelta Sara sin esperarlo.

—¿Cómo? —pregunto confuso.
—Nunca he hecho algo así, pero es que desde que te he visto me has parecido tan atractivo y amable que no he podido resistirme.
Me da un tímido beso y después pone un papel en mi mano, antes de marcharse. Yo me quedo sin poder reaccionar por unos segundos y cuando miro el papel, tiene escrito su número y una huella de sus labios, cosa que me parece muy sensual por su parte y se me dibuja una sonrisa.
—Oye, Liam, ¿qué te pasa? Ni siquiera te has despedido de los clientes —dice de pronto mi padre, sacándome de mi estado mental.
—Pe... perdona —contesto guardándome el papel en el bolsillo del pantalón.
—¡Espabila! Ni que nunca hubieras visto a una chica guapa — dice riéndose de mí.
Nos vamos a descansar por ese día. Desde los veinticinco años, decidí vivir independiente, para dejarle espacio a mi padre para invitar mujeres a su casa y tener citas, sin sentirse incómodo por mi presencia. Yo vivo solo desde entonces en una casa cercana a la de mi padre. Él me ayudó a pagarla y ya es mía desde hace un par de años. La reformé a mi gusto y tiene todo lo que siempre quise. Cuando llego tras un día largo de trabajo, me siento cómodo, pero me falta algo para ser feliz, y es una buena mujer que me reciba amorosamente y haga de esta casa un hogar.
Cuando me estoy quitando la ropa para meterme en la ducha, se cae el anillo de Valeria y no puedo evitar recordar los pocos besos que nos dimos y los momentos que pasamos juntos. Después de su primer rechazo, intenté salir con otras para sacármela de la cabeza, pero las hice daño, porque la buscaba a ella. Mientras el agua caliente moja mi cuerpo cansado y se relajan mis músculos, pienso en ella, en su preciosa cara, sus ojos avellana y su cuerpo encima de mí en el coche, besándonos apasionadamente por primera vez. Me dejo llevar y termino llegando a un dulce y placentero clímax, que se corta en seco cuando abro los ojos y vuelvo a la realidad. Doy un golpe a la pared de la ducha por pura frustración y termino de lavarme.
Valeria es la mujer de mis sueños. Sé que nunca encontraré a

ninguna como ella, porque ya la busqué en todas. Estoy enamorado de ella desde ese día en aquella vieja estación y sé que ella también lo está de mí, pero ni siquiera me deja luchar por lo nuestro; lo único que ha hecho es apartarme una y otra vez y, aunque quiero seguir intentándolo, quizá debo descansar un tiempo y comprobar si me echa de menos. Todos los días tengo la tentación de llamarla o escribirla, pero me controlo para respetarla y tengo la esperanza de que el destino nos vuelva a unir de nuevo.
Salgo de la ducha y, mientras me seco un poco con la toalla, me encuentro tirado sobre la cama el pequeño papel con el teléfono de Sara. Pienso en mandarle un mensaje o llamarla, pero enseguida se me quita la idea de la cabeza, pensando en la bronca que me echaría mi padre por liarme con una clienta. Él sí lo ha hecho más de una vez, pero me dejó claro que yo no podía, al menos hasta que la empresa fuera mía. Aun así, decido memorizar el teléfono de la chica en mi móvil; quizá cuando restauremos la moto la llame para quedar; al fin y al cabo, para entonces ya no será una clienta.

Valeria

Después de recoger las piezas, regresamos a Asturias y yo llego un par de horas antes. Pasan los días y no he sido capaz de decidir si me encontraré con Alex en el circuito o no. Necesito consejo de los chicos, así que les he dicho que quedemos en unos minutos en casa de Aitor. Cuando llego, veo a ambos tomando unas cervezas, tirados en el sofá.

—Hola, chicos.
—Ey, Valery. ¿Qué te pasa? —pregunta Aitor.

—A ver, es que no sé cómo hablar de esto, pero necesito vuestro consejo como tíos —digo un poco avergonzada.

—Tranquila, cuéntanos —contesta mi amigo Luis.
—¿Os acordáis del novato de las carreras?
—Sí —responde Aitor.
—Pues estuvimos hablando la noche cuando fuimos a celebrarlo. —

¿Hablando de qué? —pregunta Luis.
—Pues, al parecer le gusto desde que le salvé y quiere que

intentemos algo juntos, ¿sabéis?
—¿Pero tú no estabas colada por ese tal Liam? —pregunta Aitor confuso.
—Sí, el que me gusta es Liam, pero Alex me dijo algo en lo que no he podido dejar de pensar. Me dijo que él es como yo, que tiene sexo vacío y sin sentido con mujeres y que ya está harto de eso,

porque se siente solo. Me propuso que nos viéramos e intentáramos tener algo para dejar de estar solos.

—Joder, Valery. Yo no sé qué decirte, la verdad. Ni siquiera sabía que te sentías así. No estás sola, nos tienes a nosotros y a tu familia, tía, no deberías estar con nadie solo por eso, ¿no? —dice Aitor, mirando a Luis.

—Eso es cierto, no estás sola y no deberías liarte con alguien solo por eso, pero entiendo que ya estés harta de no tener a nadie. Pero ese tío es un perdedor, no creo que sea el tipo indicado para ti. ¿Por qué no intentas sanarte primero y después buscas a Liam? Él es con quien realmente quieres estar, ¿no? —contesta calmadamente Luis.

—¿Y si Alex es mi sanación? Estar con alguien como yo quizá me haga volver a ser la que era.
—Bueno, Valery, si crees que eso es así, inténtalo. Nosotros estaremos siempre apoyándote, pase lo que pase —contesta Aitor abrazándome junto a Luis.
—Pero si ese perdedor te hace daño, se las verá con nosotros —sentencian los dos.
—Soy tan afortunada de teneros —digo algo emocionada.
Pasamos la tarde juntos en el garaje, charlando y jugando videojuegos, como nos gusta hacer desde niños. Llega la noche y regreso a casa, me doy una ducha y me meto en la cama pensando en cómo será el encuentro con Alex.
Me despierta la alarma del móvil a las siete y media. Me levanto, me

pongo lo primero que veo en el vestidor y salgo disparada para el circuito. Llego unos minutos antes de las ocho, así que espero sentada en mi moto. Alex llega enseguida y aparca su coche a mi lado.
—No tenía esperanzas de verte hoy, preciosa —dice saliendo del coche.
—Pues ya ves, estabas equivocado.
—Sí. Últimamente me equivoco demasiado —contesta acercándose para besarme.
—Espera, espera. Habla primero. Quiero que me cuentes qué hacemos aquí —digo frenándole y apartándole de mí.
—Creí que te lo había dejado muy claro en la nota, pero supongo que necesitas más —contesta apoyándose sobre el capó de su coche —. Está bien. He estado con demasiadas mujeres en estos últimos años, buscando algo, una emoción que hiciera que me conectara con ellas, pero no he sido capaz de encontrarla. Solo sé que desde siempre, en cuanto todo se vuelve rutinario, me empiezo a agobiar y huyo o lo saboteo, sea lo que sea. No puedo evitarlo, siempre sucede, una vez tras otra. Cuando te conocí, me gustaste, porque eres preciosa, pero pensé que serías una más, hasta que Liam me contó que le rechazaste porque no querías hacerle daño. En ese momento quise conocerte más y comprobar si podrías ser mi solución. No quiero seguir despertándome con mujeres que ni siquiera me importan y solo he utilizado para sentir algo, ¿entiendes?
—¿Y por qué piensas que no querrás huir de mí también? —pregunto con algo de interés.
—Porque desde que te conocí, he sentido cosas que aún no sé qué son, pero algo se está moviendo aquí —dice señalándose el pecho.
—Genial, solo soy el experimento de un niñato —contesto ofuscada —. Ha sido un error venir; parecías un tipo serio en la nota, pero veo que solo eres un inmaduro.
—¿Te digo que me haces sentir y me llamas inmaduro? Jajaja. Creo que no has entendido nada de lo que te he contado, Valeria.
—Será mejor que me vaya, esto ha sido un error —digo arrancando mi moto.
Alex se acerca enseguida, gira la llave para apagar el motor y me

coge la cara suavemente, quedándose a escasos centímetros de mi boca.
—Dime que ese beso no te gustó y me iré ahora. Dime que no tengo razón y no me verás nunca más.
Me está mirando con deseo y noto cómo se contiene para no besarme de nuevo. Está esperando mi respuesta y no deja de mirar mi boca. Mi primer impulso es dejarme llevar por su deseo, pero necesito conocer al Alex auténtico antes de dar un paso más. Así que le aparto de mí, para hablarle con tranquilidad.
—¿No me dijiste en tu nota que querías que tuviéramos una cita y que te conociera de verdad? Pues a eso he venido, así que para el carro y vayamos a esa cita o me largo.
—Sabía que no sería tan fácil, pero tenía que intentarlo, jajaja — dice riéndose—. Está bien, entonces sígueme, tengo un plan.

Asiento con la cabeza y meto la llave para arrancar mi moto. Él se monta en su coche y le sigo hasta un lugar muy bonito. Es un acantilado donde hay un faro. Aparcamos y nos dirigimos a un mirador donde hay varios bancos. Allí, mirando al mar, comienza a hablar.

—Siempre fui un bala perdida. Mientras Liam se enamoraba de las chicas, yo solo les hacía daño, porque me acostaba con ellas y las dejaba. No sé por qué nunca he logrado conectar con nadie, ni siquiera con él. Ha sido el mejor amigo y yo solo un maldito egoísta. No recuerdo el momento exacto en el que me convertí en esto, pero ya estoy cansado, ¿sabes? He perdido a Liam y probablemente pierda todo por lo que he estado trabajando muchos años.

Observo a Alex mientras habla y se le ve realmente afectado y dolido. Quiero escuchar todo lo que tenga que decirme, solo quiero escuchar.

—No sé qué es lo que me pasa contigo, Valeria —continúa mirando al mar—. Cuando llegaste con tu moto, tiraste a esos tíos al suelo y me sacaste del circuito, yo aluciné. Luego me ayudaste sin tener por qué y después ese beso que se sintió diferente... Sé que no soy Liam, sé

que no soy bueno para nadie, pero pensé que quizá seríamos buenos el uno para el otro. ¿No merece la pena intentarlo?

Alex me mira mientras me hace esa pregunta. Yo no sé la respuesta y solo me quedo en silencio.
—Está bien. Tú estás aquí para conocer al verdadero Alex y así será, solo déjate llevar, ¿ok? —dice agarrándome la mano.
—Un momento, ¿qué haremos? No quiero más sorpresitas —digo señalándole con el dedo muy seria.
—Te prometo que no volveré a besarte hasta que tú me lo pidas.
—Espero que cumplas esa promesa.
Me sonríe y me lleva hasta el faro, que resulta ser un restaurante para mi sorpresa. Alex había reservado una mesa para nosotros y nos llevan hasta ella. Nos sentamos y miramos la carta.
—Voy a pedir lo más caro de la carta para que me compenses por haberte salvado, que aún estoy esperando la recompensa que dijiste que me darías —comento mientras busco el plato más costoso.
—¿Los diez de los grandes que te hice ganar no son suficientes?
—¿Pero tendrás morro? Eso fue para sacarte de otro de tus líos, maldito.
—Cierto, tienes toda la razón.
Al poco tiempo, nos traen nuestra comida y charlamos de varios temas triviales. Después, la conversación se va a un punto donde no quiero estar, cuando Alex no para de contarme recuerdos de él con Liam. Supongo que está sufriendo por haberle perdido e intenta sobrellevarlo recordando los buenos momentos, pero yo también estoy sufriendo por él y no quiero seguir recordándole.
—Alex, para. Por favor, deja de hablar de él. Háblame de ti, del verdadero Alex. ¿No es por eso que estamos aquí? —digo para que cambie de tema de una vez.
—Sí, perdona. Supongo que a ti también te duele mucho y no paro de mencionarle, qué idiota —contesta disculpándose sinceramente.
Se queda un minuto en silencio y come varios bocados de su plato. Después bebe de su copa y vuelve a hablar.
—¿Qué te gustaría saber de mí? —pregunta mirándome y poniendo una bonita sonrisa.

Yo le miro por un instante y me fijo en los detalles de su cara, de su pelo y de su cuerpo, en los que no me había fijado hasta ahora. Tiene una sonrisa pícara. Sus labios son finos y de un color rojizo muy sutil. Sus ojos son marrones y tiene un pequeño lunar al final de uno de ellos, casi imperceptible. Su pelo es corto, negro y liso. Lo lleva engominado y para atrás. Lleva un par de pendientes en una de sus orejas y barba muy bien cuidada y recortada. Tiene el cuerpo cuidado; se nota que va al gimnasio. Viste elegante y con ropa de marca.
—¿Valeria? ¿Sigues conmigo? —me pregunta Alex, chasqueando los dedos delante de mi cara.
—¿Cómo? —pregunto volviendo a la cena.
—Sé que soy demasiado atractivo para cualquier mujer, pero, chica, me estás comiendo con los ojos, córtate un poco, ¿no? — contesta él burlándose.
—Qué creído e impresentable eres —digo poniéndome a la defensiva.
—Jajaja, eres como una pantera. Me encanta eso de ti. Bueno en realidad me gusta todo —suelta de repente.
—Pareces el típico ligón de playa. No entiendo cómo tantas mujeres han caído ante ti.
—Pues yo sí entiendo cómo todos los hombres caen a tus pies — confiesa Alex, mirándome fijamente.
Enseguida le pido que me hable de su vida, su familia, sus hobbies, etc. Él comienza a contarme muchas cosas y se relaja el ambiente. Comemos muy a gusto y cuando terminamos salimos a pasear un rato por el acantilado. Me ayuda a bajar unas pequeñas escaleras, agarrándome de la mano, y ya no me la suelta durante todo el paseo.
—¿Tú también eres una apasionada de las motos? —pregunta Alex de pronto.
—No. La verdad es que no.
—¿Entonces todo eso de las carreras?
—Eso fue idea de uno de mis amigos. Él sí es un friki de las motos y ya lo hacía por su cuenta, pero cuando tuve un... bueno, cuando surgió una oportunidad, me sugirió a mí y a otro amigo que nos uniéramos a él y lo hicimos. Desde entonces corremos en esas carreras ilegales, pero yo únicamente lo hago por dinero —le cuento,

evitando decirle lo que me pasó.
—¿Para qué necesitas tanto dinero?
—Porque quiero independizarme. Quiero comprarme un terreno grande, donde construir mi casa.
—Chica lista, no como yo. He malgastado cada euro de lo que he ganado estos años y apenas me queda nada; de hecho, vivo con mis padres todavía —dice él bastante avergonzado.
—Nunca es tarde para madurar —contesto sonriéndole.
Seguimos charlando muy cómodos. Se nos hizo de noche en ese acantilado.
—¿Qué te ha parecido el verdadero Alex? ¿Sigues pensando igual de mí? —me pregunta muy serio.
—Bueno, creo que te falta madurar, pero no eres tan malo como pareces —respondo sinceramente.
—¿Has estado a gusto conmigo?
—Sí. Oye, Alex. ¿Qué es lo que quieres que seamos? ¿Qué quieres que pase entre nosotros? No entiendo el propósito que tienes exactamente —pregunto para obtener respuestas a mis dudas.
—Bueno, únicamente quiero lo que te dije, dejar de estar solo al final del día. Despertarme junto a ti, eso es todo. Pero sin presiones, etiquetas, ni jurarnos amor eterno, ¿entiendes? Y si alguno de los dos se aburre del otro, pues adiós, sin rencor.
—Básicamente, un rollo de una noche, extendido en el tiempo, hasta que uno de los dos se canse.
—Quizá no nos cansemos, precisamente porque nos sentiremos libres de ataduras, ¿no crees?
—No lo sé. Nunca lo he intentado.
—¿No merece la pena que lo intentemos?
—Puede que sí. Es hora de despedirse por hoy. ¿Dónde dormirás? — Pues pensaba dormir contigo, la verdad.
—¿En serio?
—No, es broma. Tengo una habitación en un hostal, no te preocupes.
—Vale. Nos vemos, supongo —digo pensativa.
—Oye, Valeria, ¿no quieres un beso de buenas noches? — pregunta Alex, poniendo morritos cómicamente.
—No, gracias.

Se acerca a mí y me da un beso en la mano antes de montar en su coche.
—Sé que te gustó ese beso, noté cómo te estremeciste. Esperaré impaciente a que vuelvas a por el siguiente —dice mientras arranca y se aleja a toda velocidad.
Yo me pongo el casco a toda prisa y arranco mi moto. Acelero al máximo y, cuando le alcanzo, le hago un gesto grosero con el dedo y le adelanto, dejándole atrás en pocos segundos. De camino a mi casa, pienso que, aunque me moleste tanto, Alex tiene razón. Quizá podamos ser buenos el uno para el otro.



Tras unos días desde el encuentro con Alex, nos hemos estado escribiendo mensajes y hemos hablado por teléfono. Me estoy dando un tiempo para pensarme bien si dar el siguiente paso con él o no, ya que realmente de quien estoy enamorada es de Liam y siento que le estoy traicionando si lo hago. Solo deseo que él pueda encontrar la mujer que le haga feliz, porque no soy yo, al menos de momento.
Hemos quedado hoy Alex y yo de nuevo para vernos en el circuito. Es fin de semana y tengo ganas de un poco de diversión.
—Hola, guapa —Alex me saluda, con un beso en la mejilla.
—Hola, ¿cómo estás?
—Ahora genial —dice sonriéndome.
—¿Te apetece un poco de aventura? Hace tiempo que no salgo de ruta con mi moto y estoy deseándolo.
—Me apunto, pero con mi coche iré más lento y no tendrá mucha

gracia para ti, creo.
—Ven conmigo de paquete —le propongo.
Alex me mira con cara de que ni de broma lo hará y niega con la cabeza.
—Solo por esta vez, ¿podemos ir en mi coche? —contesta, juntando sus manos para rogarme.
—Está bien, pero entonces haremos una parada antes de irnos. Sígueme, si puedes —digo, retándole.
Arrancamos y vamos a toda velocidad, llegando a nuestro destino muy rápido. Alex no parece tener ningún miedo a vivir al máximo como yo y eso me resulta gratificante. Llegamos a la casa de Aitor y veo que está en su garaje. Le digo a Alex que espere en el coche. Yo me acerco a mi amigo y le pido un favor.
—Hola.
—Hola, Valery, ¿qué pasa? —me pregunta, mirando a Alex.
—¿Puedo dejar aquí mi moto? Esta vez me voy en coche.
—Qué aburrido.
—Lo sé, pero es lo que hay. Ya vendré a recogerla, gracias — digo, dándole un beso en la mejilla a Aitor.
Vuelvo al coche con Alex y está centrado mirando hacia el garaje.
—Ya está, dejaré mi moto a salvo. ¿Qué sucede?
—Nada, es que menuda pasada de colección de motos tiene ese tío —contesta admirando las motos de mi amigo.
—Cuando volvamos le pido que te las enseñe. Ahora, vámonos.
—Será genial. Vamos.
Pasamos el día caminando, charlando y conociéndonos más. No paramos de contarnos nuestras anécdotas graciosas. También de los sucesos más duros. Compruebo que Alex ha tenido una vida sencilla y feliz. Sus padres siguen juntos como los míos y no le han pasado tragedias. Es hijo único, quizá por eso no ha madurado tanto. Me ha contado que ha sido un consentido y lo sigue siendo. Está anocheciendo y, por algún motivo extraño, hoy no quiero despedirme y deseo seguir con Alex.
—Bueno, volvamos al coche. Se hace tarde y tengo que llevarte de vuelta, señorita —dice acariciándome la mano.
—No quiero irme. Quiero estar contigo esta noche.

—¿Seguro? —pregunta Alex, acariciándome el pelo—. No creo que pueda contenerme toda la noche.
—No te he pedido eso.
Nos quedamos mirándonos el uno al otro en silencio. Él solo me sonríe. Creo que está esperando que yo dé el paso y le bese, pero no quiero hacerlo.
—Vamos a buscar un sitio para dormir —le digo, rompiendo totalmente con ese momento.
—Está bien.
Le indico el camino y durante todo el trayecto no abrimos la boca. Solo nos miramos de vez en cuando con deseo. Llegamos a nuestro destino y es un camping en el que conozco a los dueños desde hace años. Nos dan una cabaña sin problemas. Llegamos y a Alex le fascina lo bonita que es.
—Guau, es una preciosidad de sitio. Pasaremos una noche genial aquí —afirma señalando la chimenea.
Se pone a encenderla mientras yo voy a por algo de cenar al bar del camping. La cocinera, que es una de las dueñas, me hace el favor de prepararnos un par de bocadillos de lomo y queso. Compro unas latas de refresco y regreso a la cabaña de nuevo. Alex está hablando con alguien en el baño. Cuando sale, tiene cara de preocupación.
—¿Qué te sucede? —pregunto, mientras dejo la comida sobre la mesa.
—Cosas de pasta, no quiero hablar de eso —dice quitándole importancia.
—¿No habrás participado en otra carrera, no?
—No, ni de broma. De verdad, no quiero hablar contigo de mis problemas financieros. Cenemos.
—¿No deberíamos sentirnos libres para hablar de todo? — pregunto, mientras le doy mi primer bocado.
—Está bien, Valeria, como quieras. Hice una inversión hace unos días en algo y lo he perdido. Era lo último que tenía en una de mis cuentas.
—¿Entonces no te queda nada?
—Casi nada, unos pocos miles en otra cuenta —dice dándole un sorbo a su lata.

—Pues mi amigo de antes, el del garaje lleno de motos, es el que me ayuda a invertir mi dinero y se le da realmente bien. Si quieres, cuando regresemos a por mi moto, charláis sobre el tema.
—¿En serio? Eso sería la hostia —dice bastante aliviado.
Terminamos de cenar nuestros bocadillos y nos quedamos en el sofá tirados. Estamos llenos y solo miramos el fuego en silencio. Estamos así por varios minutos, hasta que escucho la voz de Alex.
—Me encanta el fuego. Es como tú, Valeria, peligroso pero hipnótico. Imposible resistirse a tocarlo, aun sabiendo que te quemarás —dice acariciándome la mano.
De repente, tengo un impulso de estar con él y decido ponerme encima de sus piernas. Sin decir nada, le beso. Primero un beso tímido. Él me mira algo sorprendido y me besa con más pasión. En ese instante, el recuerdo de Liam viene a mi mente y paro en seco.
—Mierda —digo apartándome.
—¿Qué te pasa? —pregunta Alex extrañado.
—Lo siento, es Liam, está aquí —contesto señalándo mi cabeza.
—No me importa, Valeria, sé que no me quieres a mí.
Alex me acaricia el pelo y la cara, mientras me mira y sonríe. Vuelve a besarme lentamente. Yo me dejo llevar por sus labios, a pesar de ver a Liam, y comenzamos un baile donde nuestras lenguas son las protagonistas. Se separa un poco y me baja uno de los tirantes de mi camiseta. Continúa besándome el cuello por ese lado, lo que enciende mi pasión. Ahora baja el otro de mis tirantes y me vuelve a besar el cuello, terminando con un suave mordisco. Yo le agarro por la nuca y acaricio su pelo. Me pierdo en su mirada profunda y su sonrisa pícara, que me invitan a seguirle besando una y otra vez. Tras muchos besos, comienzo a desabrocharle la camisa y noto sus latidos en mis manos, mientras lo hago.
—Tienes el corazón a mil —afirmo casi susurrando.
—Lo sé. Esto es distinto a todo —contesta él con la voz entrecortada.
—Sí, se siente diferente —digo, mientras continúo besándole.
Le quito la camisa finalmente y él me quita la camiseta. Comienza a besar mis pechos suave y lentamente. Y, entre besos y caricias, hacemos el amor en ese sofá, con el fuego de testigo.
Amanezco en la cama, pero Alex no está. Me quedo por unos

minutos más, disfrutando del recuerdo de sus labios recorriéndome. Al rato, decido darme una ducha para despejarme y, cuando salgo, él entra por la puerta, solo con una toalla puesta y sus calzoncillos mojados en la mano. Cuando me ve apoyada en la cama, viene hacia mí empapado y, sin decir nada, se pone de rodillas sobre ella, me coge por la nuca y me acerca a escasos centímetros de su boca. Me quita la toalla, mira mi cuerpo y comienza a besarme con mucha pasión. Acabamos teniendo uno de los momentos más placenteros, sin Liam en mi cabeza. Compruebo como a este hombre le sobra experiencia sexual y no es nada egoísta.
Alex me abraza fuerte mientras me acaricia el pelo. Yo me acurruco entre sus fuertes brazos y me siento conectada a él en este momento.
—Valeria, ¿cómo te sientes? —pregunta de pronto.
—Estoy bien, ¿tú cómo te sientes?
Me incorporo un poco para mirarle y ver su cara cuando me conteste.
—No sé, siento algo diferente. No ha sido sexo vacío y sin sentido. Quiero quedarme contigo, en vez de irme.
Alex se queda en silencio mirándome por unos segundos. Yo escucho atentamente lo que tiene que decir.
—Me desperté temprano y fui a la piscina, pero enseguida sentí que quería verte despertar y volví. Cuando te vi, solo podía pensar en hacerte el amor de nuevo.
—¿Y ahora qué? —pregunto con curiosidad.
—Yo quiero seguir despertándome contigo, ¿y tú?
—Yo también.
—Entonces iré a Lugo para vender mis motos y devolver el dinero que debo y después regresaré contigo.
—¿Cuánto debes?
—No es tu problema, Valeria, no intentes solucionarlo. Esta vez debo hacerlo yo, aunque duela. Es parte de madurar, ¿no? — contesta besándome.
—Deberías hablar primero con mi amigo Aitor, quizá puedas salvar tus motos.
—Cierto. Eres la mejor, muñeca.
—No me llames muñeca, es horrible.

—Ok, ¿prefieres cariño? ¿cielo?
—De momento llámame por mi nombre.
—De acuerdo, Valeria la valiente —dice abrazándome más fuerte y besándome el cuello.
Decidimos levantarnos de la cama al fin, para ir a la piscina y disfrutar de todas las instalaciones del camping. Por la tarde cogemos el coche y lo conduzco hasta un lugar que conozco desde niña. Es un claro en lo alto de una montaña, donde se puede acceder cómodamente. Nos quedamos charlando y viendo cómo anochece. Después hacemos el amor bajo el cielo estrellado y regresamos a la cabaña para descansar.
En un nuevo día, volvemos al garaje de Aitor. Cuando me ve llegar de nuevo con Alex, pone mala cara. Así me hace saber que no le gusta para mí. Espero que cuando hablen, quiera ayudarle a salir del hoyo de deudas.
—Hola. Alex necesita hablar de algo contigo, así que os dejo solos. Tengo que ir a casa —le digo a mi amigo, mientras cojo mi casco. Arranco mi moto fuera del garaje y, antes de irme, ambos me hacen el gesto de que acelere para escucharla y lo hago. La imagen de Liam en aquella estación vuelve a mi mente por un segundo. Regreso a casa tranquilamente, mientras los recuerdos de Liam y yo juntos llegan y se van. Antes de Liam y después del suceso del río, estuve enamorada de dos hombres, que fueron maravillosos conmigo y yo les pagué siendo infiel. Por presionarme para ser una buena pareja, al final terminé dañándoles mucho más, aunque no fue mi intención. Querían verme, me llamaban, me mandaban mensajes y querían saber lo que ocurría, pero yo no sabía cómo responderles. Al final, en los dos casos, acabó muy mal. Yo siendo infiel y ellos con el corazón hecho trizas por mi culpa. Quizá si esta vez no me siento presionada y me siento libre de ser como soy, funcione con Alex y no acabemos mal, quién sabe. O quizá él sea quien me ayude a sanar lo que sea que se dañó en mí aquel día. Al menos debo intentarlo, para no pasar el resto de mi vida sola. Lo único que sé es que yo era una persona totalmente diferente a como soy ahora. Antes me encantaba la rutina; era miedosa y aburrida. Todo tenía que estar en orden en mi vida para ser feliz y ahora es todo lo contrario. El caos y la adrenalina

me mantienen feliz. No saber qué haré, dónde iré o con quién estaré es lo que me hace estar bien. Ir a toda velocidad con mi moto es lo que me hace sentirme viva y lo necesito, porque si no, me apago y me dan ganas de desaparecer. Puede que parte de mí se quedara en ese río o puede que la parte más salvaje fuera la que sobrevivió. Lo único que tengo claro es que ya no puedo concebir mi vida sin emociones fuertes, sean las que sean, y no le temo a nada, ni siquiera a la muerte.

Liam

Hoy entregamos la moto para el cumpleaños. Hemos quedado en el lugar donde lo estarán celebrando para hacer una entrada bonita y sorprender a todos los invitados. Sara se ha encargado de todo; es bastante creativa, eso me gusta. Ha estado todo este tiempo insistiendo para que tengamos una cita y viniendo al taller, con la excusa de la moto. Mi padre enseguida se dio cuenta de lo que pasaba y me dejó claro que hasta que no entregáramos la moto y nos pagaran, no tuviera nada con ella. Ya me ha pasado otras veces que algunas clientas o familiares de clientes han coqueteado conmigo, pero lo de Sara es diferente. No sé si de verdad le intereso para tener una relación o solo quiere acostarse conmigo. Es demasiado lanzada y he tenido que mantenerla a raya. Valeria sigue en mi cabeza y en mi corazón en todo momento, pero quizá tener algo con Sara me alivie el dolor de no tener a la mujer de mis sueños. A menudo me pregunto si ella pensará en mí o ya me ha olvidado. Sé que le importaba mucho y estaba enamorada de mí, pude sentirlo. El recuerdo de ese breve instante en mi coche me acompaña cada noche cuando cierro los ojos y, a menudo, me doy placer pensando en ella. Mi mente se inventa toda clase de situaciones donde ella y yo estamos juntos, hacemos el amor y nos amamos el uno al otro. A veces quiero contarle el dolor que siento y quizá así vería que me hace más daño estar sin ella que lo que pueda hacerme estando conmigo.

Llegamos al lugar donde están celebrando el cumpleaños de la chica con la moto y Sara nos ayuda a empapelarla con papel de regalo y le pone un lazo gigante. Cuando nos vamos a ir, Sara me pide hablar un momento a solas. Mi padre me mira como dándome permiso y voy con ella. Me mete en un cuarto y, en cuanto cierra la puerta, me empuja contra ella y se me echa encima para besarme. El primer impulso que tengo es pararla en seco.

—Sara, perdona. No puedo hacer esto —le digo calmadamente.

Ella pone cara de enfado y vuelve a intentar besarme. Yo vuelvo a frenarla.
—¿Qué te sucede? Te lo estoy poniendo muy fácil, joder. Solo quiero que me eches un polvo, no es tan complicado.
—No soy de echar polvos, lo siento —digo molesto.
—Qué soso eres. Es un desperdicio que estés tan bueno.
Me entra el impulso de decirle alguna grosería, pero me contengo.
—Me largo —contesto abriendo la puerta y alejándose de Sara.
Cuando llego a la furgoneta, mi padre me observa durante unos segundos antes de arrancar.
—Vaya, qué cara traes, ¿qué ha pasado?
—Nada, como debe ser.
—Creo que eres demasiado caballero inglés, como tu viejo. Yo estaba casado y tenía que respetar a tu madre, pero tú puedes disfrutar un poco de este cuerpo que te dimos, hijo —dice guiñándome un ojo.
—Podría, pero estoy enamorado de la mujer de mis sueños —contesto casi susurrando.
—¿La mujer de tus sueños? Cuéntamelo todo, chaval.
Pensé que mi padre no me había escuchado decir eso y ahora no me dejará en paz si no se lo cuento todo, así que me pongo a contar toda mi historia con Valeria. Él me escucha muy atentamente mientras conduce y cuando termino, comienza a hablar.
—Lo siento mucho. Debe ser duro por lo que estás pasando y no sé cómo ayudarte a superarlo. Lo que no entiendo es por qué te has dado por vencido tan rápido; eso no es propio de ti.
—¿Crees que debería volver a su vida y seguir insistiendo?

—Yo lo haría, si tuviera tan claro como tú que ella es la mujer de mis sueños. Por otro lado, si el destino, la vida o el universo os ha unido antes y estáis destinados a estar juntos, estoy seguro de que os unirá de nuevo, en el momento justo. Quizá tú ya estés listo para ella, pero ella no lo esté para ti y por eso, aunque os habéis conocido, no ha salido bien lo vuestro por ahora. Debes confiar en el destino y mientras tanto disfrutar un poco de la vida. Créeme que cuando menos te lo esperes, tendrás cincuenta o sesenta años y querrás volver a los treinta para poder seguir disfrutándola.
—No sé cómo hacer eso sin ella.
—¡Anda ya! No seas dramático, que no eres Romeo y ella no es Julieta. —Solo sal con mujeres, experimenta y, cuando sea el momento, ella aparecerá de nuevo y podréis ser felices —termina dándome una colleja.
Desde que murieron mi madre y mi hermano mayor, mi padre y yo hemos estado muy unidos. No debió ser fácil para él quedarse sin el amor de su vida y uno de sus hijos a la vez. De hecho, estuvo durante un tiempo muy perdido y me mandó con mis abuelos. Estuve varios años sin apenas saber de él, hasta que logró recomponerse y regresó a por mí. Después, con la ayuda de sus padres, montó nuestra empresa, Legendary Motors. Ha sido un gran padre para mí y le estoy muy agradecido por todo lo que hace cada día. Yo solo intento ser un buen hijo y mantenerme cerca de él, para ayudarle en todo lo que pueda.
Tras terminar con el pedido de la moto y la charla que tuvimos mi padre y yo, él me invitó a tomarme unos días libres para vivir alguna aventura, así que me dirijo con mi moto hacia la costa gallega. La recorreré, me quedaré en varios campings y surfearé un poco si puedo. Hace tiempo que quería recorrer las playas salvajes y al fin lo haré. Después de un par de horas, llego a mi primer destino. Es un camping frente al mar Cantábrico.

Valeria

Como Alex se ha ido durante unos días a Lugo para arreglar sus asuntos y estamos en temporada baja, hay menos trabajo que hacer

en los alojamientos y además la rutina me aburre demasiado, así que he decidido hacerme un viaje por la costa de Galicia. Me iré quedando en diferentes campings y será genial. Estoy muy emocionada por salir de la vida monótona. Después de este viaje me mudaré a algún lugar, para vivir sola. Puede que me compre un pequeño terreno y una cabaña para estar en la naturaleza, porque la ciudad no va conmigo. Desde pequeña he vivido con mis padres; es hora de comenzar mi propio camino, aunque me encante estar con ellos. Seguiré encargándome de la parte online, pero no estaré activa con el personal. Mis padres quieren que sea feliz, así que están contentos de que dé el paso hacia mi independencia.

Acabo de llegar a mi primer destino. Es un camping muy bonito frente al mar. Llego a lo que parece la recepción, pero no hay nadie. Veo un cartel que pone: "Vuelvo enseguida". Me aparto un poco con mi moto y espero a que aparezca alguien. Pasa un rato y no se ve a nadie. Decido ir a ver si encuentro al dueño del camping por algún sitio. Voy caminando y veo salir humo de la chimenea de una pequeña casa, así que me acerco. De pronto, sale alguien de ella. Veo a un hombre rubio y fuerte. Va vestido con una camiseta ajustada y negra de manga corta y unos pantalones marrones. Lleva un machete colgado del cinturón y un hacha en la mano.

—Hola. Disculpa, ¿eres el dueño? —digo un poco sorprendida. Ese desconocido levanta la mirada hacia mí y, cuando veo su cara, me resulta bastante guapo.

—Hola. Creo que se me ha ido el santo al cielo, cortando leña. Ven a recepción, yo soy el dueño.
Caminamos los pocos metros hasta el lugar y, cuando llegamos, deja su hacha y mira su ordenador.
—¿Cuánto tiempo quieres quedarte?
—Tres días.
Mientras hace el registro, le observo con más detenimiento. Tiene los ojos azul cielo, son muy bonitos y lleva barba. En ese momento recuerdo a Alex y me siento incómoda. De pronto, ese hombre me

saca de mis pensamientos.
—¿Puedes darme tu DNI?
—Disculpa. Toma. —digo entregando mi documento.
—¿Quieres una casa o tienes tienda de campaña?
—Tienda de campaña.
No puedo dejar de mirarle, porque hay algo en él que me recuerda extrañamente a Liam. Cuando termina de hacer el registro, me indica por dónde llegar a mi parcela y también dónde están los baños y el resto de las instalaciones. Llego con mi moto a la parcela que será mi casa por tres días, aparco y comienzo a sacar la tienda de campaña para extenderla y prepararme para la noche. Noto la brisa del mar en mi cuerpo y me dan ganas de bañarme, aunque sé que estará muy fría el agua. Decido cambiarme en la tienda de campaña. No puedo quedarme con las ganas de darme un baño, aunque sea breve y me quede congelada.

Liam

Aparco mi moto y me dirijo a la recepción. Allí está un hombre rubio, mirando el ordenador. Antes de llegar, me fijo en que no parece haber nadie más ahí, pero es normal, al ser temporada baja. Decido reservar una de las casas por esa noche. Puedo elegir entre varias casas, así que me quedo en la más nueva que tiene.

—Parece que estaré solo por aquí, ¿eh? —digo mientras recojo mi

DNI.
—Pues precisamente hace como media hora ha llegado una chica, así que no estarás solo del todo.
En cuanto ese hombre dice que hay una mujer, mi corazón da un vuelco y la imagen de Valeria llega a mi mente.
—Ella se ha quedado en una parcela con su tienda de campaña. Quizá te la cruces cuando vayas a la casa.
Regreso a mi moto y me dirijo a la casa por el camino que me ha indicado, pero no veo a nadie. Cuando voy a entrar con mis cosas, observo el mar a lo lejos y veo que una mujer está en el agua. *No*

puede ser ella, pienso. Niego con la cabeza y entro al fin e intento pensar en otra cosa.

Valeria

Despierto con la espalda un poco dolorida, porque se me ha desinflado el colchón mientras dormía. Descubro dónde está la fuga e intento repararla, pero no encuentro un parche, así que voy caminando hasta la recepción y, antes de llegar, veo que el dueño está en su casa, así que me detengo ahí.

—Buenos días —le saludo con la mano.
—Buenos días. ¿Qué tal la noche?
—Un poco dolorida —digo tocándome la espalda.
—Es normal si no estás acostumbrada a dormir en tienda de campaña.
—No es eso, es que el colchón está pinchado y se ha ido desinflando, así que he acabado en el suelo, jajaja.
—Ah, qué mal.
—Me preguntaba si no tendrías por suerte un parche para arreglarlo.
—Puede que sí. Espera un momento —dice metiéndose en su casa.
Yo decido esperarle al lado del tronco donde corta la leña y observo el hacha de estilo vikingo. Es muy bonita. Tiene runas y símbolos tallados, tanto en la hoja como en el mango de madera. La cojo para ver cuánto pesa y es más ligera de lo que pensaba, aunque pesa bastante. De pronto, escucho la voz del dueño del camping.

—Has tenido suerte, he encontrado uno —dice dándome el parche —. Veo que te gusta mi hacha.

—Sí, perdona, es que quería ver las inscripciones de cerca y la he cogido.
—Tranquila, no importa. Puedes mirarla todo lo que quieras — afirma

regalándome una sonrisa.
—Gracias. La verdad que es preciosa, nunca había visto nada igual. Tampoco he cortado leña nunca, porque siempre la han cortado... en fin. Gracias, no te entretengo más —contesto entregándole su hacha.
—¿Quieres probar? No te quedes con las ganas de hacerlo.
—No creo que lo sepa hacer y no quiero romper esta preciosidad.
—Ven, yo te enseño, es fácil.
Voy con él y, agarrándome de la cintura, me coloca delante del gran tronco. Pone un tronco más pequeño encima y se pone detrás de mí. Coge el hacha y me la pone entre mis manos. Está muy cerca de mí, tanto, que puedo notar el calor de su cuerpo en el mío y su aliento en mi cuello, mientras me da indicaciones. Con ayuda de sus musculosos brazos, damos el primer golpe y se parte el tronco. Ha sido algo emocionante y muy sensual.
—¿Has visto? Es fácil —dice casi susurrándome al oído.
—Sí, es fácil por tu fuerza —respondo igualmente, casi susurrando.
—¿Quieres intentarlo sola? —contesta apartándose de mí y poniendo otro tronco algo más pequeño.
—Sí —digo mirándole fijamente.
—Adelante, tú puedes.
Levanto el hacha y doy con todas mis fuerzas un golpe seco en el tronco, lo que hace que se parta en dos. Me emociono un poco y él sonríe tocándose los labios de forma sensual.
—¿Ves cómo podías?
—Bueno, este tronco era más pequeño que el anterior.
—Da igual, lo hubieras logrado en dos golpes de todas formas.
Ambos nos miramos sonriendo y se crea un silencio algo incómodo, así que enseguida hablo.
—Bueno, muchas gracias por todo, no te molesto más —digo despidiéndome con la mano.
—Lo que necesites, ya sabes dónde estoy —contesta quitándose la camiseta, dejando ver sus pectorales y abdominales de leñador sexy.
No puedo evitar mirarle un poco antes de irme, porque es mucho más atractivo de lo que me pareció. Me alejo al fin algo acalorada y aún sintiendo su aliento en mi cuello, cosa que hace que me lo toque por un instante recordándolo. Se me dibuja una sonrisa pícara en la

cara y no se me borra en todo el camino. Cuando llego a mi tienda de campaña, arreglo el colchón con el parche y lo dejo desinflado por el momento. Decido coger la moto e irme a dar una vuelta para ver algunas cosas que quiero ver en la zona y también comprar algo para comer y cenar. Cuando paso por la casa del dueño, veo que aún sigue partiendo troncos, así que le saludo acelerando mi moto dos veces y haciéndole un gesto con la mano. Me voy a toda velocidad.

Liam

Despierto de repente, escuchando el rugido de una moto. Me parece que suena igual que la moto de Valeria y me sobresalto e intento mirar a ver si la veo. No logro ver nada, así que me vuelvo a tumbar, mirando al techo de la cabaña. *No puede ser ella*, pienso. Tras unos minutos, al fin me levanto de la cama y comienzo mi día. Tengo ganas de darme un baño en el mar, así que me cambio y me pongo el bañador. Cojo una toalla y me dirijo hacia la playa. Cuando llego, observo las olas y me invitan a surfearlas. Miro por los alrededores y no veo ningún lugar para alquilar tablas, así que voy al camping de nuevo y veo al dueño en el camino. Le pregunto si él alquila tablas y me dice que sí, me da una y me desea un buen día. Vuelvo a la playa y me meto al agua a surfear un rato. Cuando ya estoy cansado, me tumbo sobre la toalla y me relajo. Al poco tiempo, la imagen de esa mujer bañándose vuelve a mi mente y abro los ojos para mirar por la playa, pero estoy solo. Vuelvo a cerrar los ojos y al fin me relajo un poco.

Tras unas horas surfeando y bronceándome al sol, decido irme del camping para comer en un bar de carretera que conozco, mientras me dirijo a mi próximo destino.

Valeria

He pasado un día genial, pero ya es hora de volver al camping. Mientras conduzco, veo cómo el sol se va apagando, poco a poco. Acelero para llegar cuanto antes y cenar en la playa. Llego enseguida y me voy directamente. Mientras pongo la toalla, observo el

espectáculo de colores. Es una visión única y especial. El sol desapareciendo en el mar, los colores del cielo y la noche cubriéndolo todo de estrellas. Me deleito con el paisaje que tengo la suerte de estar viendo, cuando de pronto, escucho una voz familiar.

—¿Te apetece tener compañía? —pregunta el dueño del camping. —Ho... Hola. Claro —contesto saliendo de mi estado mental. Está vestido con una camisa de cuadros un poco desabrochada,

dejando ver su pecho y unos vaqueros anchos.
—Te he visto sola y he decidido venir, espero que no te importe —dice sonriendo y sentándose a mi lado.
—No me importa —le devuelvo la sonrisa.
—Soy Alberto, por cierto.
—Encantada, cuando, Alberto.
—Veo que ya tienes cena. Puedes comer lo que quieras de todo lo que he traído también.
—Gracias, lo mismo digo. Compartamos todo.
—¿Te gusta el vino? He traído este rosado, que está delicioso —comenta enseñándome la botella y dos copas.
—Sí, quiero probarlo —contesto alzando mi copa para que me eche un poco de vino.
Él echa vino en ambas copas y deja la botella incrustada en la

arena. También esparce toda la comida por la toalla y me la ofrece de nuevo. Yo como el primer bocado y decido comenzar la conversación.
—Dime, Alberto, tengo curiosidad. ¿Llevas el camping tú solo? —Ahora sí. Antes vivía en la ciudad con mi pareja y decidimos

cambiar de vida, así que compramos esto, pero a los pocos meses, ella se empezó a arrepentir y al final, poco tiempo después, nos separamos. Es la típica historia, nada fuera de lo común —cuenta mientras bebe de su copa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?
—Pues como tres años ya.
—¿En serio? Pues no lo entiendo.
—¿Y eso por qué?

—Porque eres un hombre atractivo y esto en verano se tiene que llenar, así que, dos y dos son cuatro, jajaja —contestó riéndose y haciendo gestos con las manos.

—Gracias por lo de atractivo. A ver, he tenido algunos líos con turistas, no te voy a mentir, pero nada serio. Ellas vienen, pasan unos días y se van, eso es todo.

—Y tú vuelves a quedarte solo.
—Exacto.
—Una pena. Creo que tienes mucho que ofrecer, aparte de toda

esta maravilla —digo mirándole a los ojos.
—¿Y tú qué, Valeria? ¿Cuál es tu historia.
—Pues resulta que, junto a mi familia, tenemos unos alojamientos

rurales en Asturias. Aprovechando la temporada baja, salgo de escapaditas con mi moto, para conocer lugares tan bonitos como este.

—¿No te espera nadie en Asturias? —pregunta Alberto, de forma directa.
—¿Pareja? No. Yo no soy buena en eso.
—Permíteme que lo dude, jajaja. Eres guapa, carismática, motera... Creo que eres el prototipo de muchos hombres.
—Algunos hay. Pero me refiero a que no soy de estar en pareja.

—Ah... supongo que eres como las turistas entonces.
—Algo así.
—Bueno, ya estoy acostumbrado y no me importía repetir —dice mientras me coge la mano y me mira con deseo.
Yo me pierdo en sus ojos azules y, aunque se me pasa por la cabeza Alex, no puedo resistirme a la experiencia de estar con este hombre. Es algo nuevo y emocionante que no puedo pasar por alto, simplemente no puedo.
—A mí no me importaría probarte —le suelto, tocándole los labios.
Alberto se me acerca a pocos centímetros. Puedo sentir que él quiere que yo dé el primer paso, pero no lo hago. Nos miramos y la tensión sexual se mastica. Se me acerca un poco más y, como no le doy el primer beso, empuja suavemente mi cabeza poniendo su mano en mi nuca, para al fin juntar sus labios con los míos. Decido dejar que él sea quien controle la situación de momento y solo me dejo llevar por sus besos y sus caricias. Se pone encima de mí. No se toma demasiado tiempo en los preliminares, porque está ansioso por penetrarme. Me arranca la ropa y las bragas, se pone un condón y me embiste con fuerza. Suelta un gemido profundo al hacerlo, porque debe haber sentido bastante placer, quizá después de meses sin sexo. Imaginarme eso me enciende y quiero regalarle un placer aún mayor, así que le empujo hacia un lado con mis piernas y me pongo encima para cabalgarle y dominar a su miembro a mi voluntad. En esa postura él entra más profundo en mí, lo que le causa un placer más intenso y se le dibuja una sonrisa muy sensual. Ambos disfrutamos el uno del otro, hasta llegar al éxtasis.
—Quédate conmigo hasta que te marches, Valeria —dice con la voz entrecortada por el placer.
—Sí —contesto en medio de una respiración muy profunda.
Nos quedamos allí abrazados por un rato, pero comienza a refrescar y decidimos ir a su casa. En cuanto cierra la puerta, me coge a horcajadas y continuamos nuestra fiesta sexual y salvaje.
La luz del sol me despierta y, al abrir los ojos, le veo a mi lado. Ha sido una noche de placer intenso y dulces caricias, pero es hora de salir de la cama. Cuando intento hacerlo, Alberto despierta y me besa en el cuello.

—Si te quedas un poco más, te haré un delicioso desayuno, casi tanto como tu boca —susurra mientras me acaricia los labios.
No puedo rechazar su oferta, así que le hago caso. Él ha amanecido listo para la acción y decide ayudarme a mí, acariciando y lamiendo mi parte íntima, lo que hace que mi cuerpo se estremezca mientras lo disfruto. Cuando ya estoy lista, repetimos una vez más nuestro baile sexual y placentero, hasta que llegamos, una vez más, al dulce clímax. Después se levanta de la cama y se va a la cocina. Yo me quedo un poco más y, de repente, recibo una llamada.
—Hola, guapa, ¿qué tal va tu escapada? —me pregunta Alex.
—Va realmente bien. Estoy en un lugar muy bonito, cerca del mar.
Por un instante, deseo contarle que estoy en buena compañía también, pero me contengo de darle esa información. Todavía no sé cómo manejar lo que sea que tenemos él y yo, así que creo que se lo contaré en persona cuando regresemos.
—Yo estaré por aquí unos días más, así que nos vemos cuando regreses, ¿no? Tengo ganas de verte.
—Sí, nos vemos entonces. Cuídate.
Nos despedimos sin más. Cuelgo el teléfono y me dirijo a la cocina, guiada por un olor delicioso. Cuando llego, Alberto me recibe con un beso y una flor, que me pone en el pelo. La mesa está puesta. Hay zumo de naranja natural, huevos revueltos con beicon y está preparando algunas tortitas. Al ver todo eso, mi corazón se estremece y siento que podría disfrutar de una vida en pareja. Enseguida, se va esa idea de mi mente, porque pienso en la rutina, la monotonía y la falta de emociones.
—¿Echas de menos tener pareja? —pregunto de repente, sin pensar.
—Sí, se echa de menos a veces.
—¿Por qué no buscas a alguien en vez de conformarte con mujeres como yo? No te ofendas, pero eres un hombre increíble y creo que te mereces mucho más.
—Hombre, gracias. Veo que te he dejado satisfecha, jajaja —dice riéndose—. Espero que también te guste el desayuno.
—Ya veo lo que haces —le digo colgándome de su cuello.
—¿A qué te refieres?
—Nos das una increíble noche de placer y después este delicioso

desayuno, con la intención de que nos enamoremos de ti, ¿verdad?
—Jajaja, ¿funciona? —pregunta subiendo una de sus cejas y dándome un dulce beso, tras comer un trozo de una de sus tortitas.
—Si yo fuera normal, ya estaría deseando un anillo en mi dedo —respondo bromeando y devolviéndole su beso.
—Qué exagerada eres.
—En serio, Alberto. Por lo que he podido comprobar, eres un cielo. Espero que encuentres a la mujer que te haga feliz. ¡Brindemos por eso! —termino, alzando mi vaso de zumo.
—Chin, chin —contesta haciendo chocar los vasos.
Cuando terminamos de desayunar, me despido de él para irme a visitar algunos lugares más ese día. Llegando al atardecer, él me saluda y aparco la moto en su casa esta vez.
—¿Te lo has pasado bien? —me pregunto después de darme un beso.
—Sí, he estado en algunos sitios espectaculares.
—Yo he estado todo el día sudando, así que, ¿por qué no nos damos una ducha juntos? —pregunta cogiéndome a horcajadas.
—Uhhh, sí, estamos muy sucios, será mejor que lo hagamos —contesto con una voz muy sensual.
Nos vamos desvistiendo rápidamente de camino al baño y, en cuanto estamos dentro de la ducha, Alberto comienza ese baile sensual que tanto disfrutamos los dos. Agarrada de su cuello y a horcajadas, yo me dejo llevar por su placer sin oponer resistencia alguna. Le deseo y él me desea, pero en el momento en el que cierro los ojos, Liam aparece y aún lo disfruto más.
Al día siguiente, amanezco abrazada a Alberto y comienzo a besarle el pecho. Tengo ganas de él una vez más y, como despedida, de unos días increíbles. A los pocos segundos se despierta y me toma por última vez. Desayunamos juntos y, cuando voy a marcharme de la casa, él me coge la mano para retenerme.
—Podrías quedarte todo el tiempo que quieras, no te cobraré nada —dice Alberto, acariciándome la mano con ternura.
—Lo sé, pero lo mejor es que me vaya —contesto acariciando su pelo.
—¿Lo mejor para quién?

—Para ti. Ojalá me hagas caso y busques a una buena mujer. Te mereces a la mujer de tus sueños.
—¿Y si esa eres tú?
—Te aseguro que no lo soy, pero gracias por estos días. De verdad que eres un hombre increíble, atractivo, bueno, amable, dulce y maravilloso en la cama y te deseo lo mejor.
—Gracias a ti, no te olvidaré —dice soltándome la mano para dejarme marchar.
Yo me dirijo a mi moto lentamente, mirándole y sonriendo.
—Yo tampoco te olvidaré —afirmo tirándole un beso, antes de arrancar e irme definitivamente.
No he mentido cuando le he dicho que no le olvidaré. Conduzco pensando que han sido unos días intensos y muy bonitos junto a él, que nunca podré olvidar, pero debo seguir adelante con mi viaje y con mi vida. Así es Valeria 2.0. Incapaz de quedarse y conectar más allá de un breve periodo de tiempo. Una mujer a la que las despedidas no le suponen un problema, salvo cuando se enamora y debe dejar ir al hombre al que querría amar, como Liam. Él es el hombre para mí, pero yo no soy la mujer para él, por más que me duela admitirlo. Probablemente ya esté haciendo feliz a otra mujer y ella, espero, le esté haciendo feliz también.



Liam

He pasado unos días muy buenos en ese pequeño camping, pero es hora de marcharme. En breve nos traerán una moto que tenemos que restaurar y nos llevará mucho trabajo. Ahora que Alex no está

con nosotros, el trabajo se hace un poco más pesado. Echo de menos a ese cabrón, no puedo negarlo. Al fin y al cabo, hemos sido amigos toda la vida y eso no se puede olvidar fácilmente. Pero él debe madurar de una vez; no podía seguir cubriendo y sacándole de sus problemas. El hecho de que haya decidido seguir su propio camino, espero que sea un síntoma de madurez y algún día podamos volver a retomar el contacto y nuestra amistad.

Después de conducir por carretera, decido meterme por un camino de tierra para ir a un pequeño mirador que hay en lo alto de una montaña, para disfrutar de unas buenas vistas, antes de volver a la rutina. Voy subiendo y noto que el camino no es tan estable como antes, así que intento ir más rápido para llegar cuanto antes al mirador. En una curva, la rueda de atrás resbala y caigo con mi moto montaña abajo. No puedo liberarme del peso de mi moto, que se me ha quedado encima y, de repente, noto un gran golpe en la espalda, que me hace quedar inconsciente.

Valeria

Mientras conduzco lentamente, voy disfrutando del paisaje natural de Galicia. A pocos metros, veo un cartel que indica que hay un mirador al final de un camino de tierra, así que decido desviarme por ahí. Después de unos minutos subiendo, a lo lejos, veo un bulto. Cuando me voy acercando, observo que es alguien tirado con su moto en medio del camino. Al llegar, freno y voy enseguida a auxiliarle. Lo primero que hago es quitarle de encima la moto, que es una BMW idéntica a la de Liam. Me da un vuelco el corazón al pensar que es él. Con mucho esfuerzo, consigo apartar la moto y en seguida intento ayudar a la persona, cogiéndola y retirándola del camino.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

No me contesta, así que decido tomar el pulso en su cuello y, por suerte, lo encuentro, aunque parece algo débil.

Saco mi móvil e intento llamar a emergencias, pero no logro tener señal para hacerlo. Tomo la decisión de irme con mi moto de nuevo a la carretera y pedir ayuda allí. Pero justo cuando voy a levantarme para hacerlo, la persona se comienza a mover.
—Ey, hola. No te preocupes, voy a pedir ayuda, enseguida vuelvo —digo para tranquilizarla.
—¿Valeria? ¿Eres tú? —pregunta la persona, cogiéndome del brazo.
Me quedo totalmente paralizada al escuchar la voz de Liam. No sé si ha sido una especie de juego macabro de mi mente o es real, así que decido comprobarlo.
—¿Liam? —pregunto confusa, mientras le subo la visera del casco.
Ahí están sus ojos turquesa mirándome con dificultad. Se intenta quitar el casco, pero yo se lo impido y compruebo que no se haya dado un golpe en él. Liam intenta moverse y se queja de la espalda.
Observo a mi alrededor y veo que ha caído desde muy alto, así que habrá aterrizado sobre su espalda y con todo el peso de la moto. Le debe doler mucho, por lo que insisto en ir a pedir ayuda, pero me lo vuelve a impedir.
—Estoy bien, solo ha sido un golpe. Tranquila —dice intentando incorporarse.
—¿Estás seguro? Quédate quieto.
—Sí, estoy seguro. Me duele un poco la espalda, eso es todo.
—¿Qué quieres que haga?
—Quédate conmigo, por favor —me pide apretándome el brazo.
—Está bien.
Me quito el casco y noto que el sol está alto y hace bastante calor, así que decido montar la tienda de campaña para cubrir a Liam.
Mientras tanto, él se está quitando su casco y la chaqueta de cuero.
Veo que está muy sudado, así que saco una botella de agua de una de las cajas que llevo en mi moto y se la ofrezco.
—Parece que el destino se empeña en que nos encontremos — dice echándose un poco de agua en la cabeza, para refrescarse.
Yo le miro y decido no decir nada. Sigo montando la tienda y, cuando termino, ayudo a Liam a meterse dentro y le quito los pantalones, para que no se cueza por el calor. Después yo me quito mi ropa de motera y me quedo en camiseta y braguitas. Liam me

mira con deseo y se quita su camiseta, quedándose solo en calzoncillos. Estamos tumbados de lado, mirándonos el uno al otro, como si no hubiera pasado el tiempo, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Al cabo de unos segundos en silencio, a él se le dibuja una preciosa sonrisa y eso hace que me contagie y le regale una mía. Noto una gran tensión sexual surgiendo entre nosotros, así que decido relajar el ambiente.
—¿Te duele mucho la espalda?
—Sí, pero estoy muy cómodo.
—¿Quieres que compruebe cómo está?
—Valeria, si me tocas, no podré contenerme y te haré el amor aquí y ahora —dice Liam, muy contundente, mirándome.
—Lo siento. Será mejor que me salga de la tienda para que descanses —digo con la intención de levantarme para salir.
Liam me lo impide agarrándome de nuevo del brazo y quejándose de dolor.
—No puedes salirte al sol. Quédate conmigo. Cuéntame cómo has estado, anda.
Siento cómo su amor por mí sigue intacto y eso hace que me sienta muy mal. ¿Qué le cuento, que acabo de tener tres días de sexo salvaje con Alberto o que tengo algo con su maldito mejor amigo. Soy la peor mujer con la que se haya topado un maravilloso hombre como él y no puedo casi ni mirarle a la cara.
—Ey, Valeria, ¿estás bien? —me pregunta con su dulce voz.
—No mucho, la verdad.
—¿Qué te sucede?
—No quieres saberlo, Liam, créeme.
—Si quiero, cuéntamelo.
—No puedo.
No voy a contar nada que dañe al hombre de mis sueños, pienso.
—No quiero dañarte, será mejor que solo te diga que estaré bien, algún día.
—¿Entonces sigues enamorada de mí? —pregunta con dudas.
—Creo que siempre lo estaré.
—¿Te das cuenta de que ni siquiera hicimos el amor y ambos nos enamoramos igualmente?

—Sí, es ridículo.
—No, no es ridículo. Es amor de verdad —dice acariciándome los labios.
Deseo a este hombre más de lo que he deseado a nadie en toda mi vida. Quiero recorrer cada centímetro de su cuerpo con mis manos y que él haga lo mismo, pero si lo hiciéramos, si hiciéramos el amor, *¿después qué? ¿Cómo podría no hacerle daño?*, me pregunto. Sería demasiado tarde para mí y para él. Tengo que proteger su corazón, porque no se merece que lo rompa aún más.
—¿Cómo sigue tu espalda? —pregunto para romper el bonito momento.
—Siempre haces lo mismo. Cambias de tema al sentirte acorralada. Supongo que quieres huir de mí, así que hazlo, Valeria. Esta vez lo tienes muy fácil, ni siquiera te lo podré impedir —relata mientras se intenta levantar para salir de la tienda.
Esta vez soy yo quien le retiene y se lo impide.
—Tienes razón, he cambiado de tema. Pero realmente me preocupa tu espalda, así que quédate quieto, por favor.
—No, no quiero hacerte sentir atrapada. Me voy —dice poniendo cara de dolor, al intentar levantarse de nuevo.
—Lo siento, pero tú te quedas —afirmo contundente, atrapando su cuerpo entre mis piernas con todas mis fuerzas.
—Dios, Valeria. No puedo más —contesta besándome, totalmente por sorpresa.
Vuelvo a quedarme paralizada una vez más. Aunque quiero apartarle, no puedo. No puedo rechazarle, ni quiero hacerlo. Ahora él me mira y yo le miro, como si pudiéramos ver nuestras almas, más allá de nuestros cuerpos. El gran amor que nos tenemos aflora en forma de lágrimas, que se deslizan por nuestras mejillas, sin control. Nos acariciamos mutuamente y nuestros latidos se sincronizan. Volvemos a besarnos, pero esta vez nuestros labios húmedos y jugosos juegan su propio juego, sin normas ni límites. Nos saboreamos, nos sentimos y nos fundimos, como si fuéramos dos partes de un mismo ser, que han vuelto a unirse, después de milenios separados. Tras muchos besos, noto el miembro de Liam entre mis piernas, así que me acerco aún más. Quiero sentirle y

todas las razones por las que sé que no debería estar haciendo lo que estoy haciendo me desaparecen en este momento. Liam me quita la camiseta y el sujetador lentamente, mientras permanecemos en la misma postura. Sus manos juegan con mis pechos y su lengua también. Poco a poco, me noto más mojada; mi pasión está desbordada y eso enciende mi placer. Cuando le ayudo a quitarse los calzoncillos y me embiste por primera vez, se queja de dolor y eso rompe el momento por completo. Él quiere continuar, a pesar de estar sufriendo, pero yo decido parar en ese instante. Liam intenta detenerme y me aprieta aún más contra su cuerpo, pero, con un poco de dificultad, al fin me libero y me aparto.
—¡Maldita sea, joder! —dice muy enfadado.
—Es lo mejor, Liam, tranquilo —digo con la voz muy calmada.
—¿Lo mejor, Valeria? ¡Ah! —vuelve a quejarse por el dolor de su espalda.
—Sí. Tu dolor nos ha hecho parar a tiempo. Es mejor así —digo acariciándole la espalda.
—¡Ahhh! ¡Mierda!
No sé cómo tranquilizarle, así que simplemente le abrazo fuerte y le intento calmar el dolor con mis manos.
—Te amo, joder, y no quiero ni puedo estar sin ti. No me dejes, por favor —me ruega aferrándose a mi cuerpo.
—Liam, debes olvidarme. Es mejor que lo hagas.
—¿Por qué no podemos intentarlo una vez?
—Ya te lo dije, porque te haré mucho daño.
—Si debe ser así, si debe doler, está bien.
—El amor no debe doler. Eso no está bien.
—Déjame decidir a mí, joder. Tan mala no puedes ser.
En ese momento, siento que palabras sin control están a punto de emerger y no puedo retenerlas en mi boca.
—Sí lo soy. Estoy con tu mejor amigo Alex y me he acostado con otro hombre esta mañana.
En cuanto termino de hablar, él deja de abrazarme y me aparta. Me mira con la cara pálida y un gesto de incredulidad y dolor. Acaba de descubrir el monstruo que soy y lo está procesando, así que decido salirme de la tienda y dejarle solo. Me estoy vistiendo con mi ropa

motera. En ese momento, Liam intenta salir de la tienda y le ayudo a ponerse en pie.
—Dime que lo que acabas de decir no es cierto y que solo lo has dicho para que pueda olvidarte —contesta Liam con lágrimas en sus ojos.
Sé que es totalmente cruel lo que estoy haciendo, pero el impulso de protegerle de mí es más fuerte que mi amor por él. Sin mediar palabra, cojo mi móvil y llamo a Alex con el manos libres activado.
—Hola, guapo, ¿sabes qué? Estoy deseando llegar y que tengamos una sesión de sexo salvaje.
—Yo también, preciosa. No sabes cómo disfruto dándote placer.
—Te dejo, que estoy conduciendo.
—Vale, nos vemos pronto.
Miro a Liam y está paralizado. Está intentando contener su ira y me mira con la mirada más triste que haya visto nunca. Yo me pongo a llorar viéndole sufrir. Él se aleja de mí con mucha dificultad.
—Esta es la Valeria real, Liam, y no la que tienes idealizada en tu corazón.
Veo cómo saca su móvil de la chaqueta y habla con alguien. Cuando termina, se me acerca de nuevo muy serio.
—Puedes irte, ya he pedido ayuda y alguien está viniendo a por mí.
—Liam, yo... lo siento mucho, de verdad —me disculpo una vez más, por haberle destrozado el corazón.
—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo? —dice mirándome de reojo—. Que me acabas de destruir y sigo queriendo abrazarte. ¿Qué es lo que te pasó para ser así, Valeria?
De repente me vienen las imágenes de lo que sucedió y quiero compartirlo con Liam.
—Había salido por primera vez sola para pasar el día en la naturaleza y me caí a un río, me di un golpe en la cabeza y me arrastró. Cuando me desperté, ya de noche en el agua, estaba atrapada entre unas raíces que salvaron mi vida, evitando que me ahogara. Estuve perdida y a oscuras caminando río arriba para encontrar mis cosas, mi móvil y mi coche y así volver a casa. Esa experiencia me cambió. Cambió algo en lo más profundo de mí. Desde entonces necesito sentirme viva y aprovechar mi tiempo al

máximo, porque siento que cualquier día será el último. Antes solamente me preocupaba por el futuro; todo lo dejaba para después. Cuando tenga suficiente dinero, cuando tenga tiempo, cuando tenga pareja... Así vivía, posponiendo mi vida una y otra vez. Ahora no puedo pensar en ningún futuro, solo puedo vivir el presente, cada día, cada hora, minuto y segundo. Desde esa experiencia, ya no tengo miedo a nada. Soy consciente de que mi fecha está marcada y nada podré hacer, así que vivo como si esa fecha fuera hoy. Ya no soporto ninguna rutina, todo me aburre y necesito escapar constantemente. Ahora soy así, es mi nueva versión, no sé si mejor o peor, pero siento que soy más yo que nunca. Más honesta, más feliz y más auténtica, pero también más solitaria —relato mientras las lágrimas se deslizan, una detrás de otra, por mi cara.

Liam me abraza fuerte y, cuando va a decirme algo, un pitido le interrumpe. Llega un coche todoterreno y de él sale un hombre de unos cincuenta años, que le saluda.

—¿Cómo está la moto? —dice levantándola del suelo.

—Yo estoy bien, gracias —suelta Liam un poco molesto.

—Ya lo sé, veo que lo estás, hijo. ¿Puedes ayudarme a subirla a la camioneta?

—No creo que pueda, me he dado un buen golpe en la espalda.

—Yo te ayudo —me ofrezco sin dudarlo.

—¿Crees que podrás con el peso?

—Sí, eso creo.

—Está bien, yo la cogeré de aquí que pesa más. Cuando cuente tres, la levantamos y la metemos en la camioneta, ¿ok? —dice ese hombre, dándome instrucciones.

—Ok.

Con bastante dificultad, levanto mi parte de la moto y, en un gran esfuerzo, ayudo a meterla en la camioneta. He tenido que usar todas mis fuerzas, pero está hecho. Ahora él ayuda a Liam a subirse al asiento del copiloto, mientras este se queja por el dolor de su espalda.

—Ya veo que has ayudado mucho a mi hijo, te lo agradezco —afirma señalando la tienda de campaña—. Por cierto, qué bonita

moto llevas, guapa. Soy Allen, el padre de Liam. Tú eres...
—Soy Valeria.
—Joder, eres mucho más guapa de lo que me había imaginado. Parece que el destino os ha vuelto a juntar, jajaja.
—¿Nos vamos ya? Me duele mucho —se queja Liam, desde la camioneta.
—En fin, encantado de conocerte, Valeria, será mejor que me lo lleve. Gracias por ayudarle. Nos vemos.
Me despido con la mano y me pongo a recoger la tienda de campaña. De pronto, sin esperarlo, Liam aparece detrás de mí.
—¿La Valeria que fuiste podría amarme y estar conmigo? —pregunta sin más.
Me tomó un segundo para contestar.
—Ella te amaría, lo daría todo por ti y jamás te hubiera hecho daño —respondo honesta y contundente.
—Pues cuando vuelva esa Valeria, el destino nos volverá a unir, estoy seguro. Me niego a vivir sin amarte. Así que, hasta pronto.
Liam me besa por última vez y se monta en la camioneta. Yo no puedo ni moverme por lo conmovida y emocionada que estoy. Otro en su lugar me habría insultado por lo que le acabo de hacer y lo cruel que he sido y, sin embargo, él me sigue amando. Sigue teniendo fe en mí, en que podré amarle como merece y estaremos juntos al fin. He de reconocer que el destino está jugando a las cartas con nosotros y parece que está apostando por la mano ganadora.

Liam

Mientras nos alejamos en la camioneta, miro por el retrovisor a Valeria tocándose los labios después de besarla. Ella es la mujer para mí, aunque aún no está lista, como dijo mi padre. Seguiré su consejo y viviré experiencias que me hagan crecer y aprender. Cuando ella esté lista, el destino se encargará de que volvamos a vernos; siempre lo hace.

Hemos decidido ir a un hospital para que me miren la espalda por si tengo algo roto y para que me den algo para el dolor tan intenso. Esperamos un rato y cuando me atienden, me hacen una radiografía y ven que se me han astillado tres costillas, así que tendré que guardar un poco de reposo, hasta que se suelden del todo. Mi padre tendrá que contratar a alguien porque en un par de días nos llega una moto y requerirá mucho trabajo.

Mientras descanso, me aburro mucho en casa solo, así que me he comprado una videoconsola y juego durante horas, tumbado en el sofá. Es entretenido y me recuerda a cuando era muy pequeño y mi padre, mi hermano y yo jugábamos juntos. Fueron buenos tiempos donde disfruté de una infancia muy feliz. Después llegó la tristeza y la vida con mis abuelos. En ese momento fue cuando me uní más que nunca a mi amigo Alex. Íbamos a todas partes y lo hacíamos todo juntos. Me duele demasiado que Valeria y él tengan algo ahora, pero no puedo culparle; ella es la mujer de los sueños de muchos hombres. No sé muy bien cómo sentirme con esto. Supongo que están juntos porque Alex es igual que ella, un bala perdida que no es capaz de comprometerse con nada. Quizá solo tengan sexo vacío, como ha tenido siempre él con las chicas. Nunca le he visto enamorado, ni me ha dicho que lo estuviera, así que espero que Valeria únicamente sea una más para él y no se enamore, porque entonces, tendremos que luchar ambos por ella.

Ya han pasado varios días donde he estado de reposo y hoy quiero volver al taller para ayudar a mi padre. Cuando llego, veo a un chico muy jóven con él. Debe ser el chaval que contrató para ayudarle en mi ausencia. Los observo mientras estoy en la oficina atendiendo el teléfono. Ese chico sabe lo que hace; mi padre está contento. Llega una chica al taller. Es bastante joven. Tiene el pelo rubio y rizado. Los ojos azules y los labios carnosos. Su cuerpo tiene buenas curvas; me recuerda al de Valeria. Me quito su imagen mental y salgo para atenderla.

—Hola, buenos días. ¿Qué necesitas?

—Hola. Pues es que tengo un problema con la moto. Aquí reparáis motos, ¿no? —me pregunta esa chica.
—En realidad restauramos motos antiguas, pero puedo echarle un vistazo a ver qué le pasa.
—Disculpa, creía que esto era un taller. Tranquilo buscaré uno, no te preocupes —contesta sacando su móvil.
—No me importa echarle un vistazo, seguro que será una tontería, suele pasar.
—Vale, te lo agradezco mucho.
Salimos y veo su moto. Compruebo y arranca, pero se ahoga, así que limpio un par de cosas y está lista para rodar.
—¡Qué bien!
—Era una tontería.
—¿Cuánto te debo? —dice buscando su cartera.
—No es nada, solo quería ayudar.
—Muchas gracias por todo. Soy Cora, ¿puedo invitarte a un café al menos?
Antes de contestar que no, recuerdo las palabras de mi padre. Viviré experiencias, mientras espero a Valeria.
—Está bien, Cora, salgo a las seis. Yo soy Liam, encantado de conocerte.
Paso el día en la oficina y haciendo inventario con el ordenador. Ya casi son las seis. Voy a cambiarme de ropa y refrescarme un poco. Me quedo mirándome al espejo. Esta vez no será como la otra. No buscaré a Valeria en las mujeres, simplemente disfrutaré estando con ellas, sean como sean. No quiero volver a hacer daño a nadie, pero no me comprometeré tampoco, porque en mi corazón ya no hay sitio para nadie que no sea ella.
Cora ya está aquí y me saluda con la mano para que salga de la oficina. Mi padre y el chico nuevo nos miran y mi padre me guiña el ojo.
—¿Te importa dejar tu moto aquí y vamos en mi coche? Le pregunto a la chica.
—Sí, la dejo aquí —contesta guardando su casco.
Montamos en el coche ambos y, antes de arrancar, le pregunto algo.
—¿Tienes algún sitio pensado?

—Pensaba ir a cualquier cafetería de la zona, así que elige tú si quieres alguna.
—Está bien, vamos.
Arranco y me dirijo hacia una pequeña cafetería a pocos kilómetros de allí, donde nunca he ido y quiero aprovechar para ir por primera vez con Cora. Cuando llegamos y nos atienden, charlamos.
—Liam no es un nombre muy español, ¿de dónde eres?
—Mi padre es inglés, por eso lo del nombre.
—Ah —contesta dando el primer sorbo a su café.
—Cora no es muy común. ¿Tienes padres extranjeros también?
—No. Solo me pusieron ese nombre rarito, jajaja.
—¿Y cuántos años tienes? —pregunto por curiosidad.
—Veinticuatro, ¿y tú?
—Yo treinta y dos.
—Pareces más joven, como de veintisiete.
—Siempre me lo suelen decir. Será porque no tengo barba.
Se hace el silencio y la noto algo nerviosa.
—Cuéntame la historia de tu moto —digo para romper el silencio.
—Pues, me la regaló mi ex. Él solo lo hizo para que saliera con sus amigos moteros —dice algo molesta.
—¿Entonces a ti no te gustan las motos?
—En realidad no tengo pasión, pero la uso, ya que la tengo.
Por un momento, el recuerdo de aquella estación llega a mi mente, cuando Valeria me contestó que las motos no, pero la velocidad sí le gustaba. Respiro profundo e intento volver a centrarme en Cora.
—Podrías venderla y comprarte un coche. Esa moto cuesta unos diez mil nueva.
—Vaya. Pensé que sería la más barata que encontró, pero ya veo que no.
—Las hay mucho más caras, pero no es la más barata tampoco.
—Ya veo. En fin, supongo que era la moto correcta para poder ir a la altura.
—¿A la altura?
—Sí. Mi ex solo quería estar con sus amigos moteros y yo me quejaba mucho de que no pasábamos tiempo juntos, así que supongo que compró esa moto para poder seguir estando con sus

amigos y que yo no me quejara —cuenta tocando el borde de la taza.
—Parece que no fue una buena relación.
—No. No entiendo para qué un tío quiere una novia, si en realidad solo quiere estar con sus amigos.
—¿Quieres que te conteste?
—Me gustaría, si.
—Pues para el sexo.
—Para eso no hace falta tener una relación, así que no tiene mucho sentido.
—Bueno, supongo que hay muchos tipos de relaciones.
—Oye, dejemos de hablar de eso. ¿Y tú qué?
—Yo qué.
—¿Tienes una ex?
—Claro, varias. Ahora estoy libre.
—Mira como un taxi, jajaja —contesta riendo.
—Sí. Estoy en una etapa donde quiero experimentar, ¿sabes?
—Vamos, que no quieres compromisos.
—Algo así. Estoy abierto a diferentes formas de estar con una mujer.
—Eso suena a mujeriego.
—Siempre he sido de compromisos, pero ahora quiero tomarme un tiempo sin ellos. Eso es todo.
—Bueno, la vida son etapas y hay que vivirlas todas.
—Exacto.
Pasamos varias horas charlando en esa cafetería y cuando llegó la noche, decidí seguir con ella.
—Se hace tarde, ¿quieres cenar conmigo?
—Estaría bien, me apetece seguir contigo —contesta Cora, insinuándose.
Cenamos y no para de coquetear conmigo; yo me dejo llevar por ese juego de seducción y dejo claro que solo será esta vez. Acabamos teniendo sexo en el coche. Durante todo el acto yo veo a Valeria, disfrutando encima de mí y eso me hace arder en llamas y dar lo mejor de mí. Llega el momento de despedirse.
—Gracias por este día, Cora.
—Gracias a ti por todo. Supongo que aquí nos despedimos, ¿no?

—Sí. Me ha encantado conocerte. Te deseo lo mejor —digo dándole un beso en la mejilla.
—Yo también, eres un buen tío, Liam.
Así, pasan varias semanas. Salgo con mujeres y tengo sexo vacío de sentimientos. Pero estoy viviendo experiencias nuevas y emocionantes. Supongo que ella está haciendo lo mismo. Me pregunto si seguirá también con Alex.



Ya han pasado varias semanas desde mi viaje, donde me encontré con Liam. Me pregunto cómo estará, después de intimar tanto. Me dejé llevar por la pasión y no debí hacerlo. Nunca le conté a Alex nada de lo que sucedió, ni con Liam ni con Alberto. No creo que le hiciera daño, porque seguramente él también estuvo con mujeres en Lugo, pero prefiero no contar mis aventuras y que él no me cuente las suyas. Solo estamos juntos para no estar solos, así que no hay compromiso en realidad. Alex regresó varios días después que yo y Aitor le consiguió una casa para vivir, a buen precio, mientras recupera su economía desastrosa. Esos dos han cogido bastante confianza y se llevan bien, quizá porque mi amigo también fue un poco como Alex, años atrás. Perdía carreras, se lo jugaba todo al póker, etc. Fue un bala perdida y creo que ahora siente empatía por Alex y por eso lo ayuda en todo lo que puede. Además, a cambio de ayudarle, ha ganado una de las motos de Alex y la está disfrutando mucho en las carreras, después de que Luis haya hecho su magia y

le haya dado un extra de potencia. Los tres seguimos participando en esas carreras, pero se lo ocultamos a Alex, para evitar que él también quiera hacerlo. El veterano nos consigue mejores tratos ahora y apuestas más altas desde que le dije que quería mucho dinero para montarme mi sitio en la naturaleza. Estoy buscando terrenos para comprar y viendo casas prefabricadas para vivir, pero no termino de decidirme.

Hoy es el cumpleaños de Luis y saldremos a celebrarlo por todo lo alto los tres, como siempre hemos hecho. Tenemos una especie de tradición en los cumpleaños. Vamos a un acantilado a celebrar y el que cumple los años se tiene que tirar desde ahí al mar. Si sale bien, los otros dos le hacen un regalo muy bueno; si no, no le dan nada, solo celebran. Son estupideces que llevamos haciendo desde niños y ya tenemos más de treinta, pero seguimos siendo esos niños, en parte.

Pasamos casi toda la noche de fiesta en el acantilado. Luis se tiró al mar y no le pasó nada, así que tenemos que hacerle un gran regalo, que ya pensaremos Aitor y yo. Llego a los alojamientos para irme a casa a dormir y veo a Alex en la entrada, dentro de su coche. Cuando escucha mi moto, sale y me saluda muy serio.

—Hola, ¿qué haces aquí a estas horas? —pregunto extrañada.

—Estaba esperándote. Quiero hablar de algo contigo —contesta con cara de culpabilidad.

Dejo mi moto a un lado de la carretera y nos metemos en su coche. Se queda unos segundos en silencio y después comienza a hablar.

—Valeria, yo... he estado con una mujer esta noche.

—Vale.

—Sé que lo nuestro no es una relación convencional, pero me siento mal por esto y necesitaba contártelo. ¿Cómo te sientes tú?

—Estoy bien. No debes sentirte mal. En mi viaje yo estuve con alguien. Entre nosotros está todo muy claro y me esperaba que estuvieras con otras mujeres. Lo nuestro no es exclusivo. Si quieres que nos contemos nuestras aventuras, lo haré, pero creo que es mejor que las mantengamos para nosotros.

—Me preocupaba que te sintieras mal por eso. De todas formas, ha sido la primera vez desde que estamos juntos. Surgió sin más y me

dejé llevar. La verdad es que desde que estoy contigo, no quiero estar con otras, nunca me aburro y cada vez es emocionante, así que no tengo la necesidad de buscar a otras mujeres. Estoy de acuerdo en dejar nuestras aventuras para nosotros. Todo claro entonces, preciosa. Te dejo descansar, que tienes unas buenas ojeras, aunque me gustaría despertarme y ver esa carita, pero no importa, otro día será.
—Lo único que quiero es ducharme y dormir, pero me gustaría hacerlo contigo, guapo —digo besándole con pasión.
—Pues vamos a mi casa, coge la moto y ve a dormir, que llegarás antes, jajaja —responde riendo.
A los pocos minutos llego a la casa de Alex y entro, porque tengo una llave. Ahora casi vivo aquí en vez de en casa de mis padres. Así él y yo podemos estar juntos sin que ellos nos vean. Me preguntan dónde paso el tiempo y yo les digo que con los chicos. Alex llega enseguida y yo estoy en la ducha. Se mete conmigo, tenemos una sesión de sexo rápido y nos vamos a la cama para dormir abrazados. No estamos enamorados, pero estamos a gusto juntos. Despertamos casi todos los días, vemos la cara del otro y eso nos hace sentirnos bien. No es la típica relación de pareja, pero a nosotros nos funciona. Solo espero que al final, Alex no termine enamorándose, porque en mi corazón únicamente hay sitio para Liam.

He pasado tiempo visitando un montón de terrenos y al fin me he enamorado de uno. Está a unos cuarenta kilómetros de la casa de mis padres y es perfecto para mí. Tiene una zona llana muy amplia, donde podré poner la casa. También tiene un manantial y una especie de poza con una pequeña cascada natural. Hay una pequeña zona de bosque al fondo, que me fascina. Hoy será oficialmente mío y lo he conseguido muy barato, porque los herederos querían venderlo ya y repartirse el dinero. Lo que para ellos era un problema será un hogar para mí.

Después de la firma, voy sola al terreno para disfrutar de un baño desnuda en la poza y pasar el día allí. Ya tengo la imagen mental de cómo será todo. Me imagino dónde estará mi casa, el garaje, el

jardín, mi piscina natural, la zona de barbacoa y chillout con sofás cómodos... Gracias a las carreras de los últimos meses y las inversiones, mis ahorros han crecido mucho y he podido comprar el terreno sin problemas. Aún sigo mirando algunas casas, porque hay demasiado para elegir, pero en las próximas semanas iré creando el jardín. Los chicos y Alex me ayudarán y, en poco tiempo, tendré mi lugar en el mundo para disfrutarlo juntos. En realidad, con quien me gustaría disfrutarlo es con Liam, pero espero que algún día pueda hacerlo.

Estoy dándome el último baño en la poza cuando veo a alguien en mi terreno. Salgo del agua y me pongo una toalla por encima. Un hombre se dirige hacia mí cuando me ve. Me resulta algo familiar, como si le hubiera visto antes. Debe tener unos cuarenta años, es alto, delgado, moreno y con la piel bastante bronceada. Lleva gafas y va vestido con unos vaqueros y una camisa de color gris.

—Hola, disculpa. Soy Héctor, uno de los herederos; no sé si me recuerdas de esta mañana.
—Sí, creo que sí. Erais muchos de todas formas.
—Cierto. Perdón por meterme así, es que he estado llamándote, pero no me escuchabas. Ví tu moto a lo lejos y decidí venir.

—No pasa nada, tranquilo. Estaba bañándome y no te habré escuchado.
—He venido por varias razones. Una para ver por última vez el terreno y otra para ofrecerte mis servicios —dice dándome una tarjeta, donde pone que se dedica a la decoración de exteriores. Cada día tengo más claro que el destino es caprichoso. Pensar en ello hace que sonría viendo esa tarjeta.
—Justo estaba imaginando mi jardín, la casa y todo eso. Parace que te he atraído, jajaja.
—Bueno, ya había pensado en decírtelo en la firma, pero no tuve la ocasión porque te marchaste muy rápido —dice tocándose la nuca.
—Vaya, entonces no tengo poderes —contesto riéndome—. Cuéntame, Héctor, ¿tienes algunas ideas?

—Depende de tus necesidades y gustos. Dime qué te gustaría hacer y yo te daré mis ideas respecto a eso, ¿te parece?
Nos ponemos a caminar por el terreno y llegamos a la zona más plana, donde estará todo. Mientras hablo y señalo con mis brazos para indicar, se me cae la toalla y me quedo desnuda. Héctor, al verme, enseguida recoge la toalla del suelo y me la echa encima cerrando sus ojos. Eso me resulta muy gracioso y caballeroso a la vez. Sigo hablando mientras me cojo la toalla con una de mis manos y con la otra le doy indicaciones y señalo. Ha sido una situación algo incómoda para él durante unos minutos, pero ya está relajado de nuevo. Cuando termino de hablarle de mis deseos, él comienza a darme sus ideas, que me parecen geniales. Luego hablamos de dinero. No será nada barato, pero me da opciones para pagarle más cómodamente, mientras dure el proyecto. También le he dicho que de acondicionar el terreno, ya me encargo yo y unos amigos. Eso abarata un poco el coste y quedo conforme. Nos damos la mano para cerrar el acuerdo y nos damos los teléfonos. En unos días nos reuniremos para firmar el contrato. Tenemos que ponernos a trabajar los chicos Alex y yo, para dejar desbrozado y listo el terreno.
Varios días después de mucho trabajo, al fin hemos dejado todo el terreno libre de hierbajos, zarzas con pinchos y demás plantas que entorpecían la creación del jardín. Les he invitado a una buena cena para agradecerles su ayuda. Alex y yo estamos de camino al lugar que he elegido. Cuando llegamos al restaurante, Luis y Aitor ya nos están esperando en la puerta.
—Desde que vas en coche, siempre llegas tarde —se mofan los dos de mí.
—Vosotros llegais pronto, mamones —contesto dándoles unas collejas.
Alex se ríe y disfruta viéndonos comportándonos como críos. Al fin entramos, nos sentamos en una de las mesas redondas y pedimos deliciosas pizzas de distintos sabores para compartirlas. Tras unos minutos, llegan el veterano y su mujer al local y nos saludan. Les invitamos a sentarse con nosotros y en medio de la conversación, el veterano habla de la próxima carrera que nos ha conseguido. Nos

miramos los tres, Aitor, Luis y yo, con caras de póker. Alex nos mira a todos algo extrañado. Yo le cojo la mano por debajo de la mesa y le susurro al oído que venga conmigo discretamente. Nos vamos fuera del restaurante y Alex, me mira confuso.
—¿Estás bien? —pregunto acercándome a él.
—Sí, ¿porqué? ¿Tú estás bien? Como me has pedido salir... — dice Alex más confuso.
—Bueno, es que quería explicarte lo de las carreras, por si te ha molestado.
—¿Porqué iba a molestarme? No entiendo nada, Valeria. Aunque hayais hecho una especie de pacto entre los tres para no hablar delante mía, sé que seguís participando en ellas y no me molesta. Ya me quedó claro que no eran lo mío y no tengo ganas de volver a participar en una, créeme.
—Me siento aliviada. Te lo ocultamos, por si te daba envidia y querías volver, para evitarte la tentación. Pero me alegro que hayas aceptado que no son lo tuyo y hayas seguido adelante. Estoy orgullosa —digo besándole.
—Con que estás orgullosa, ¿eh? —contesta tocándome el trasero con las dos manos y de forma muy sensual.
—Ya veo que siempre estás listo para la acción —le susurro mientras le beso el cuello—. Pero ahora no. Tranquilízate, tigre, que tenemos unas buenas pizzas esperándonos.
—Me siento muy ofendido. ¿Prefieres la pizza antes que todo esto? —contesta riéndose.
—Vamos anda, dandy —digo arrastrándole al interior del restaurante.
Durante varias horas, comemos, hablamos y reímos juntos. Cuando toca pagar la cuenta, el veterano insiste en hacerlo él y su mujer nos invita a ir el próximo fin de semana a su finca, para pasar el día con ellos y otros moteros amigos suyos, ya que celebrarán su aniversario. Aceptamos encantados y cada uno se va a su casa. De camino a casa de Alex, él está muy callado y concentrado conduciendo. Siento que pasa algo, así que decido preguntarle.
—Una moneda por tus pensamientos —digo acariando su cuello.
—Estaba pensando que hay algo que siempre he querido hacer y

nunca he podido.
—¿Qué es?
—Es algo un poco extremo, no sé si decírtelo.
—Dímelo —repondo intrigada.
—Es que siempre he querido tener sexo mientras conduzco a toda velocidad —dice mirándome, esperando ver mi reacción.
—Deseo concedido —digo poniéndole mi mano en el muslo.
Alex pone su sonrisa pícara y acelera. Se dirije al circuito y una vez allí, me pongo encima de él. Mientras conduce a toda velocidad, tenemos el sexo más intenso que nunca haya experimentado. Mi sangre hierve por la adrenalina que se ha liberado en todo mi cuerpo y pocos minutos después, ambos llegamos al éxtasis gritando de pura excitación por haber desafiado a la muerte. Ese subidón, nos dura toda la noche. Ya en casa, seguimos haciéndolo una y otra vez, porque no podemos parar. Tras varias horas de sexo salvaje y sin control, vemos el amanecer agotados y al fin, nos quedamos dormidos.
Despierto y Alex no está en la cama. Miro el móvil y son casi las tres de la tarde. Escucho algo en la cocina y salgo a ver si es él. Cuando llego, está en calzoncillos y con el delantal puesto intentando cocinar. Me parece una imagen muy cómica y no puedo evitar reírme. Alex me escucha y viene hacia mí.
—Buenos días, preciosa —dice besándome.
—¿Porqué te has puesto de cocinero sexy? —contesto dándole una palmadita en el trasero.
—Porque ayer me hiciste muy feliz, haciendo realidad una de mis fantasías y quiero agradecértelo como te mereces, pero me temo que cocinar tampoco es lo mío. Es lo que tiene ser un niño de mamá.
—No importa, por verte así, ya soy feliz.
—Pidamos algo rico para comer, me muero de hambre. Encontraré otra forma de agradecértelo princesa —dice desistiendo de cocinar y quitándose el delantal.
Yo me acerco a él y le beso por el cuello, dándole unos pequeños mordiscos.
—Espero que tú seas el postre —susurro en su oído.

—¿Todavía quieres más? ¿Sigues con el subidón o qué? — pregunta Alex algo excitado.
—Me sentí más viva que nunca, ¿tú no?
—Demasiado, sí. Fue una pasada. Temo que después de eso, el sexo normal nos sepa a poco, jajaja.
—Lo comprobaremos después, postrecito —le susurro una vez más.
Alex se ríe y coge su móvil para pedir algo de comer, mientras llega, nos damos una ducha rápida ambos para quitarnos el sudor de la noche anterior.
Al día siguiente, Alex se va a ver a sus padres a Lugo. Yo estoy bastante ocupada con Héctor en el proyecto de mi jardín. Con su ayuda, he elejido al fin una casa y me la trerán en unas semanas. Para entonces queremos tener parte del jardín ya creado. Voy un día más con mi moto al terreno para ver los avances y cuando llego, está todo lleno de hombres trabajando. Al oírme llegar, observo como paran de trabajar y se me quedan mirando. Decido hacer algo para divertirme, aprovechando la situación. Me quito el casco aireándome el pelo de forma sensual y bajo la cremallera de mi chaqueta muy lentamente, dejando ver mi sujetador y mis pechos apretados. Así, voy hacia donde está Héctor y disfruto sintiendo como esos hombres me miran con deseo. Cuando llego al lugar, Héctor no puede evitar mirarme el escote, pero enseguida mira a otro lado.
—¡No hay nada que ver aquí! ¡A trabajar! —grita a sus empleados.
Sonrío y me abanico con la mano.
—Disculpa, es que hace mucho calor y necesitaba un poco de aire.
—No es nada, sólo son hombres.
Pasan unos minutos y Héctor me explica todas su nuevas ideas. Cuando acaba la jornada y los empleados se van del terreno, él me propone enseñarme una simulación que ha hecho para mí. Yo realmente estoy muy acalorada y deseando quitarme la chaqueta de cuero con la que no paro de sudar.
—Héctor, te incomodaría mucho que me quede en sujetador mientras me la enseñas, es que tengo demasiado calor y no aguanto más.
—Somos adultos, no te preocupes, podré controlarme —dice

tocándose la nuca, sin apenas mirarme.
—Vale, gracias —digo quitándome la chaqueta y dejándola sobre la mesa—. Ser motera es duro, se suda mucho.
—Ya lo veo —dice mirando como algunas gotas de sudor caen entre mis pechos.
—Bueno, ahora ya estoy mejor. Enséñamela.
—¿Cómo? —pregunta extrañado.
—La simulación.
—Sí, cierto, disculpa —contesta acomodándose las gafas.
Me enseña un jardín precioso en la pantalla de su portátil. Me va explicando con todo detalle y yo me emociono, porque sus ideas me encantan. No me había fijado en lo interesante que es este hombre. Es muy serio y tímido y eso me gusta. Además al observar su cara de cerca, me resulta extrañamente atractivo. Fantaseo con la idea de que a solas en su intimidad, no sea tan serio y salga su lado más salvaje y obsceno.
—¿Valeria? —pregunta Héctor en voz alta.
—¿Qué? Disculpa, me he quedado distraída viendo la simulación —digo fingiendo que me he enterado de algo.
—Decía que si agregarías algo o así te parece bien.
—Una pérgola. Eso quiero.
—Ok. Me lo apunto. ¿Algo más?
Verte desnudo encima de mí, pienso. Creo que el calor inusual que hace hoy, me está afectando al cerebro. Sólo le deseo porque es algo nuevo, no porque me interese realmente.
—Creo que no. Si se me ocurre algo, te lo diré —contesto cogiendo mi chaqueta y huyendo de allí, antes de que haga algo de lo que me arrepentiré.
—¿Está todo bien? —pregunta Héctor en voz alta.
—Sí, he recordado que tengo que estar en un lugar. Adiós y gracias —me despido con la mano, largándome de ahí a toda velocidad.
Durante los dos días siguientes, decido no ir al terreno, para evitar problemas. Héctor me llama a última hora para contarme los avances de forma muy profesional. En pocas semanas, al fin llega la casa. La han colocado perfectamente y el jardín ya está casi listo también. Héctor ha logrado hacer todas mis ideas y deseos relaidad

y no puedo estar más satisfecha con su trabajo. Hoy nos reunimos para dar el último retoque y darle el último pago. Cuando llego, dejo mi moto cerca y recorro el lugar caminando lentamente. Me deleito con la piscina, la zona de barbacoa y la pérgola. Todo ha quedado justo como lo había visualizado. Llego a la casa y es preciosa. Está hecha con madera y paja toda la estructura. El interior está todo pintado de blanco y la chimenea es simplemente hermosa. Héctor está en la cocina.
—Hola Valeria. He traído esto para celebrarlo —dice abriendo una botella de champán.
—Ha sido un proceso maravilloso. En parte gracias a ti Héctor. Has sabido hacer todos mis deseos realidad.
—Lo he intentado. ¡Salud! —dice alzando su copa, tras servir el champán.
—¡Salud!
Chocamos nuestras copas y bebemos.
—Dicen que trae buena suerte inahugurar con chamán, ¿Puedo? —pregunto a Héctor, señalando la botella.
—Sí, claro. Adelante.
—Voy a tirarla desde el piso de arriba para que se rompa en el jardín. Ven conmigo.
Subimos al piso de arriba y tiro la botella por una de las ventanas que dan al jardín. Veo como se rompe en pedazos y al girarme para mirar a Héctor, me tropiezo con él y nos caemos al suelo. Sus gafas salen volando y nuestras bocas están a escasos centímetros. Nos quedamos inmóviles, mirándonos.
—Ha sido culpa mía —dice él, sin moverse ni dejar de mirarme.
—Tranquilo, son cosas que pasan —contesto con la intención de levantarme.
En ese momento, Héctor me retiene y se me pone encima. —Me vuelves loco Valeria. Te deseo demasiado.
Sigue mirándome pero no da el paso que está deseando dar, así que yo quiero ayudarle un poco, pero en ese momento, Liam aparece en mi mente, con sus ojos turquesa y su preciosa sonrisa. Entonces, se rompe en pedazos mi deseo por Héctor y una angustia me recorre por completo.

—Disculpa Héctor, tengo que irme.
Él se levanta y me ofrece su mano como un buen caballero.
—No, discúlpame tú, me he dejado llevar por mis hormonas de macho, jajaja —dice riéndose y tocándose la nuca.
Me voy enseguida de allí porque esa angustia no deja de crecer. No logro controlarme y las lágrimas caen por mis mejillas, mientras conduzco. Veo cada vez más borroso y decido parar a un lado de la carretera. Me quito el casco y me libero dando un grito.
—¡Te amo Liam!
Sigo llorando recordándole. No puedo parar, hasta que la angustia comienza a desaparecer. Sólo quiero escuchar su voz y verle, lo necesito. En un impulso, busco el nombre de su taller, Legendary Motors, y lo marco en el gps del móvil. Me pongo el casco, arranco mi moto y en menos de dos horas, llego al lugar. Me quedo aparcada en frente sin quitarme el casco. Deseo verle más que nada, pero no quiero volver a interferir en su vida. Tras unos minutos, llega una mujer muy atractiva al lugar. Al poco, sale de nuevo ella con Liam y se montan en su coche juntos. Siento que son pareja, pero necsito confirmarlo y verlo con mis propios ojos, así que les sigo de lejos, para que Liam no escuche mi motor y lo reconozca. Paran en un cine y cuando están a punto de entrar, se besan. Yo me derrumbo y doy un golpe al manillar. Esa frase que me dijo el día de su accidente, vuelve a mi cabeza "Me niego a vivir sin amarte". No puedo evitar sentir una punzada en mi pecho y me veo obligada a quitarme el casco y abrirme la chaqueta, porque me falta el aire. Me estoy mareando, así que me quedo apoyada en mi moto. Me encuentro mal, abatida y llena de rabia contra mí por obligarme a ver esto.
Tras unos minutos y en medio de mi caos, escucho una voz familiar.
—¿Valeria? —me pregunta alguien desde una moto.
—Soy Allen, ¿me recuerdas? —pregunta de nuevo ese hombre, que no logro ver con claridad.
—¿Quién? —digo confusa por la situación.
—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara. Ven conmigo —dice ayudándome a sentarme en el suelo.
El hombre, coge una botella de agua de su moto y me la echa por encima de la cara, dándome unos golpecitos para que me despeje y

vuelva en mí. También me hace tragar un poco de agua y me da un caramelo muy dulce. A los pocos minutos, recupero la visión y me siento menos mareada. Veo a Allen con cara de preocupación, así que decido hablarle.
—Estoy mejor, no te preocupes. Gracias.
—¿Segura? No tengo prisa, guapa.
—Sí, estoy bien y será mejor que me vaya.
—Joder, ¿tan feo soy que ya quieres huir de mí?
—Que va, es que no quiero que me vea tu hijo.
—Ah, pero, ¿no has venido a verle?
—Bueno, es complicado —digo intentando levantarme sin éxito.
—Espera muchacha, aún no te responden bien las piernas.
Nos quedamos un poco más ahí sentados, viendo el tráfico. Siento que en cualquier momento saldrán Liam y esa mujer del cine y me empiezo a agobiar bastante. Sólo quiero irme de allí y no volver nunca. Entonces Allen, me pregunta algo que no me esperaba.
—¿Cómo está Alex?
No sé qué hacer. Podría simplemente mentirle y fingir que no lo sé, pero seguramente Liam le haya contado todo, así que creo que seré honesta.
—Está bien, aunque os hecha mucho de menos.
—Me alegro, me alegro. Al final se ha llevado a la chica.
—No, no estamos juntos. Es complicado —digo para evitar tener que dar explicaciones.
—Ese chico ha sido como un hijo para mí y me hace feliz saber que está bien. Además sois tal para cual, la pareja ideal, jajaja —No estamos juntos, Allen...
—Ya, es complicado, sí —dice sonriendo.
—La complicada eres tú, me parece a mí. Pero comprendo porqué te quiere mi hijo. Eres más que interesante y eso a los hombres nos pierde. Lo difícil y lo complicado nos encanta.
—No sé que decir.
—¿Les has visto juntos y por eso te has puesto mal, verdad?
—¿Cómo lo sabes?
—Porque Liam me dijo que la traería aquí, así que es fácil.
—No ha sido solo eso, es que me ha pasado algo hoy y... Joder no

sé que hago contándole esto al padre del tío que quiero —digo casi susurrando.
—Tranquila, soy la voz de la experiencia. He sido motero toda mi vida y he vivido mucho, creo que no me traumatizará nada de lo que me digas y quedará entre nosotros —dice ofreciéndome su mano para cerrar el trato.
—Por primera vez he sentido el impulso irrefrenable de verle y por eso estoy aquí. Pero ya he comprobado que ha seguido con su vida y me ha olvidado, así que, yo lo intentaré también.
—Qué va, guapa. Mi hijo sólo está siguiendo mi consejo, de vivir un poco mientras te espera. Si se parece a su padre, no te olvidará nunca. Somos caballeros ingleses, leales y románticos hasta la muerte.
Allen me echa el brazo por encima de los hombros y me da unas palmaditas. Me acaba de decir que Liam me sigue amando y eso ha eliminado por completo la sensación de angustia que tenía.
—Ahora que ya sabes la verdad y estás mejor, ¿porqué no vienes conmigo a tomar algo? Tengo el culo molido de estar aquí sentado —dice mientras se levanta del suelo y me ofrece su mano para ayudarme a mí.
—Está bien, caballero inglés, jajaja.
Montamos en nuestras motos y me lleva hacia un aparcamiento subterráneo para entrar desde ahí a un centro comercial. Vamos a un bar de tapas y pedimos algo fresco. Habla sin parar de su juventud, de su vida de motero y mujeriego, antes de conocer a la madre de Liam. Me cuenta que ella le rechazó muchas veces por su fama de golfo, pero que después de mucho insistir y hacerle la promesa de que dejaría esa vida por ella, lo aceptó y tuvo su primera cita. Después de varios años se casaron porque se quedó embarazada y tuvieron a Conrad, el hermano mayor de Liam y después a él. Habla de su mujer como el gran amor de su vida, es tan bonito escucharle. Tengo una gran curiosidad por saber cosas de Liam cuando era pequeño.
—¿Cómo era Liam de niño?
—Igual que ahora. Bueno, leal, honesto, muy tímido y romántico. No ha cambiado mucho. Alex tampoco. Siempre fue un niño travieso,

lanzado y rompecorazones. Yo era así también, por eso le tengo tanto cariño, porque me recuerda a mis tiempos de juventud. Aunque ambos son mucho más guapos que yo.
—Eres muy atractivo, para la edad que tendrás.
—Jajaja, ¿que edad crees que tengo guapa?
—No sé, ¿unos cincuenta?
—Gracias, pero estoy casi en los sesenta ya. Me alegro que me veas más jóven. Toda la vida cuidándome ha valido la pena.
—Sin duda. Estás genial. Oye...
—Dime, guapa.
—¿Crees que he destruído su amistad para siempre?
—No. Ellos son como hermanos y volverán a unirse, sólo necesitaban un respiro, eso es todo.
—Que alivio. Sé que lo he hecho todo mal con Liam y Alex. Espero que lo puedan resolver.
—Tranquila, lo resolverán. Oye, cambiando de tema. Ahora que somos casi familia, me dejarás cabalgar en tu moto. ¿no? —dice haciendo gestos muy divertidos.
—Claro, te lo has ganado —contesto tirándole las llaves.
Cuando terminamos nuestras bebidas y nuestras tapas, vamos al parcking donde tenemos aparcadas las motos y él sube en la mía, la arranca y acelera, disfrutando del sonido que hace.
—Esta moto es una bestia. Me dijo Liam que alcanzó los cuatrocientos, que locura. ¿Sigues con lo de las carreras?
—Sí.
—Me encantaría correr con esta preciosidad —dice acariciando mi moto y admirándola.
—Puedo hacer que suceda, ¿lo quieres de verdad? —pregunto a Allen.
—¿En serio? Harías eso por mí, no me jodas.
—Claro, tengo contactos y puedo hacer que corras. Apostaré por tí —afirmo estrechándole mi mano.
—Tenemos un trato, guapa —dice bajándose de mi moto y sacando su móvil.
—Toma, este es mi número. Llámame cuando lo resuelvas y tranquila, todo esto quedará entre nosotros. Pero será una historia

brutal que le contaré a vuestros hijos.
Nos reímos y nos damos un abrazo fuerte. Es imposible no tenerle cariño después de lo de hoy. Ese hombre es tan maravilloso como su hijo. Me despido acelerando y poniendo mi moto de pie, para fardar un poco. Veo por el retrovisor, como él se echa las manos a la cabeza y me hace un gesto de respeto entre moteros con su mano.
Y así, tras un día largo y muy inesperado e interesante, vuelvo a casa y a los brazos de Alex.



Ha llegado el fin de semana, donde iremos a celebrar el aniversario del veterano y su mujer. Los que le conocen desde hace muchos años, siempre hablan de la colección de motos legendarias que tiene en su enorme garaje. Ese hombre lleva toda su vida dedicándose a las motos; son su gran pasión. Además, fue uno de los primeros en fundar un motor club por aquí. Aún siguen juntos a día de hoy y se les respeta mucho, porque han hecho cosas muy buenas por la gente, como campañas de recaudación de fondos para niños enfermos, ayuda para mujeres maltratadas y cosas así. Desde hace veinte años, cada Navidad, recaudan juguetes y los llevan en sus motos, vestidos de Papá Noel, a las casas de los niños donde los padres tienen bajos recursos. Todos los miembros de esa banda de moteros son geniales y muy de admirar. Yo conocí al veterano en mi primera carrera y desde entonces le tengo mucho aprecio y cariño. Siempre me dice que soy la hija que nunca tuvo. Su mujer y él nunca pudieron tener hijos, así que han dedicado toda su vida a su

pasión por las motos. Han hecho viajes increíbles juntos y son como una gran familia todos los del club.
Llegamos Aitor, Luis, Alex y yo al lugar y vemos un montón de motos aparcadas. Es una finca muy grande. Los rugidos de los motores de algunas motos nos emocionan. A pesar de no ser una friki, me gusta el sonido y el olor a gasolina. Hay motos realmente bonitas, algunas muy antiguas y otras retocadas. Cuando encontramos un hueco grande, aparcamos nuestras motos juntas y caminamos hacia la entrada de la gran casa. Todo está lleno de moteros que nos saludan al pasar. Conocemos a muchos de ellos de las carreras y a otros porque son amigos del veterano. Llegamos a la cocina y está toda la isla llena de botellas, latas de refresco y vasos. Nos servimos unas bebidas y damos un paseo por la propiedad. Los chicos van directamente al garaje para ver las motos legendarias, pero yo quiero ver el jardín. Cuando llego me encuentro a la mujer del veterano.
—Hola, guapa —digo acercándome y dándole un beso en la mejilla.
—Guapa tú —me contesta, pellizcándome la cara.
—Tienes la casa abarrotada de gente.
—Sí, han venido algunos de otros países y todo.
—Me alegro que tanta gente os aprecie y quiera celebrar con vosotros. Es bonito —digo sonriendo.
—Sí. Bonito y muy trabajoso. Ser anfitriona para tantos es una locura, jajaja.
—Cuenta conmigo, mujer, te ayudo en todo lo que pueda.
—Gracias, cariño, eres un cielo.
—No es nada, estoy encantada de ayudarte y de estar aquí —contesto poniéndole el brazo por encima de los hombros.
—Oye, por cierto. Veo que sigues con ese chico del otro día, ¿no? —pregunta recordándolo—. ¿Este sí te ha tocado el corazoncito?
—Es algo complicado.
—Cuenta, cuenta.
—Es que no somos pareja, pero estamos a gusto juntos, ¿entiendes?
—Ah, ya. Sois una de esas parejas modernas de ahora. —Bueno, se podría decir.
—Es muy guapo y se le ve listo, aunque lo de las carreras no sea lo

suyo, seguro que tiene otros talentos ocultos —dice guiñándome un ojo.
—Sí, los tiene, jajaja.
—Chica, creo que estás en la mejor edad de la vida, ¿sabes?. Los treintas son la guinda, así que aprovecha y vive todo lo que puedas. Además, teniendo ese cuerpazo que tienes, es tu deber hacerlo. Ya tendrás tiempo de enamorarte y echar raíces con un buen hombre.
—Sí, lo haré.
—Voy a buscar la comida, ¿puedes cuidar el fuego por mí?
—Claro, aquí me quedo. Vete tranquila.
Ella se va a la casa y me quedo sola mirando el fuego de la parrilla. Una imagen de Liam pasa por mi mente, pero se va enseguida. Al poco, llega un hombre. Va vestido de motero y con la chaqueta del club del veterano, así que será uno de sus miembros, pero no lo conozco. Mientras se acerca, me fijo en él y es bastante atractivo. Lleva un pañuelo en la cabeza y no parece tener pelo en ella. Tiene una cara muy masculina, con rasgos duros y la mandíbula muy marcada. Está muy musculado, demasiado para mi gusto, y lleva muchos tatuajes por todas partes. Tiene los ojos color miel y una mirada muy segura y desafiante. Me impone un poco su presencia.
—Hola. Tú eres Valeria, ¿no? —me pregunta, de forma muy directa.
—Hola. Sí, soy yo. ¿Nos conocemos? —pregunto algo confusa.
—No, no en persona. El veterano habla mucho de ti y tenía ganas de conocerte.
—¿Sí? No sabía que hablara tanto de mí, la verdad.
—Te tiene mucho afecto, es normal.
—Yo también a él, es un gran hombre.
—Yo también lo soy, ¿sabes?
—¿Sí? Me alegro.
—¿Dónde están tus colegas?
—En el garaje viendo las motos, supongo.
Ese hombre me mira muy fijamente todo el tiempo y me hace sentir un poco agobiada. Quiero irme, pero tengo que cuidar el fuego para que no se extinga.
—Oye, Valeria. ¿Estás con alguien ahora?
—Sí hay alguien.

—Qué pena, podríamos pasarlo bien juntos tú y yo, ¿sabes? — dice tocándome el pelo.
Solo asiento con la cabeza y no digo nada. Estoy un poco incómoda, pero intento que no se note.
—Podríamos...
—Ya estoy aquí, mi niña —interrumpe la mujer del veterano, llegando con la comida—. ¿Interrumpo algo?
—No, qué va —me apresuro a decir.
El tío nos sonríe y se va enseguida.
—¿Qué, un moscón? Seguramente no sea el primero que se te acerque hoy, jajaja.
—Parece un tipo muy duro.
—Sí. Era un delincuente de jovencito. Mi marido lo sacó de las calles y le dio un lugar y un trabajo en el club y desde entonces es como su hijo protegido. A pesar de esa apariencia, es bueno — cuenta mientras esparce las ascuas por la parrilla.
—Esto tiene que estar lleno de tipos duros hoy; será mejor que me mantenga cerca de tu marido y de ti, para evitar líos.
—Claro, hazlo. Además, algunas de las mujeres son un poco territoriales y no quiero que te molesten por la envidia.
—Oye, necesito ir al baño, ¿donde está?
—Vete al de nuestra habitación, en el segundo piso. Solo hay uno, así que no tiene pérdida.
—Vale, gracias. Ahora vuelvo y te relevo de nuevo —digo mientras me alejo dirigiéndome a la casa.
Entro y subo por las escaleras lentamente, viendo un montón de fotografías que hay en la pared. Cuando llego al segundo piso, veo varias puertas, así que busco la habitación con el baño. Recorro el pasillo y al fin doy con ella. Es muy bonita y grande. Me encanta la colcha de la cama. Es una imagen de los dos en una moto besándose, a la orilla del mar. Llevan juntos ya treinta y cinco años, como mis padres. Me recuerdan mucho a ellos, pero en versión motera. Se aman, se apoyan y crecen juntos. Eso es lo que quiero tener con Liam, pero por el momento, no puedo ofrecérselo. Llego al baño y cuando voy a cerrar la puerta, alguien lo impide.
—¿Te crees que porque eres la niña bonita del veterano tienes

derecho de hacer lo que te plazca? —me pregunta una mujer muy cabreada.
—¿Cómo?
—No te acerques a Hugo, ¿entendido?
—¿Quién es Hugo? —pregunto confusa.
—No te hagas la tonta. Lo sabes perfectamente.
De repente caigo en que debe ser ese hombre que se me acercó antes en la parrilla.
—No tengo ni idea de quién hablas, pero a mí no me hables así, ¿estamos?
—He visto cómo te lo comías con los ojos en la parrilla, guarra —dice casi gritando.
—Será mejor que te largues de aquí o lo vas a lamentar, estúpida —digo lo más calmada que puedo.
—La que lo va a lamentar serás tú si vuelves a acercarte a él, ¿está claro?
Ya estoy harta de esta estúpida, así que haciendo un movimiento que me enseñó mi hermano, la cojo por el cuello y dejo atrapado su brazo sin esfuerzo.
—Lárgate si no quieres que te haga más daño, ridícula. —le digo al oído mientras le aprieto contra mí con fuerza—. A mí no me amenazas. Y busca tu autoestima mientras te largas, que la has perdido.
De un empujón la expulso del baño y cierro la puerta con el pestillo. Escucho cómo esa mujer se aleja muy enfadada. Cuando termino, salgo del baño y me dirijo de nuevo a la parrilla, donde está la mujer y el veterano juntos.
—¿Interrumpo, tortolitos? —pregunto al llegar.
—¡Hola, preciosa! —dice el veterano al verme, mientras me da un abrazo.
—Hola. Menudo fiestón te has montado, ¿eh?
—Sí. La ocasión lo merece. Treinta y cinco años con esta dulzura de mujer, no es para menos. Luego vendrá un grupo de rock y todo a cantarnos en vivo.
—Uhhh, qué nivel. Nos lo pasaremos genial, estoy segura. Oye, quería comentarte algo, pero cuando tengas un rato.

—Dime. Ahora estoy libre.
—Pues, es que el padre de un amigo tiene el sueño de correr con mi moto y le he dicho que podría hacerlo en el circuito. No quiere correr por dinero, solo correr, ¿entiendes?
—Sí.
—Había pensado que, como sois de la misma edad más o menos, podrías correr tú contra él, ¿qué te parece la idea?
—Preciosa, si corro yo, será por pasta. Si él no tiene problema con eso, lo organizamos.
—No, problema no tiene, aunque no es su prioridad, ya sabes.
—Sí. Así que él cumplirá su sueño y yo ganaré mucha pasta. Es el negocio del siglo, niña, jajaja.
—Bueno, eso será si le ganas —digo con una mirada desafiante.
—Aunque conduzca la bestia de tu moto, le ganaré.
—Él es motero veterano como tú, ¿eh?
—Joder, pues será aún más interesante la carrera. ¿Apostarás por mí, no?
—Jajaja. Apostaré por mi moto.
—Bueno, pues lo dicho. Organízalo y cuando lo tengas me avisas, ¿ok? Tengo que volver con los chicos para mantenerlos a raya.
—Entendido.
Mientras el veterano se aleja, su mujer y yo no paramos de meter piezas de carne en la parrilla, una detrás de otra. Nos quedamos ahí cocinando por más de cuarenta minutos y al fin ya está todo listo. Lo llevamos a la zona de la piscina, donde están todos, y comemos ahí. Después de comer, los chicos me lanzan al agua a traición, así que me vengo tirándoles a ellos también. Tras unos minutos divirtiéndonos, salimos del agua y nos quitamos la ropa de cuero empapada. Alex y yo nos quedamos en una de las tumbonas juntos. Pasa por nuestro lado la estúpida del baño y le hago un gesto de amenaza.
—¿Y eso?
—El qué.
—Eso que le has hecho a esa mujer al pasar por aquí.
—Ah. Nada. Es una broma entre nosotras.
—Oye, ¿sabes que me muero por hacer? —dice acercándose a mi

boca.
—Ummm. Déjame adivinar...
—¿Vamos a algún sitio más íntimo?
—Aguanta, tigre. Cuando lleguemos a tu casa —contesto, dándole un beso discreto.
Él me agarra de la nuca y sigue el beso de forma más apasionada.
De pronto, algo nos interrumpe. Es momento de partir la tarta y del brindis. Todos celebramos con alegría el aniversario y comemos la deliciosa tarta, que ayudo a servir junto a la mujer del veterano.
Varias horas después, estamos por irnos, así que aprovecho para darles mi regalo.
—Tomar guapos. Espero que os guste.
Ellos cogen el regalo y lo desenvuelven con cuidado. Cuando ven qué es, se emocionan mucho.
—Pero... ¿Cómo has conseguido esto niña? —dice el veterano.
—Pues tirando de algún contacto y algo de pasta, jajaja — respondo contenta al ver su cara.
En una ocasión, ambos me describieron el viaje que hicieron por la Ruta 66 como el mejor de sus vidas. Lamentablemente, no pudieron llevarse ningún recuerdo de allí, porque no les quedó dinero para comprar ningún souvenir. Así que decidí llamar a un amigo de mis padres que vive en Los Ángeles y decirle si me podía conseguir algo de la ruta para ellos y me envió, por correo urgente, varias cosas. Hay un par de tazas de desayuno, un par de llaveros, un abrebotellas, una matrícula, un reloj de pared, varios parches para poner en la ropa y un par de camisetas.
—Muchas gracias, significa mucho para nosotros —dice la mujer, abrazándome.
—Ya era hora de que tuviérais recuerdos tangibles de ese pedazo de viaje —contesto apretándola contra mí aún más.
La noche pasó muy divertida y,tuvierais casi al amanecer, nos marchamos de allí. Alex y yo nos fuimos a su casa. Estábamos tan cansados que nos quedamos dormidos enseguida. Después de varias horas, algo me despierta. Son las caricias de él por mi cuello. Yo me sigo haciendo la dormida. Él me recorre ahora la espalda y el resto del cuerpo con sus suaves manos, mientras me susurra al oído.

—Podría estar así toda la vida, preciosa.
Continúo sin abrir los ojos y él se me echa encima. Me mordisquea el trasero antes de quitarme la lencería lentamente. Se entretiene con mi espalda unos minutos y después con mi zona íntima, lo que consigue que le invite a entrar. En la primera embestida, ambos soltamos un gemido, porque ha sido muy profunda. De repente, el recuerdo del breve pero intenso encuentro con Liam en mi tienda de campaña se presenta y la angustia vuelve de visita. Intento controlarla y no ponerme a llorar, pero es muy complicado. Tengo a Alex encima de mí, embistiéndome por la espalda y solo puedo pensar en huir. Con él siempre es puro placer desenfrenado e intenso. Siempre lo da todo y me hace gozar hasta llevarme a límites que jamás pensé que podía llegar. Pero es placer físico, no transciende más allá. Sin embargo, con esa única embestida de Liam, sentí como todo mi mundo se tambaleaba y mi corazón se abría de par en par para recibirle, de todas las formas posibles, en cuerpo y alma. Por primera vez, desde que estoy con Alex, no he disfrutado del sexo con él y me siento bastante angustiada ahora mismo. Para que no me lo note, salgo de la cama enseguida con la excusa de ir al baño y allí, mirándome al espejo, descargo la angustia que me oprime el pecho, llorando en silencio. Tras un rato, decido meterme en la ducha para intentar relajarme y dejar de llorar. Alex llama a la puerta.
—Preciosa, ¿estás bien? Llevas bastante tiempo ahí —pregunta algo preocupado.
—Estoy bien, solo es la regla. Me estoy dando una ducha —respondo en voz alta, para que me escuche.
—¿Necesitas algo?
—No. Todo está bien, gracias.
Tras la ducha, en la que he podido descargar toda esa angustia, Alex y yo comemos algo. Después vamos a ver al fin mi nueva casa y terreno, junto a los chicos. Tenía muchas ganas de enseñarles cómo ha quedado el jardín. Cuando llegamos Alex y yo en el coche, ya están Luis y Aitor esperándonos en la entrada al terreno. Le doy al mando para abrir el portón y entramos todos. Recorremos unos metros, hasta llegar a la casa, y está todo precioso. Sin duda, Héctor

hizo un gran trabajo de jardinería.
—Joder, Valeria, el exterior ha quedado espectacular —menciona Luis.
—Sí, ese tío es bueno —dice Aitor.
—Me encanta cómo ha quedado el jardín. Felicidades, preciosa —contesta Alex.
—¿Y sabéis qué? Lo mejor está por ver todavía y no es la casa. Venir conmigo.
Les llevo en dirección a la poza con la cascada y todos se quedan con la boca abierta, admirando ese lugar tan especial.
—¡A que es increíble! —grito emocionada por cómo ha quedado ese sitio.
—Wow, esto sí que es grandioso. ¿Ya te has bañado? —me pregunta Luis.
—Por supuesto, no pude resistirme en cuanto el terreno fue mío.
—¡Pues te toca el segundo baño! —exclaman Aitor y Alex, justo antes de tirarme al agua.
—¡Venir aquí, malditos! —les grito empapada.
Todos nos bañamos en esa poza y disfrutamos de la cascada juntos. Alex se acerca a mí bajo la cascada y me besa.
—Estoy deseando darte placer aquí —dice con su sonrisa pícara.
Los chicos le cogen por detrás y le hacen una aguadilla y yo aprovecho para escaparme del agua y tumbarme sobre la hierba. Luis se tumba a mi lado.
—Este es el comienzo de una nueva etapa en tu vida, Valeria — dice mirando al cielo.
—Sí. —Este será mi trocito de cielo —contesto sonriendo y agarrándole la mano.
Después de un rato disfrutando de la poza, les llevo a la casa para enseñársela por dentro, ya que no la han visto. Aún está vacía y no hay nada que ver, pero me hace ilusión mostrársela.
—Será mejor que hagas la fiesta de inauguración antes de poner los muebles —dice Alex.
—No tenía pensado hacer ninguna fiesta, pero tienes razón.
—Traeremos unas mesas y sillas, comida, buena música y listo, ya tenemos fiesta —indica Aitor.

Luis aparece con algo enorme en las manos de repente. Me lo entrega y lo abro rápidamente, muy emocionada. Es una foto que me hizo cuando monté en mi moto por primera vez. Quedó muy bonita. La han impreso en un tamaño enorme y enmarcado.
—Es de parte de los tres —dice Luis sonriendo.
—Chicos, qué bonito. Gracias por este detalle —digo muy feliz.
—Ponla en algún lugar donde se vea bien, es una gran foto —dice Alex emocionado.
—Sí que lo es. Mil gracias a los tres. Sois los mejores.
Tras esas horas tan especiales en lo que será mi hogar, decido irme a casa de mis padres, para estar en familia el resto del día. Con la excusa falsa de que tengo la regla, estaré unos días en casa y no con Alex. Paso la tarde mirando por internet tiendas de muebles y decoración y mi madre y yo elegimos la cocina y el salón. Cuando voy a mi cuarto, tras varios meses, sin pisarlo apenas, siento algo de tristeza. He dormido aquí toda mi vida y esta habitación está llena de mis recuerdos más bonitos. Como me ha dicho mi amigo Luis, comienza una nueva etapa y es hora de dejar atrás el pasado para concentrarme en el futuro y en qué quiero hacer en él y con quién. Tengo claro que mi futuro es Liam, pero no sé si será a corto o largo plazo. Todo depende de mí. Me hubiera encantado compartir con él todo este proceso de emancipación, pero debo dejarle en paz, mientras yo sano y soy la mujer que él merece.



El día de la legendaria carrera entre el veterano y el padre de Liam ha llegado. La emoción se palpa en el ambiente. El veterano se ha encargado de que todos se enteraran de este evento y el circuito está a reventar de gente. El padre de Liam está nervioso y muy emocionado por esto y deseando conocer a su oponente. Le llevo hasta él, que está rodeado por los miembros de su club y otros amigos. Pero nos recibe con alegría y le da un abrazo a Allen. Se quedan charlando entre ellos y yo; voy con Aitor y Luis, que están comprobando mi moto. De repente, sin esperarlo, Liam me habla.
—Hola, Valeria.
—Li... ¿Liam? —digo con la voz entrecortada.
—Sí, soy yo.
Su aspecto es distinto; apenas he podido reconocerle. Lleva el pelo diferente y está aún más guapo de lo que recordaba.
—¿Podemos hablar a solas? —me pregunta directamente.
—Claro.
Caminamos unos metros para alejarnos de mis amigos y yo solo puedo mirarle en silencio. Está realmente distinto. No sé qué es, pero emana una energía de seguridad, que no la percibía antes.
—Tranquila, no he venido por ti, sino por mi padre. No podía perderme su primera y espero que última carrera.
—Se supone que lo iba a mantener en secreto. —Siento todo esto, Liam —contesto, retirándole la mirada.
—Y lo hizo, pero vi tu mensaje por casualidad en su móvil y decidí venir. Espero que no te sientas mal por ello. Cuando termine me iré y esta vez no intentaré nada, lo prometo —dice dibujando una cruz en su pecho.
Unas ganas de besarle casi imposibles de contener llegan a mí en ese momento y solamente puedo quedarme mirándole como una boba. Emana una especie de fuerza de atracción muy potente y me cuesta mucho no lanzarme encima de él.
—Solo me gustaría que me contestaras algo, por favor.
—Está bien.
—Sigues enamorada de mí, porque yo te sigo esperando. Pero si ya no...
No puedo contenerme ante sus palabras y le beso.

—Soy tuya y siempre lo seré, pero necesito más tiempo para conseguir ser la mujer que mereces.
—Está bien —contesta Liam estrechándome entre sus fuertes brazos.
Después de ese momento romántico, volvemos con los chicos, que siguen haciendo comprobaciones en mi moto. Aitor y yo nos dirigimos hacia el tío que lleva las apuestas y Liam nos acompaña. Los tres apostamos por su padre. Al poco tiempo, el veterano y Allen se nos acercan muy animados. Ya parecen amigos de toda la vida. Nos dicen que quieren una vuelta al circuito de prueba para comprobar que todo esté bien en ambas motos y evitar posibles accidentes. La moto que ha traído el veterano es igual de potente que la mía, pero tengo esperanza de que Allen sea mejor conductor y le supere, aunque sea por unas décimas de segundo. Los tres estamos emocionados y en silencio, contemplando cómo ambos veteranos dan su primera vuelta juntos. Las apuestas están muy altas. Casi toda la gente ha venido por el veterano y ha apostado por él, menos nosotros tres. Si ganamos, será mucho dinero.
Tras esa vuelta de prueba, ambos se colocan en la posición de salida y yo tengo el honor de ser la que les dé la señal con los pañuelos. Me he puesto mi mejor ropa de motera y me siento realmente atractiva y sexy. Antes de ponerme en mi sitio, me acerco a mi moto y le doy un beso de buena suerte. Llega el momento que todos allí estamos esperando.
—¿Estáis listos? —pregunto a ambos veteranos.
Los dos me hacen el gesto de ok con sus manos. Así que comienzo a contar.
—5... 4... 3... 2... 1... ¡Ya! —grito bajando los pañuelos.
Comienzan la carrera a toda velocidad. Ambos salen igualados. Mi moto alcanza la máxima velocidad en treinta segundos, mientras que la del veterano tarda unos segundos más. Allen tiene la ventaja ahora. Llega la primera curva y ambos se vuelven a igualar. Es realmente excitante ver a dos hombres tan experimentados conduciendo motos tan potentes. De nuevo, Allen acelera a tope, aprovechando la recta, y deja un poco atrás al veterano. Todo se decidirá en la última recta. Llega otra curva y se igualan. Llega la

siguiente recta y mi moto se pone en cabeza de nuevo y esta vez, el padre de Liam decide tomar la última curva muy rápido, para no perder la ventaja, pero el veterano, intentando superarle, toma la curva aún más rápido y se pone en cabeza. Llega la última recta y ambos aceleran al máximo. Están igualados, no podemos ver cuál de los dos está en cabeza, porque ambas motos van igualadas. Llegan a meta y el tipo que está allí levanta la bandera del lado de Allen, así que es él el vencedor, por muy poco. Liam, Luis, Aitor y yo lo celebramos saltando y abrazándonos. Acabamos de ganar mucho dinero y estamos muy emocionados. Liam y yo, sin poder evitarlo, nos besamos de nuevo con mucha pasión. De repente, todo desaparece, los gritos, la gente y el ruido dejan de existir y solo está Liam y la humedad de sus labios y su lengua me excita, como nunca antes. Deseo quitarle la ropa y hacerle el amor ahí mismo, pero me contengo, una vez más. Noto cómo una lágrima se escapa de mi ojo y se desliza por mi mejilla, mientras no paro de besarle. Tras ese beso, nos miramos y sonreímos, volviendo a la realidad.
Llegan los dos veteranos, bajan de las motos y se dan un abrazo. El veterano me abraza después y, mientras lo hace, me dice algo.
—Bien hecho, niña. Apuesta siempre por lo tuyo.
Me suelta y me guiña un ojo, sonriendo. El padre de Liam me tira las llaves de mi moto.
—Dios, me has hecho el hombre más feliz del mundo, Valeria. Gracias, pequeña —dice mientras me abraza fuertemente.
Liam se acerca a su padre y le abraza también. Aitor y Luis van a ajustar cuentas con el tipo de las apuestas y yo me quedo mirando toda la escena. Una sensación de felicidad me recorre y una emoción me embriaga por completo. *¿Qué me está pasando?*, me pregunto. Mis pensamientos son interrumpidos por la voz del veterano.
—Cabalguemos juntos hasta mi bar, Allen invita a una ronda.
Luis y Aitor llegan con el dinero.
—Valeria, mira. ¡Hemos ganado una maldita pasta! —dice Aitor.
Yo sigo inmóvil, con una sensación rara en mi pecho. No soy capaz de decir nada. Estoy volviendo a ese río de nuevo, reviviendo mentalmente todo lo que sucedió. Luis nota que algo me sucede y

me obliga a reaccionar.
—Valery, eh. ¿Estás bien? Mírame —dice zarandeándome.
Sigo inmersa en el río; escucho la voz de Luis lejana. De repente, noto un bofetón en mi cara y vuelvo bruscamente al momento presente.
—Valery, reacciona —dice Aitor preocupado.
—Que... ¿Qué pasa?
—Joder, qué susto nos has dado —afirma Luis.
—Pe... Perdón —digo aún un poco ida.
—¿Qué te sucede? —pregunta Aitor.
—No lo sé, de repente he entrado como en trance, pero estoy bien. Lo siento, ya está —afirmo.
—¿Estás segura?
—Sí, tranquilo.
Me tomo unos segundos y me monto en mi moto para reunirnos con los demás. Durante todo el tiempo que estamos en el bar, Liam me mira continuamente y me sonríe. No podemos evitar estar conectados por un hilo invisible, que irremediablemente nos hace encontrarnos una y otra vez.
A pesar de haber perdido, el veterano celebra la victoria de Allen, como si fuera la suya. Cuando al fin puedo escaparme de allí, me dirijo a mi moto a toda prisa, pero Liam me detiene.
—¿Te vas sin despedirte?
—Lo siento, tengo que irme —digo tajante.
—Alex, ¿verdad? —pregunta Liam, con esa mirada triste que me parte el alma.
—No, no es por él. Es por mí. Algo me está pasando y debo averiguar qué es —explico, mientras subo a mi moto.
—¿Puedo ayudarte?
—No lo creo. Necesito estar a solas, perdóname —digo arrancando la moto—. Liam, lo único que sé con total seguridad es que te amo y que jamás podré amar a nadie como a ti, por más que duela —sentenció alejándose de él a toda velocidad.
Llego a casa y está totalmente a oscuras y en silencio, así que subo las escaleras sin hacer ruido. Al llegar a mi cuarto, me quito la ropa y me meto en la cama. Me duermo enseguida y, mientras lo hago, las

imágenes de mí, siendo arrastrada por el río, se reproducen en bucle una y otra vez. Hasta que al final, algo cambia. Vuelvo a ser arrastrada por ese río, pero esta vez, al despertarme, está Liam dándome su mano para salir.
En ese instante, viendo la preciosa sonrisa de Liam, me despierto en mi cuarto. Amanezco mojada de sudor y de algo más. Cuando miro, es la regla. Se ha ensuciado todo, hasta el colchón. Quito las sábanas rápidamente e intento quitar la mancha de sangre del colchón con un poco de agua y mi mano, pero como no lo consigo y encima se está extendiendo más, llamo a mi madre a gritos desde ahí. Cuando llega, le pido ayuda y ella me dice que se encarga de todo y que me meta en la ducha y le dé la ropa sucia. Mientras estoy ahí, observando cómo la sangre es arrastrada por el agua, vuelvo a ese río y veo, una vez más, cómo Liam me saca del agua y me abraza. Esa imagen me hace ponerme a llorar sin que pueda evitarlo. Termino sentada en el suelo de la ducha, llorando ahogadamente, mientras el agua corre bajo mis pies. No tengo conciencia del tiempo que he pasado así, pero vuelvo al presente y al fin me ducho. Después salgo y miro mi móvil. Veo que tengo una llamada de Luis, así que decido llamarle. Quiere que vaya al garaje a repartir el dinero con ambos, pero le pongo la excusa de la regla, para irme, donde realmente quiero estar. Me visto, agradezco a mi madre por su ayuda y me voy a mi casa nueva. Allí, recorro la casa, casi vacía, y solo puedo pensar en que él llene los espacios vacíos con su presencia y sus cosas.
Al rato, me voy a la poza y me meto desnuda. Me quedo mirando al cielo boca arriba, flotando. Estoy muy relajada y mi mente comienza a fantasear con Liam. Veo cómo llega con su moto allí y se quita la ropa, se mete en esa poza conmigo y se acerca a mí, con una mirada muy seductora. Me coge a horcajadas por la cintura y comienza a besarme lenta y suavemente al principio. Nos miramos y sonreímos entre besos. Poco a poco, la pasión llega. Su miembro roza contra mi zona íntima una y otra vez, porque el agua lo provoca. Beso tras beso, caricia tras caricia, Liam y yo comenzamos a fundirnos en esa poza, como si fuéramos lingotes de oro en una forja. Llega su primera embestida y hace que me estremezca y mi

espalda se arquea al máximo, emitiendo un gemido de placer. Le siento en lo más profundo de mí y no puedo evitar que mi éxtasis se dispare. Somos dos espíritus del agua danzando y uniéndonos de forma sagrada y ancestral. El rito llega a su fin y, cuando vuelvo en mí, estoy embriagada por la ambrosía, la más dulce de mi vida.
Pasan varios días y, aunque Alex quiere verme, yo no quiero verle a él. Pero ha llegado el momento de hablar de lo que me está sucediendo. Él tiene derecho a saberlo y elegir. Voy a su casa y me recibe un poco serio. Yo entro sin más y sin casi poder decir nada, él habla.
—Sé que te pasa algo, no es la regla. Por favor, suéltalo de una vez —dice muy directo.
—Es cierto. Desde hace un tiempo, he notado cambios en mí que no puedo explicarte. Ni siquiera yo misma sé qué es. Estoy intentando averiguarlo y por eso quiero estar sola. Lo siento, no quería preocuparte —le explico calmadamente.
—¿Qué sientes?
—No lo sé, honestamente.
—Vale. Date tu tiempo entonces, Valeria. Todo está bien, lo entiendo —dice Alex mirándome y cogiéndome las manos—. Si es Liam lo que te pasa, lo entenderé también. Ambos sabíamos que este día llegaría. Solo dímelo cuando lo sepas, ¿vale?
Asiento con la cabeza y Alex me besa dulcemente. Me voy de su casa y me dirijo a la mía, porque los de la tienda de muebles los traen y tengo que estar allí. Luis y Aitor me acompañan para que no esté sola y para ayudarme a montar varios de ellos. Nos divertimos juntos toda la tarde, colocando y montando los muebles y luego, les invito a cenar. Los chicos se van y yo decido quedarme a dormir allí. Me tiro en mi sofá nuevo y repaso mentalmente todo lo que tiene que llegar aún y es mucho. Estoy feliz por haber logrado tener todo esto y se me dibuja una tonta sonrisa en la cara. Solo me falta él para que este momento sea perfecto. Poco a poco, me voy quedando dormida y vuelvo a ese río de nuevo, pero esta vez, no es Liam quien está ahí, sino una especie de sombra idéntica a mí que me ofrece su mano, pero cuando voy a cogerla, ella me ahoga en el río y se ríe de forma muy siniestra. Me despierto justo en el

momento en que me ahogo y me falta el aire por un momento; siento como si me estuviera ahogando de verdad. No sé qué me está pasando, pero debo solucionarlo cuanto antes, porque me está empezando a preocupar.
Tras unos días teniendo ese maldito sueño todas las noches, estoy cansada y decido pedir cita con una psicóloga online, para ver si puede darme alguna respuesta. Me reúno con ella y hablamos del tema, de lo que me pasó, de Liam, Alex y de estos sueños que me perturban.
—Valeria, después de lo que me has contado, creo que lo que te sucede tiene que ver con el hecho de que antes del accidente eras la niña buena. Una persona muy complaciente, que acataba las órdenes sin rechistar y que nunca se enfrentaba y decía lo que de verdad deseaba o quería. El accidente desencadenó tu parte rebelde, por así decirlo. La que lo cuestiona todo, no acata órdenes y huye de todo lo que a la otra parte de ti le causaba dolor. También es la Valeria que hace lo que le da la gana y no se juzga a sí misma y le da igual el juicio de los demás. El hecho de que te aburras fácilmente con la rutina es porque antes te conformabas con ella, pero tampoco la aceptabas. Quiero decir que la Valeria de antes y la de ahora sois la misma, solo que ahora te permites decir y hacer cosas que antes no te permitías. No veo que haya un problema, solo eres la auténtica tú, sin los condicionamientos y los límites que antes te imponías, ¿entiendes?
—Pero no soy capaz de comprometerme y hago daño a los que me quieren, eso no puede estar bien. ¿Y qué hay de la promiscuidad y la infidelidad?
—Creo que el problema es que tus dos partes están enfrentadas. Ves a esta nueva Valeria como alguien malo y dañino, en vez de aceptar que es parte de ti y tomar el control. Esta Valeria lo está controlando todo ahora y es a través del sexo. Se trata de que ambas convivan en paz y no haya lucha interior.
—¿Y cómo hago eso?
—Creo que estar con Alex puede lograr que vuelvas a ser tú por completo, sin reprimirte, pero sin descontrolarte. Se trata de encontrar tu equilibrio entre esas dos fuerzas que están en lucha

constante por el dominio de tu vida. Quizá podrías hablarle de esto y ver qué opina él.
—Vale, intentaré ser honesta y contárselo todo. Gracias por la charla.
—Gracias a ti y espero que puedas solucionarlo todo y ser feliz.
El punto de vista de la psicóloga me ha dado mayor apertura en todo esto que me está sucediendo y quiero hablarlo con Alex. Quizá él pueda ayudarme a unificar a las dos Valerias. Le llamo, pero no me contesta, así que decido ir a su casa y usar mi llave. Cuando entro, escucho ruidos en el dormitorio y me acerco lentamente. Cuando llego a la puerta, veo a Alex teniendo sexo con una mujer. Me quedo mirándolos sin saber por qué, hasta que él mira hacia la puerta y me ve observarles. Salgo rápidamente de allí con mi moto a toda velocidad. Alex no para de llamarme mientras conduzco, pero prefiero no tener esta conversación ahora, así que silencio mi móvil. Llego por inercia a mi lugar secreto, esa pequeña playa donde siempre he sentido paz. Allí me descalzo y entierro mis pies en la arena fresca. Me quedo mirando las olas y reflexionando sobre lo de unir mis dos partes, la complaciente y la rebelde. *Entonces la Valeria que salió del río ese día quiere estar por encima de la otra*, pienso. Solo tengo que controlar lo que no me gusta de esta nueva Valeria y dar rienda suelta a lo que sí me gusta, supongo. *¿Así encontraré el equilibrio?*, me pregunto.
Tras reflexionar durante unas horas, en ese precioso lugar, decido que ya no tendré más sexo vacío y sin sentido, pero seguiré teniendo emociones fuertes, con mi leal compañera de dos ruedas. Antes de irme a casa, decido llamar a Alex para charlar y me pide que nos veamos en persona, así que voy a su casa.
—Hola, preciosa —dice al verme llegar.
—Hola, guapo —contesto con una sonrisa.
Nos sentamos en el sofá y le noto algo nervioso, así que le acaricio las manos para que se relaje.
—Te juro que no era mi intención que vieras eso, Valeria.
—Lo sé. Ha sido culpa mía por presentarme así, pero te llamé y no me contestabas, así que decidí venir.
—Joder, es que echaba de menos estar contigo y tú no querías

verme, así que salí a un bar y...
—Tranquilo, te entiendo. Somos iguales, ¿recuerdas?
—Me odio por seguir acostándome con otras mujeres, teniéndote a ti —dice sinceramente.
—Yo he decidido no odiarme más y aceptar todo lo que soy, ¿sabes?
—¿Aceptar que tienes que conformarte conmigo, porque no puedes tenerle a él?
—O aceptar que no quieres despertar solo y te conformas con alguien que no te quiere a ti.
Ambos nos miramos a los ojos. Nuestra sinceridad nos duele, pero la soportamos. Decido contarle toda la historia de mis dos Valerias y le pido que elija si quiere seguir adelante con lo que tenemos, a pesar de que llegará el día en que me uniré a Liam, o prefiere que dejemos de vernos. Él piensa por un instante.
—Respóndeme a una pregunta.
—Dime.
—¿Aún le ves a él mientras lo haces conmigo?
—Sí.
—¿Ni una sola vez has estado conmigo?
—Algunas veces sí estoy contigo, pero la mayoría no.
Alex aprieta mis manos ante mi honestidad y se levanta del sofá.
—¿Y si necesito que estés conmigo siempre?
—¿Lo necesitas?
—Quiero ser el hombre que elijas, Valeria, no el repuesto de Liam.
—¿Desde cuándo te sientes así?
—Desde hace un tiempo. Ahora que todas las demás áreas de mi vida son estables y seguras, quiero lo mismo contigo.
—Pero eso no puedo dártelo, Alex. Ya lo sabes.
—¿No podrías intentar olvidarle a él y darme un espacio a mí en tu corazón? Te juro que no te fallaré nunca. Seré tu hombre ideal.
—Sé que podrías serlo, pero Liam es ese hombre. Todo este tiempo contigo he sido feliz, pero siempre he estado conectada a él. No soy capaz de romper esa conexión y créeme que lo intenté. Si me hubieras dicho cómo te sentías antes...
—¿Qué, Valeria? —me interrumpe Alex—. Si te lo hubiera dicho, te habrías largado y no quiero perderte. Soy feliz viéndote, abrazándote

y sintiéndote, aunque tú veas, abraces y sientas a Liam. He aceptado eso y convivo con ello cada día, solo por tenerte conmigo. Dime, ¿no te merezco?
—Mereces a una mujer que sí te vea, te abrace y te sienta a ti y no a otro.
—Esa podrías ser tú si quisieras.
—No se trata de lo que yo quiero, sino de lo que mi corazón ya ha elegido, Alex, y no eres tú, lo siento mucho. Me importas demasiado, pero no eres tú. Perdóname, por favor —digo con lágrimas recorriendo mis mejillas.
—No puedo verte llorar por mí —dice besándome.
—Siento haberte hecho daño, sabía que pasaría. Tenía que haber dejado esto mucho antes. Es mi culpa, siempre es mi culpa.
No puedo parar de llorar y culparme por su dolor. Él no me culpa e intenta calmarme. Nos besamos con cariño y nos dormimos abrazados. A la mañana siguiente, despertamos juntos y decidimos dejar de vernos un tiempo. Alex no quiere involucrarse más conmigo y lo entiendo. A pesar de todo, ninguno de los dos nos arrepentimos de haber estado juntos, para no estar solos. Creo que para mí ha sido una experiencia sanadora, que me ha hecho ser mejor.



Ha pasado un tiempo después de lo de Alex y, aunque le echo de menos, sé que es mejor estar sola para poder lograr el equilibrio que necesito. El padre de Liam y yo hemos tenido bastante contacto desde la carrera. Me envía algunas fotos de su hijo y me cuenta

cosas sobre él. Nos hemos visto un par de veces desde entonces, porque ha venido a hacer negocios con algunos amigos del veterano, para llevar sus motos a restaurar. Esa carrera resultó ser muy beneficiosa para él y me alegro mucho. Hoy es el día, en el que me voy oficialmente de casa de mis padres, para vivir sola en mi lugar del mundo, que ya está todo a mi gusto. Les he invitado a ellos y a mi hermano para cenar juntos aquí y estrenar mi nuevo horno de leña, donde haremos unas pizzas y unos panes. Disfrutamos de una cena muy buena, preparada por las increíbles manos de mis padres, quienes han horneado unas pizzas deliciosas y el pan les ha quedado riquísimo, crujiente y esponjoso. Ya se han ido y yo me quedo un rato tomando una copa de vino y mirando las estrellas sentada en mi zona chillout. De pronto, recibo una llamada de Allen.
—Hola Allen, ¿Qué pasa? —pregunto extrañada por la hora.
—Hola. Hace un rato, Alex ha llamado a Liam desesperado para que fuera a ayudarle. Después he recibido una llamada muy extraña de mi hijo, que me ha dejado preocupado. Estoy intentando llamarles a ambos, pero no me lo cogen.
—¿Te dijo Liam dónde iba? —pregunto preocupada.
—No, Alex le mandó una ubicación.
—¿La tienes?
—Sí, me la mandó antes de irse. Te he llamado, porque quizá te cojan el teléfono a ti. Yo estoy yendo de camino hacia allí. Te la mando y me dices si conoces el lugar.
Enseguida me llega la ubicación y es una antigua fábrica de cemento que lleva abandonada mucho tiempo. Noto una sensación extraña y siento que algo malo está sucediendo. Decido llamar a mis amigos y nos dirigimos sin pensarlo a ese lugar. Al llegar allí, aparcamos las motos a varios metros de la zona y caminamos hasta la fábrica. De pronto vemos salir a varios tipos y a Liam y Alex, a los que dan un empujón que les hace caer al suelo. Hay varios que van con navajas y bates de béisbol.
—Joder, ¿esos no son los estafadores de Cantabria? —dice Aitor al verlos.
—Algunos de ellos sí, otros no los había visto. Pero está claro que esos dos están jodidos, tenemos que ayudarles —contesta Luis.

—Son muchos —digo muy preocupada.
—A ver, vamos a tranquilizarnos y pensar un plan que les distraiga y así podamos sacarlos de ahí —responde Aitor.
—¿Y si llamamos al veterano y sus chicos? —pregunta Luis —. Les distraemos mientras llegan y que ellos se encarguen.
—El padre de Liam estará a punto de llegar; voy a decirle que les llame él —digo cogiendo mi móvil.
Llamo a Allen y él decide llamar al veterano para que nos ayude a salir de esta. Mientras Luis y Aitor idean la forma de distraerlos, veo cómo uno de esos tíos le pega un puñetazo a Liam y después a Alex. Entonces un impulso muy potente dentro de mí me hace correr hasta mi moto e ir a toda velocidad contra esos tíos. Justo antes de echarme encima de ellos, freno y pongo mi moto de lado para empujar a algunos y hacer que se caigan al suelo. Me incorporo lo más rápido que puedo y me pongo a dar vueltas, intentando dispersarlos. En un momento, veo cómo mis amigos llegan con sus motos e intentan sacar a Liam y Alex de ahí, pero esos tipos logran tirarles. Cuando les veo en el suelo, acelero y voy de nuevo a toda velocidad contra ellos, pero una moto me intercepta y caigo, rodando por el suelo. Nos reúnen a todos. Me tienen agarrada entre varios y uno me quita el casco. Al verme, Liam y Alex se lanzan contra los tipos que me retienen, pero estos les dan una patada y los tiran de nuevo al suelo. Se me acerca el líder de la banda, me agarra la cara y me lame, riéndose. Intento escapar con todas mis fuerzas, pero no puedo. Después se divierte desabrochándome la chaqueta y tocando mis pechos. Mis amigos, Liam y Alex, intentan escapar y salvarme, pero no lo consiguen. Ese tipo dice que todos ellos van a violarme allí mismo y que mis amigos no podrán hacer nada para impedirlo. Se divierte viéndoles luchar y caer una y otra vez. Liam me mira y puedo ver una ira en sus ojos, que nunca había visto. Yo solo intento calmarme y calmar a ese tipo.
—Podemos solucionar esto, ¿vale? Quedaos con todas nuestras motos y dejadnos ir, ¿eh? Solo la mía cuesta más de treinta mil.
—Uh. Miradla. Intentando salvar a estos perdedores. Guapa, no te preocupes, pronto estarás con hombres de verdad.
—¡No la vas a tocar, hijo de puta! —grita Liam dando un cabezazo a

uno de los que le retiene.
Dos tipos le pegan de nuevo. Estoy totalmente desesperada, cuando escuchamos varios motores rugir acercándose a nosotros. Esos tipos se ponen nerviosos y nos arrastran a todos al interior de la fábrica de cemento. A mí me llevan entre cinco y me apartan de los demás. Uno me tapa la boca y los otros me inmovilizan totalmente. De pronto, escucho la voz del veterano.
—Será mejor que salgáis o tendremos que sacaros a la fuerza.
Los tipos se ponen aún más nerviosos y el líder manda a varios a ver cuántos son los que han llegado. Regresan y le dicen que no han podido ni contarlos a todos. Son muchos. Entonces el líder me arrastra con él y me muestra al veterano y los suyos.
—Si intentáis entrar, la tiro al vacío —dice mientras me empuja un poco.
—Si lo haces no saldrás vivo de aquí y lo sabes. Si te largas con tus chicos ahora, prometo que os dejaremos marchar sin haceros daño —contesta el veterano, mientras los demás guardan silencio.
Ese tío está de los nervios y va de un lado a otro sin saber qué hacer.
—Tenéis treinta segundos para salir o entraremos a por vosotros —vuelve a advertir el veterano.
El líder ordena a los tipos que dejen inconscientes a los chicos y a mí me arrastran con ellos hasta la salida, me tapan la boca, me ponen un casco y me llevan camuflada entre varios para que no me vean. Salen todos corriendo de la fábrica llevándome con ellos y les dicen que nos han dejado a todos dentro atados. Me montan en la moto del líder y me atan las manos a la espalda para que no pueda escaparme. Él lleva la cuerda agarrada mientras conduce y yo hago un esfuerzo inmenso y, con todas mis fuerzas, logro tirarme de la moto junto con él. Ambos caemos al suelo y, cuando estamos ahí, le doy con el casco y logro que suelte mi cuerda. Me levanto, salgo corriendo en dirección a la fábrica y, por suerte, uno de los chicos del veterano me ve y me coge en brazos antes de caer al suelo agotada. Mientras me lleva, veo cómo muchos de ellos aceleran sus motos y van tras los tipos. El veterano me quita el casco y me mira con preocupación.

—¿Estás bien?
—Sí, ¿dónde están los demás? —pregunto con la voz entrecortada.
—Tranquila, están bien. Esos cabrones lo van a pagar.
Al rato, llega el padre de Liam y le da las gracias al veterano por habernos ayudado. Liam, cuando me ve, me abraza tan fuerte que no me deja ni respirar.
—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —pregunta mirándome por todas partes.
—No, no me han hecho nada. ¿Cómo estás tú, mi amor?
—Dolorido, pero bien. ¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho? Podrían haberte hecho mucho daño, maldita sea —vuelve a abrazarme.
—Tenía que hacer algo para sacaros de ahí —contesto sonriendo.
—Estás loca, Valeria —dice justo antes de besarme apasionadamente.
El veterano y sus chicos comienzan a hablar y eso interrumpe nuestro momento.
—Bueno, os dije que os dejaría marchar si no hacíais nada a mi gente y no habéis cumplido, así que mucho me temo que no os podemos dejar ir en paz —dice agitando un bate de metal.
—Eh, venga, solo estábamos de broma. Íbamos a dejarla en la carretera y marcharnos —dice el líder muy nervioso.
—Que hable la chica —dice el veterano, llevándome ante ese tipo.
—Me llevaban atada y tuve que tirarme de la moto. Además, alardeó de que me violarían entre todos delante de mis amigos.
—¿Con que esas tenemos, pichafloja? ¿Queríais violar a una mujer indefensa, eh?
—No, venga, tío. Todo era una broma, solo nos estábamos divirtiendo.
—¿Quieres hacerlo tú? —me dice el veterano, ofreciéndome el bate.
Yo lo cojo, me acerco al pichafloja y le doy un buen golpe en sus partes.
—Para que aprendas a respetar a las mujeres, cabrón —digo mientras el tipo grita de dolor.
Ahora me acerco a sus motos y me pongo a darles golpes sin parar, llena de rabia.

—La chica ha decidido perdonaros la vida, pero no os llevaréis vuestras motos de aquí —dice el veterano, mientras observa cómo yo y varios de sus chicos las hacemos polvo.
Busco a Alex para ver cómo está y le encuentro sentado en el suelo, junto al padre de Liam. Él nos deja un momento solos para hablar.
—Lo siento muchísimo, Valeria —dice sin poder mirarme.
—Alex, o cambias o acabarás muerto. Por favor, cambia —digo antes de marcharme.
Algunos moteros han prendido fuego a las motos de esos tipos y el veterano les da una advertencia, para que no vuelvan a pisar Asturias. Al fin, nos vamos de allí. Luis, Aitor y yo nos vamos a su casa, porque quiero cuidar de ellos. Liam nos acompaña. Su padre se quedará en la casa del veterano y regresarán a Lugo por la mañana. Cuando llegamos, Aitor y Luis se dan una ducha, mientras hago algo de cena. Liam descansa en el sofá. Cenamos todos casi en silencio y mis amigos se suben al piso de arriba a descansar. Liam y yo nos quedamos solos en el salón.
—Te acompaño a la cama, yo me quedaré en el sofá —digo mientras me levanto.
—Valeria, duerme conmigo, por favor —me pide Liam.
—Debes descansar. Será mejor que duermas solo.
—Por favor, solo quiero sentirte a mi lado —insiste mirándome con sus ojos turquesa.
No puedo resistirme a su mirada triste.
—Está bien. Vamos —contesto ayudándole a levantarse.
Nos quitamos la ropa, mirándonos el uno al otro; no somos capaces de apartar la vista, por más que lo intentamos. Nos metemos en la cama y nuestros ojos se encuentran de nuevo. No decimos nada, simplemente nos miramos con ternura y amor. Odio ser yo la que tenga que romper ese momento, pero él debe descansar un poco.
—Descansa, Liam —digo intentándome dar la vuelta.
—Vuelvo a ser Liam. ¿Ya no me llamas, mi amor? —pregunta con su mirada triste.
—¿Quieres que te llame así?
—Llámame como quieras. Solo quiero estar en tu boca, mi vida.
—¿Después de semejante paliza? ¿Aún tienes ganas de ponerte

tierno? —contesto entre risas.
—Alex me dijo que ya no tenéis nada —dice de pronto.
—Así es.
—¿Por qué?
—Porque solo era un parche, Liam. Sabes que a quien amo es a ti.
—Dices que me amas y, sin embargo, pasa el tiempo y no regresas a mi lado, ¿por qué? ¿Qué necesitas? Quiero ayudarte, Valeria, de verdad que quiero hacerlo.
Le acaricio suavemente la cara magullada por los golpes y mis ojos se llenan de lágrimas, que retengo ahí.
—Porque una parte de mí se quedó en ese río y otra sobrevivió, pero ella no te merece.
—Yo os quiero a ambas —me dice tiernamente.
—Lo sé. Me lo has demostrado una y otra vez. Pero no se trata de ti, sino de mí y del hecho de que no puedo seguir viviendo dividida y enfrentada conmigo misma. He descubierto la verdad y estoy intentando unir las piezas para ser la Valeria que mereces y que es capaz de hacerte feliz, amarte y no traicionarte, pase lo que pase.
—Está bien. Quiero contarte algo...
—Si es sobre que estás acostándote con otras mujeres, tranquilo. Lo sé desde hace tiempo y todo está bien —le interrumpo.
—¿No te importa? —pregunta confuso.
—No es que no me importe, pero no puedo exigirte nada. Es suficiente saber que me amas.
—¿No tienes miedo de que pueda enamorarme de alguna de ellas?
—Claro que lo tengo, pero si llega a pasar, lo aceptaré e intentaré olvidarte —contesto con tristeza.
—¿Es cierto lo que me dijo Alex, de que me veías a mí mientras os acostábais? —pregunta mirándome fijamente.
—Es cierto. Él y yo dejamos muy claro desde el principio que sólo estaríamos juntos para no estar solos, pero ambos seguimos acostándonos con otras personas igualmente. Pensé que quizá lograría cambiar estando con él y sanar lo que estaba mal en mí.
—¿Y qué ha cambiado? ¿Por quésolo estaríamos le dejaste?
—Algo comenzó a cambiar en mi interior cuando un día me dio una especie de ansiedad y angustia. Necesitaba verte y hablar contigo,

así que fui a tu taller, pero te vi salir con una mujer y os seguí hasta el cine. Me derrumbé al pensar que ya me habías olvidado. Entonces tu padre llegó, tuvimos una charla sincera y me ayudó a estar bien, cuando me contó que estabas siguiendo un consejo suyo de experimentar y vivir cosas, mientras me esperabas.
Liam y yo seguimos charlando toda la noche. Nos abrimos por completo el uno al otro, nos sinceramos y volamos por los aires, todas las defensas y muros que nos habíamos puesto. Cuando amaneció, yo me fui a la cocina a preparar el desayuno para todos. Liam se subió arriba a darse una ducha, como Aitor le sugirió. Los chicos y yo comenzamos a comer las tostadas y tomar el café. Como Liam no bajaba, subí a ver si estaba bien y le escuché hablar por teléfono muy cabreado.
—Escúchame, no quiero que te vuelvas a acercar a ella. Tampoco quiero volver a verte ni hablar contigo. Casi haces que nos maten y la violen. ¿Es que no ves lo mierda que eres? Déjanos en paz. No vas a cambiar nunca, así que olvídanos de una puta vez y púdrete tú solo.
Liam está lleno de rabia y dolor. Tira su móvil contra la cama y da un puñetazo en la almohada. Yo me acerco por detrás y le abrazo, logrando que se calme.
—Tengo que volver con mi padre, pero esta vez, quiero que sigamos hablando, ¿de acuerdo? Promételo —me dice mirándome fijamente, con ese aura de seguridad que tiene ahora.
—Te lo prometo —contesto dibujando una cruz en mi pecho.
—Y otra cosa. Quiero que se acabe el sexo con otros. A partir de ahora, ambos nos respetaremos y, si en algún momento tenemos la tentación, nos llamaremos y lo hablaremos. ¿Me lo prometes? Yo te lo prometo.
—Te lo prometo —repito de nuevo.
—Tengo que irme ya. —Te amo, Valeria —dice besándome dulcemente.
—Yo también te amo.



Después de ese día horrible, no he vuelto a saber nada más de Alex. Se fue de esa casa y ha desaparecido por completo de mi vida. Aitor y Luis tampoco saben nada. Liam y yo estamos muy bien. Todo el tiempo libre lo dedica para charlar conmigo; nos mandamos mensajes y hacemos videollamas cada día, para mantenernos unidos, aunque separados físicamente. Decidimos darnos tiempo de conocernos bien y que yo termine con mi proceso de sanación. Él y su padre, ahora tienen mucho más trabajo, así que, Liam vendrá a Asturias para abrir un nuevo taller y así, poder atender a todos los moteros a los que el veterano recomienda. Allen está viéndose con una mujer que llegó al taller por el veterano, para restaurar una moto antigua de su padre, y les va muy bien. Mis amigos y yo seguimos con las carreras, porque ahora son más limpias que nunca, desde que decidimos sacar a la escoria del circuito. Estoy más unida que nunca al veterano y su mujer, desde que nos ayudaron ese día en la fábrica de cemento, y voy a menudo a sus reuniones del club y a su casa. Me pidió ser parte de su club y yo acepté. Se me hace algo difícil resistirme a tanto motero atractivo coqueteando conmigo, pero cada vez que deseo acostarme con alguno de ellos, pienso en Liam y miro sus fotos en mi móvil. Soy capaz de controlarme. El veterano y yo hemos decidido invertir en un terreno juntos, para crear un club de moteros de lujo. Tendrá instalaciones para que los miembros se entretengan y se diviertan allí. También piscina, restaurante y otras cosas. Será una especie de club de campo pijo

para moteros. A su mujer le encantó la idea y desde entonces, no para de darnos sugerencias de cosas que podríamos hacer allí. Es un proyecto de futuro, pero me ilusiona la idea de que algo así exista y que sea parte de ello.
Los chicos y yo, nos vamos mañana a un viaje de negocios, porque uno de los clientes de Aitor, ha ganado mucho dinero gracias a él y nos ha invitado a su casa en ibiza. Estaremos unos días, disfrutando de las playas y el clima cálido de allí. Aitor aprovechará para conocer a otros clientes y Luis y yo, para disfrutar a lo grande. Llevo bastante tiempo sin tener sexo vacío y sin sentido y, aunque el deseo de lo nuevo y lo emocionante sigue muy latente en mí, quiero que cuando haga el amor con Liam, sea muy especial para ambos. Él sigue cambiado; ahora es mucho más fuerte y seguro de sí mismo que antes. Tiene las cosas muy claras y confia en mi amor por él. Me gusta áun más que antes esta nueva versión y estoy deseando comenzar mi vida junto a él.
Casi perdemos el vuelo porque Aitor se quedó dormido. Pero al fin estamos en el avión, rumbo a Ibiza. Nos hemos quedado dormidos todos y ni nos hemos enterado del viaje de un par de horas. Ya estamos en tierra. Nos viene a buscar un coche para llevarnos a casa de ese hombre. Nos sentimos como estrellas de cine ahora mismo. Tras unos minutos, llegamos a la casa y es una mansión, con su pequeña playa propia, una piscina enorme y muchas habitaciones. Nos recibe alguien del servicio y nos indica nuestras habitaciones. El hombre misterioso no estará hoy con nosotros, porque está de viaje. Tenemos toda la casa para disfrutar. Lo primero que hacemos es lanzarnos a la piscina. Envío un mensaje a Liam para decirle que he llegado bien y le mando un selfie con los chicos. Por la tarde, cuando termina el trabajo, me hace una videollamada.
—Hola preciosa, ¿Qué tal la vida ibicenca? —pregunta sonriendo. —Hola guapo. De momento genial.
—Estás toda mojada.
—Sí, acabo de ducharme tras todo el día en la piscina.
—Lo que daría por ver ese cuerpo en la ducha —dice mordiéndose el labio inferior, de forma muy sensual.
—Yo también te he imaginado varias veces así, mi amor.

—Me encanta que me llames así.
—Lo sé, por eso lo hago.
—¿Qué tal el dueño de la casa, es majo? —pregunta, cambiando de tema.
—Aún no lo sé. Está de viaje, así que ya le conoceré cuando regrese.
—Vale, ya me contarás.
—¿Qué tal tu día? ¿Mucho trabajo?
—Sí, ahora siempre estamos hasta arriba, ya sabes. Pronto abriré el taller en Asturias, para poder dar a basto. Hablando de eso...
—Ya sé lo que vas a decir —digo sentándome sobre la cama.
—No sé si podré aguantar sin verte en persona, estando en el mismo sitio Valeria.
—Lo sé. Mi casa tiene cuatro habitaciones, así que hay espacio de sobra para los dos.
—Jajaja. ¿De verdad piensas que me quedaré en mi habitación y no iré a la tuya para hacerte el amor cada noche?
—No, no lo creo —contesto riéndome.
—Ya lo solucionaremos cuando suceda.
—Sí.
—Dejo que te vistas, que te vas a quedar fría, preciosa. Mañana te llamo de nuevo. Te amo.
—Yo también te amo —me despido dando un beso a la pantalla.
Al día siguiente, los chicos y yo nos vamos a la playa por la mañana para disfrutar de las motos acuáticas que alquilan ahí. Después de unas carreritas, nos quedamos tomando el sol un rato. Ellos se van a un chiringuito para tomar algo y yo voy a refrescarme un poco para luego, seguir bronceándome, mientras el sol no está tan ardiente.
Cuando estoy metida en el agua, alguien me golpea por la espalda.
—Per... Perdona —dice un chico.
Él me mira para disculparse, pero enseguida mira a otro lado.
—Está bien, pero ten cuidado, me has dado un buen golpe —contesto algo seria.
El chico se vuelve a disculpar. Es un chico de unos veinte años, muy delgado pero guapo. Se nota su inseguridad a distancia. Creo que nunca se ha visto en una situación así, con una mujer. Sigue sin poder mirarme. Siento que es muy tímido o que yo le hago estar

cortado, así que, decido divertirme un poco y me desabrocho el sujetador del biquini.
—Creo que con el golpe se me ha roto el cierre del biquini. ¿Me ayudas? —digo de forma muy sensual.
—Co... ¿Cómo?
Le señalo el cierre con mi mano. El chico se acerca e intenta no tocarme mientras coge el cierre para abrocharlo de nuevo, aunque no lo consigue, porque se pone muy nervioso. De repente, llega otro tío.
—Yo lo hago, esto es para hombres —dice apartando al chico.
Ese tipo me cierra el biquini sin problema alguno. Veo cómo el chico se está alejando y decido ir tras él. Pero el típo me lo impide, cogiéndome del biquini.
—¡Quítame las manos de encima, estúpido! —me libero enseguida.
—Tranquila, sólo te he ayudado. Que desagradecida eres —dice mientras me alejo.
Alcanzo al chico tímido y le cojo de la mano para detenerle.
—Ey, chico, ¿estás bien?
—Sí. El que te he dado el golpe he sido yo —responde extrañado por mi pregunta.
—Lo digo por lo de ese estúpido.
—Él solo ha hecho lo que yo no podía —vuelve a responder extrañado.
—Ya bueno, ni siquiera te ha dejado intentarlo. Soy Valeria, ¿y tú?
—Alberto.
—Encantada, Alberto.
—Oye, perdona. Pe...pero ¿porqué sigues hablándome? — pregunta con mucha inseguridad.
—¿No puedo? —contesto acercándome un poco más.
—Es que me parece raro, eso es todo —dice mirando al agua y tocándose la nuca.
—¿Te gustaría charlar un rato?
—Es... Es que tengo que volver con mis amigos —dice señalando a varios chicos que están mirándonos sin creer lo que está pasando.
—Está bien, ya no te molesto más. Sólo te voy a decir algo Alberto. Aunque ahora no lo veas, eres muy guapo y pareces un buen chico.

Quiero que empieces ha hacer ejercicio todos los días y te mires en el espejo para ver lo guapo que eres, hasta que te lo creas. ¿De acuerdo?
—Gracias, pero no...
Le interrumpo dándole un dulce beso en los labios, para que me recuerde al menos. Se le pone toda la cara roja instantáneamente y vuelve a mirar al agua sin decir nada.
—Espero que así me recuerdes a mí y las palabras que te he dicho. Cuídate y no dejes que nadie te haga de menos —digo mientras me alejo y me dirijo a mi toalla.
Me tumbo sobre ella y me siento bien por haber ayudado a ese chico tímido, que sólo necesitaba un pequeño empujón de autoestima para ser el buen hombre que será algún día, o eso espero. Llegan mis amigos y me piden que les consiga a unas tías que han visto en el chiringuito y ahora están en el agua con su grupo de amigas. Se ponen bastante pesados, así que decido ir a intentarlo. Las chicas me reciben un poco cortantes, pero les hablo de mis amigos y enseguida se ponen más amistosas conmigo. Las que les interesan no quieren nada con ellos, pero otras dos de sus amigas quieren conocerles, así que las acompaño hasta ellos y me voy ahora yo al chiringuito a tomar algo fresco, mientras veo cómo los chicos ligan. Me hace gracia ver cómo son tan diferentes. Mientras Aitor es muy lanzado y se tira al cuello de las mujeres enseguida, Luis charla con ellas durante horas y las seduce con su gran personalidad. Ambos son geniales y soy feliz por tenerlos en mi vida y haber crecido con ellos. Son los mejores amigos del mundo. A medio día, regresamos a casa, porque el sol está demasido potente y eso nos molesta bastante, acostumbrados a un clima más frío. La empleada, nos hace una comida realmente deliciosa. Yo, tras eso, me voy a mi habitación para estar un rato a solas y darme una ducha. Después me quedo tan relajada, que me duermo. Al despertar miro por la ventana de mi habitación y hay un hombre hablando por teléfono en el jardín, cerca de la piscina. Me fijo y es bastante guapo. Su piel está muy bronceada por el sol, tiene bastantes tatuajes y parece tener más de cuarenta años. Va vestido con pantalones y camisa blancos. De repente, mira hacia arriba. Yo me escondo rápidamente

y me pego a la pared, para no parecer una pervertida mirona. En ese momento, me sobresalto con el sonido de mi móvil. Es Liam. Hacemos nuestra videollamada de rutina y cuando termina, decido quedarme en la habitación. Después de un rato, alguien llama a mi puerta. Cuando abro, para mi sorpresa, es el mismo hombre del jardín.
—Hola. Espero que esta vez no te escondas —dice ese hombre muy sonriente.
—Hola. Parece que me pillaste, jajaja. Soy Valeria —contesto dándole la mano.
—Encantado Valeria. Yo soy Marco. Disculpa por subir así a tu cuarto, es que estamos todos abajo y me preguntaba si querías tomar algo con nosotros.
—Tranquilo, es tu casa. Sí, es que estaba en una videollamada. Vamos.
Nos dirijimos escaleras abajo y en el salón, están algunos hombres más desconocidos y mis dos amigos. Cuando llego allí, esos hombres me saludan besándome la mano y miran a Marco sonriéndole mucho. Me siento en el sofá junto a mis amigos y alguien del servicio me trae una bebida muy rica, que lleva arándanos. Todos se ponen a charlar, sobre dinero, inversiones y coches. Yo me limito a asentir de vez en cuando con la cabeza y a sonreír. Me siento como la típica mujer florero de un magnate. Es lo más aburrido del mundo para mí, pero de repente, Aitor saca el tema de las motos y capta mi atención. Habla de las carreras en las que participamos y esos hombres se quedan bastante impresionados al comprobar que se mueva tanto dinero en ese mundillo. Preguntan cómo podrían participar como inversores en eso y respondo yo, dando mis ideas.
—Es fácil. Compras una moto muy potente y que participe con ella un buen conductor y vais al treinta-setenta. Es una inversión de riesgo, ¿pero para qué está la vida, sino para vivir emociones fuertes?
Todos se quedan unos segundos en silencio y Marco, dice algo en italiano.
—Questa ragazza sa di cosa parla.
Los otros hombres sonríen y asienten con la cabeza. Marco se dirige

a mi y habla de nuevo.
—Parece que tienes las cosas muy claras y sabes de lo que hablas —dice bebiendo de su copa.
—Soy una de las mejores conductoras y mi moto ya es bien conocida en ese circuito —digo presumiendo.
—Vaya. Una bella donna con tutto quel potere tra le gambe, sembra interessante —vuelve a contestar en italiano.
Sus amigos vuelven a asentir con la cabeza y sonreír. Me está cabreando no saber que es lo que dice Marco y porque los otros le dan la razón. Pero evito hablar más y bebo de mi copa.
—Dinos Valeria, ¿qué se siente llevando toda esa potencia?
—Te sientes más vivo que nunca—digo tajante.
—Debe ser muy emocionante vivir así chicos, sin duda. ¡Brindo por eso! —dice alzando su copa mirándome fijamente y moviendo la cabeza.
Después de eso, vuelven a la charla aburrida de antes y yo bebo una copa tras otra, para soportarlo y no quedar mal ante Aitor. Al fin, se van esos hombres y Marco nos invita a cenar fuera. Yo pongo la excusa de que beber tanto me ha puesto dolor de cabeza y me quedo en la casa. Ceno algo de lo que hay en la nevera y espero la videollamada de mi hombre favorito del mundo. Esas videollamadas se han convertido en una rutina muy deseada y agradable para mí. Sólo nos contamos que tal nos ha ido el día, pero así nos sentimos más cerca el uno del otro. Mientras estoy en el jardín, viendo el cielo estrellado, Liam llama.
—Hola,mí amor. ¿Qué tal tu día? —pregunto muy efusiva.
—Hola preciosa. Ya sabes, currando mucho. ¿Y el tuyo? Seguro que más interesante.
—Bueno, ha sido divertido y aburrido a la vez.
—Cuenta.
—Por la mañana, hemos estado en la playa y mientras estaba en el agua un chico me ha dado un golpe en la espalda sin querer, asi que me ha salido la Valeria traviesa y he hecho algo.
—¿Valeria? —dice Liam, con un gesto muy serio en la cara.
—Tranquilo amor. Es que era un chico muy tímido pero muy guapo y he querido darle un poco de autoestima, eso es todo.

—¿Qué has hecho? Ahora tengo curiosidad.
—Verás, cuando me ha dado el golpe y le he visto disculparse tartamudeando y sin poder mirarme, he fingido que se me había desabrochado el sujetador del bikini y le he pedido que me ayudara. El pobre chico no atinaba de lo nervioso que estaba, así que ha llegado un tío y lo ha hecho por él humillándole. Eso me ha cabreado, así que como el chico se había largado de allí, decidí ir tras él y darle el empujoncito.
—¿Cómo se lo has dado exactamente?
—Bueno... yo...
—¿Valeria? Suéltalo —dice muy serio.
—Está bien. Le he dado un beso y un consejo. Nada más, te lo juro.
—¿Cómo ha sido ese beso?
—Muy dulce, en plan de madre a hijo, pero en los labios. De verdad.
—Jajaja. Valeria, has sido una chica mala y voy a tener que castigarte cuando te vea —dice poniendo su voz sensual y su preciosa sonrisa.
—Estoy deseando que me castigues mi amor —contesto mordiéndome el labio inferior muy sensualmente.
—Joder, me has puesto a mil. Pero no quiero hacerlo así, por videollamada, así que volvamos a hablar normal, por favor.
—Está bien.
—¿Por la tarde que has hecho?
—Pues eso ha sido la parte aburrida. He conocido al dueño de la casa, que se llama Marco y es italiano. También he estado en una especie de reunión con otros tipos inversores y muy aburridos. Me he sentido como una mujer trofeo y poco más. Ese ha sido todo mi día.
—No ha estado del todo mal. Al menos estás disfrutando de Ibiza, mientras yo aquí, poniéndome de grasa hasta el culo todos los días, jajaja.
—¿Sabes? Una vez tuve un sueño contigo todo lleno de grasa de motor y...
—Uf, cariño. No me cuentes más por favor, o voy a tener que ir cuando vuelvas para hacerte un buen mantenimiento.
—Ahora el que has puesto a mil eres tú, jajaja.

Ambos nos reímos y disfrutamos de nuestra videollamada. Después, me voy a mi habitación y me meto en la cama, para soñar con mi atractivo hombre.
Al despertar por la mañana, la luz que entra por la ventana, contrae mis pupilas. Me cuesta salir de la cama, porque he dormido demasiadas horas. Cuando voy al baño y me miro en el espejo, me veo muy hinchada, así que me lavo varias veces con agrua fría. Me visto con lo primero que veo en mi maleta y bajo las escaleras. La casa está en silencio y pregunto a la mujer del servicio por mis amigos. Me dice que se han ido todos temprano y no sabe cuando volverán. Aprovecho para irme sola a caminar por la zona y desayuno en una cafetería, mientras veo el mar. Luego, camino durante varias horas y me compro algunas cosas por el camino. Cuando llego a la casa, ya están Marco y mis amigos.
—Buongiorno bella addormentata —me saluda Marco.
—Con todo respeto, Marco. No entiendo nada de lo que dices y eso me frustra —digo sinceramente.
—Una mujer con carácter y que no teme decir lo que piensa. Eso me gusta —contesta mientras se va a la planta de arriba.
Saludo a los chicos y también subo las escaleras, para dejar las bolsas en mi habitación. Mientras coloco las cosas en el armario, llaman a la puerta.
—Valeria, ¿puedo? —pregunta Marco, pidiéndome permiso para entrar.
—Adelante.
—Verás. Resulta que tu belleza cautivó a mis amigos y no paran de preguntar por tí, ¿sabes?
—Y —contesto bastante cortante.
—Bueno, vengo para ver si aceptarías ayudarme, siendo mi acompañante para esta noche. Es una gala benéfica a la que tengo que asistir.
—Creo que...
—Aspetta, aspetta. Antes de que digas que no, me gustaría ofrecerte un trato, ya que eres una mujer de negocios.
Le miro por unos segundos y me intriga lo que tiene que contar, así que le dejo continuar.

—Te escucho, Marco.
—A cambio de que vengas como mi acompañante y sólo acompañante, que eso quede claro, te daré una joya muy cara.
—Las joyas no me interesan, ¿tienes algo más que ofrecerme?
—¿Dinero?
—Tengo bastante, ahora mismo. ¿Qué más me ofreces?
—Está bien, Valeria —dice pensativo—. Quizá algo relacionado con las motos, supongo. ¿Qué moto tienes actualmente?
—Una Honda triple r Fireblade.
Se pone a buscar en su móvil algo.
—Troppo. Veo que ya tienes una moto muy cara, no voy a competir contra eso. —Creo que me quedo sin acompañante esta noche —dice algo abatido.
—Seguro que en tu agenda tendrás muchos números de mujeres con las que ir a esa gala.
—Jajaja. ¿Eso crees? No soy ese tipo de hombres Valeria. Soy muy tradicional —contesta algo molesto.
—Pero eres rico y eso te asegura tener todas las mujeres que quieras Marco —le replico.
—Eso no es cierto. Tú me acabas de rechazar. Por lo que mi dinero, no me asegura nada de nada.
Creo que Marco me acaba de dar una buena lección de vida. No puedo revatirle.
—Está bien Marco. Tú ganas por esta vez. Te acompañaré esta noche, pero si se me hace demasiado aburrido, pondré una excusa y me largaré, ¿entendido?
Marco asiente con la cabeza y sonríe.
—¿Tienes algo elegante en esa maleta?
—No lo creo.
—Esta bien, ven conmigo —dice haciendo que le siga.
Recorremos el pasillo y entramos a una habitación enorme y muy bonita. Me lleva a un gran vestidor, donde hay muchas prendas de ropa y joyas, perfumes y todo tipo de zapatos y complementos.
—Elige lo que quieras, no te cortes.
—¿De quién es todo esto? —pregunto recorriendo las hermosas prendas con la mirada.

—De mi esposa. Falleció hace unos años y no pude deshacerme de sus cosas, así que las traje a esta casa.
—Lo... siento, Marco.
—Non ti preoccupare, bella —contesta con un tono de voz muy dulce.
Me siento muy mal. Yo juzgándole como si fuera lo peor y me encuentro con esta historia. No debería volver a juzgar a nadie así, nunca se sabe que historia hay detrás de cada persona. Marco se va y cierra la puerta de esa habitación. Me quedo bastante triste, pero decido buscar algo apropiado para estar a la altura de la ocasión. Tras más de media hora, probándome ropa, al fin encuentro algo con lo que me siento bien y lo cojo. También unas joyas, un bolso y unos zapatos. Antes de irme de esa habitación, veo varias fotografías de la esposa de Marco y no puedo evitar fijarme en lo bella que fue. Me lo llevo todo a mi habitación y lo dejo con cuidado sobre la cama. Al verlo todo junto, creo que ha sido la elección perfecta. Faltan varias horas para la gala, así que decido darme un baño en la piscina con mis amigos y Marco. Después de muchos chapuzones y de broncearme bajo el sol, subo a ducharme y comienzo a prepararme. Para cambiar un poco de aspecto y parecer una mujer más glamurosa, me hago unas hondas en mi pelo liso como una tabla y morado oscuro. Es perfecto para ser motera, pero no para lucir muy elegante que digamos. Veo un tutorial de cómo hacerme esas ondas y lo sigo al pie de la letra, quedando un buen resultado. Me maquillo con lo poco que me he traído en la maleta. Sólo tengo mis dos pinlabios favoritos, un rimel y un delineador, así que con eso, hago lo que puedo. Por suerte, mi piel luce bastante saludable y no tengo manchas, ni marcas de granos, ni cosas similares. Tras maquillarme, es hora vestirme con ese precioso vestido. Es un vestido de sirena en color champán, con incrustaciones de cristales, adornándolo. El escote es palabra de honor y está muy cerrado en la espalda, porque no quiero que se vean mis tatuajes. Ahora me pongo las joyas y los zapatos de tacón de aguja. Hace mucho tiempo que no camino con ese tipo de zapatos y espero no andar tropezando y cayéndome toda la noche. Antes de salir de mi cuarto, decido coger mi móvil y echarme una

foto en un espejo de cuerpo entero para mandársela a Liam y decirle que hoy no podré atender su videollamada y que le llamaré mañana. Cojo el bolso elegido y me dirijo hacia las escaleras. Desde arriba, veo a Marco y los chicos esperando a que baje. Me siento como la chica de una de esas películas americanas, donde baja por las escaleras para irse al baile de fin de curso. Bajo por los escalones con mucho cuidado y mirando mis pies todo el tiempo. De repente, escucho a mis amigos silbar, les miro y tropiezo un poco. Si no estuviera aferrada a esa barandilla como un koala a su árbol, me habría caido escaleras abajo. Por fin llego al pie de esa escalera infinita y Marco me coge la mano y la besa.
—Madonna mia, sei bellissima —dice Marco en italiano—. Estás bellísima Valeria.
—Gracias, Marco —contesto sonriéndole.
Los chicos me echan fotos con sus móviles, porque nunca me habían visto así vestida y quieren tener el recuerdo. Después de darles el gusto y dejar que hagan sus fotos, Marco y yo nos vamos. La invitación es sólo para él y su acompañante, así que los chicos se quedan en casa, por esta noche. Nos lleva su chófer al lugar y, cuando llegamos, me pide que espere a que el chófer me abra la puerta. Lo hago y Marco está esperándome para darme la mano y ayudarme a salir, como todo un caballero. Hay mucha gente y medios de comunicación en la entrada. Marco y yo, entramos directamente, sin detenernos. Él entrega la invitación y alguien de allí nos indica nuestra mesa. Al parecer, primero cenaremos y después comenzará la gala. Durante la cena, los hombres solo hablan de dinero, coches y relojes de lujo. En la mesa, hay algunas mujeres, aunque sólo una con la que puedo tener una conversación, porque es capaz de decir más de una frase seguida. Las otras mujeres son floreros de plástico. Esta mujer y yo charlamos todo el tiempo de nuestros gustos, aficiones y sueños. Es una tía interesante y muy agradable. Comienza la gala y nos dan una especie de palas de madera que no sé para que sirven y la mujer me explica que es para subirlas si quiero hacer alguna aportación a la causa. Dice que funciona igual que una puja. Yo sonrío, porque no creo que pueda usar esa pala ni en broma. Esta gente hará

donaciones millonarias y yo no estoy a su altura. De repente, Marco me dice algo al oído.
—Ya que no quieres mi dinero, ¿por qué no usas tu pala para donar y yo lo pagaré después? Para agradecerte que estés aquí esta noche. No habrá nada a cambio.
Sólo asiento con la cabeza. Espero a que haya una causa que me inspire de verdad y subo mi pala, de los primeros, porque no quiero que se gaste mucho dinero. Él, sin embargo, dona mucho dinero a todas las causas. Parece un hombre muy generoso. Termina la gala, ya de madrugada. Mientras volvemos a casa en el coche, Marco me dice lo impresionados que todos se han quedado con mi belleza natural. Nos reímos del hecho de que muchos de ellos han llevado barbies de plástico. Al llegar a la casa, me quito los zapatos en cuanto entro por la puerta y subo las escaleras junto a Marco. Ël me deja en la puerta de mi habitación y vuelve a besarme la mano.
—¿Puedo preguntarte algo personal? —dice un poco dudoso.
—Pregunta y ya veré si respondo o no.
—Va bene. ¿Hay algún hombre en tu vida ahora?
—Sí Marco, creo que es al amor de mi vida.
—Oh. Sono contento por ti Valeria. Me alegro, bellísima. No podía dejar pasar la ocasión de saber si estabas libre.
—¿Tú porqué estás libre? ¿La echas de menos?
—Sí, claro. Cada día. Pero yo no puedo estar con cualquiera después de ella, ¿comprendes? También fue el amor de mi vida — dice algo triste.
—Lo comprendo y deseo que encuentres a la mujer que te haga feliz Marco. Eres un hombre bueno y lo mereces.
—Grazie, bella —dice besándome la mano de nuevo, antes de irse a su cuarto.
Los dos días siguientes los pasamos disfrutando de la isla, de la comida y las hermosas playas. Los chicos y yo estamos divirtiéndonos como criós por aquí y Marco es un excelente anfitrión, que nos está permitiendo todos los lujos. Creo que podría acostumbrarme a esta vida, aunque la naturaleza de una montaña, siempre me ha gustado más que las playas. Hoy, vuelvo a hacer de acompañante para Marco. Me a pedido que vaya con él a una

especie de reunión y fiesta, en un yate de lujo. Como nunca he estado en uno, me hace ilusión ir. Me ha prometido que será una velada divertida y tienen motos de agua, así que, la pena es que los chicos no pueden ir a divertirse también.
Llegamos con el coche y cuando veo el yate, me parece enorme y tiene varios pisos. Hay mucha gente subiendo en él, así que parece que estará abarrotado. Marco y yo subimos y nos dirijimos a la parte de popa, para charlar con unos amigos suyos. Pasa una camarera con copas y cojo una. No sé que es lo que bebo, pero está delicioso. Mientras, Marco sigue saludando y charlando, yo busco la comida, porque tengo bastante hambre y allí, me encuentro a la misma mujer con la que estuve charlando en la gala benéfica. La saludo y nos quedamos juntas. Es una mujer muy amable e inteligente. La otra vez me contó que decidió dejar su carrera de ejecutiva para tener a sus hijos y ha sido muy feliz por ello. También que, desde que son mayores, volvió a trabajar para una marca de cosméticos coreana y esta muy contenta de haber vuelto al mundo laboral, ya que su marido trabaja mucho y también viaja bastante.
—¿Y qué hay de ti, Valeria? Tengo la sensación de que en la gala solo hablamos de mí. Cuéntame —dice Ana cogiendo algunos canapés de la mesa.
—Pues yo me dedico al mundo de las motos.
—Uhhh que emocionanate suena eso. Cuéntame más.
—Digamos que pruebo motos de alta potencia y las pongo al máximo —explico mientras doy el primer bocado.
—Genial. ¿A cuánto has llegado?
—A los cuatrocientos kilómetros por hora.
—¿En serio? Ni siquiera sabía que una moto pudiera ir tan rápido, jajaja.
—Pues las hay más rápidas.
—Guau —dice muy sorprendida.
—¿Cómo conociste a Marco? Tengo curiosidad.
—Por uno de mis amigos. El que le conoce es él realmente; yo apenas le acabo de conocer hace unos días. Vine acompañando a mis amigos, nada más.
—Ahhh —contesta dando un sorbo a su copa.

—Le estoy acompañando a estos eventos como un favor personal, pero no somos nada.
—Pues que pena, cuando os vi en la gala, pensé que hacíais una bonita pareja. Además como Marco lleva tanto tiempo solo, desde que su esposa falleció, me alegré pensando que al fin había encontrado a alguien.
—Sin duda es un hombre magnífico y se lo merece, pero yo ya estoy con alguien.
—¿Y es guapo tu chico? —pregunta curiosa.
—Sí, es guapisimo. ¿Quieres ver una foto? —digo cogiendo mi móvil del bolso.
—Claro que sí. A ver, a ver...
—Mira, creo que es el amor de mi vida —le digo enseñandole una foto de Liam.
—¡Guau! Es realmente guapo y qué músculos, chica. Si encima es bueno, lo tiene todo. Me alegro por ti —afirma dándome un golpecito en el codo.
—Sí, es muy bueno. La verdad es que es perfecto para mí.
Seguimos charlando muy a gusto juntas, mientras comemos y bebemos unos cócteles deliciosos. Me siento extrañamente encajando bien, en un ambiente tan distinto al mío. Tras un buen rato dando vueltas por todo el yate con Ana, nos encontramos con Marco y su marido.
—¿No te apetece conducir las motos de agua, Valeria? —pregunta Marco extrañado.
—Cierto. Hemos estado tan a gusto Ana y yo charlando, que se me ha olvidado por completo lo de las motos. ¿Alguien se viene conmigo? Aviso de que iré a toda velocidad.
Ana y su marido niegan con la cabeza y Marco sí se apunta a la aventura. Nos dirijimos hacia la popa del yate, que es donde están las motos. Cogemos los chalecos salvavidas y nos los ponemos. Nos montamos en ellas y arrancamos. Salimos lentamente de la zona cercana al yate y cuando ya estamos a unos metros, acelero al máximo, dejando a Marco atrás. Él me alcanza y corremos a toda velocidad, casi volando por encima del agua. Es una sensación muy parecida a cuando voy con mi moto, solo que esta se mueve mucho

más. Me encanta sentir el aire chocando contra mi cuerpo, eso me hace sentir muy viva. Estamos disfrutándo muchísimo cuando, de pronto, algo le da a mi moto y sale volando para un lado y yo para el contrario, cayendo desde muy alto y dándome un golpe muy fuerte en la cabeza, que me deja totalmente inconsciente.
—¡Valeria! —grita Marco al verme caer.
Enseguida llega hasta mí y recoge mi cuerpo del agua. Me deja sobre su moto y va al yate. Alguien ya ha llamado a emergencias y vienen en pocos minutos en un helicóptero. Nos recogen a Marco y a mí y nos llevan al hospital más cercano. Me meten en quirófano y estoy en coma. Me curan el golpe de la cabeza, parando la hemorragia, y me dejan en cuidados intensivos. Marco llama enseguida a los chicos y vienen al hospital. Aitor llama a mis padres, que llegan al día siguiente. Luis, coge mi móvil de entre mis cosas y llama a Liam con él, para contarle lo que ha pasado.
Paso varias semanas en coma y de repente, despierto. Cuando abro los ojos, la luz contrae mis pupilas y es muy molesta. Me cuesta mucho abrirlos del todo y no veo nítido. Noto que alguien está agarrándome la mano. Cuando al fin puedo ver claro, observo que es una señora mayor. Está dormida aferrada a mi mano y no puedo moverla, aunque lo intento. Ahora intento mover un pie y me cuesta un mundo hacerlo. *¿Qué está pasando?*, me pregunto. Intento hablar, pero no puedo y me estoy empezando a agobiar. *¿Dónde estoy?*, vuelvo a preguntarme. No sé que está pasando y no sé donde estoy. Me estoy poniendo muy nerviosa. Necesito calmarme un poco, así que me pongo a contar números en mi mente. Cuando me noto más calmada, intento ver dónde estoy. Parece la habitación de un hospital. Intento moverme de nuevo y esta vez, consigo mover un poco uno de mis dedos del pie. Ahora hago lo mismo con mi mano derecha, después con mi mano izquierda. Cuando la muevo de nuevo, esa señora despierta. Sonríe al verme la cara y coje una especie de mando pequeño que cuelga del techo y aprieta el botón varias veces. *¿Quién es ella y por qué está aquí?*, pregunto mentalmente.
A los pocos segundos, llegan varios sanitarios a la habitación y hacen salir a esa señora. Me tocan la cara, me abren los ojos y me

ponen una luz muy intensa delante de ellos, que me ciega. Otros me tocan los brazos y las piernas y noto algunos pinchazos en esa parte del cuerpo. Ahora uno empieza a decir un nombre todo el tiempo, mientras espera algúnh tipo de respuesta de mi parte. Eso me está confundiendo porque no sé que responder. Después de unos segundos, consigo hablar.
—¿Quién es Valeria? —pregunto muy confusa.
—¿No lo recuerdas? —me pregunta ese médico.
—¿Qué?
—Tu nombre. ¿Cuál es?
Me quedo pensando y no logro decir nada. *¿Un momento, cómo me llamo?*, pienso aterrada. Noto cómo mi corazón late muy rápido y me falta el aire. Tengo la boca muy seca, me tiemblan las manos y no sé que hacer. El médico nota mi nerviosismo e intenta tranquilizarme, haciendo que los demás salgan de la habitación y cogiéndome la mano. Ahora me pide que respire, lenta y profundamente. Yo lo intento, pero me cuesta mucho. Poco a poco, él me habla y me estoy calmando.
—Tranquila, todo está bien, tranquila.
Respiramos juntos y, al fin, mi cuerpo se relaja un poco. El médico sigue cogiéndome la mano y eso me hace sentir un poco más tranquila.
—Respira, muy bien, eso es, así —dice el médico haciendo las respiraciones conmigo—. Muy bien, sigue así. Está bien. ¿Puedes comenzar a mover partes de tu cuerpo?
Con esfuerzo, comienzo a moverme poco a poco.
—Vale, genial. Voy a salir un momento y quiero que te quedes tranquila, ¿vale? No te preocupes, todo está bien. Ahora vuelvo, voy a traerte agua.
Solo observo cómo el médico se va y yo sigo intentando moverme sin parar. De nuevo, viene esa pregunta a mi mente, *¿Cúal es mi nombre? ¿Porqué no soy capaz de recordarlo?*, me pregunto. Muchas preguntas más empiezan a agolparse en mi cabeza, lo que hace que comience a dolerme mucho. Ese médico está tardando mucho en llegar y me estoy haciendo pis. Al hacerme consciente de esa necesidad, de repente, noto algo en mi parte íntima y me pongo

nerviosa. En ese momento, viene al fin ese médico y me ayuda a incorporarme para darme agua. Yo le señalo con mi mano mis partes, mientras bebo.
—Eso es la sonda. Si tienes ganas de hacer pis, sólo hazlo, no te preocupes.

¿Qué me lo haga encima? Este médico está loco, pienso. Pero no aguanto más y lo hago. Es una sensación muy extraña, pero liberadora.

—Vale. Ahora va a pasar la señora de antes y quiero que la mires tranquilamente y me digas si sabes quién es, ¿ok? —me dice el médico muy calmado.

Esa señora entra en la habitación y se pone enfrente de la cama, mirándome, con los ojos irritados de haber llorado. La observo, pero no logro saber quién es.

—No sé quién es —afirmo con dificultad, porque me duele la garganta al hablar.
—Vale, no pasa nada. Tranquila. ¿Y tu nombre? ¿Lo recuerdas ahora?
Yo sólo niego con la cabeza, mientras veo cómo esa señora sale de la habitación llorando. El médico se va de nuevo y me quedo sola allí, mirando por la ventana y preguntándome una y otra vez, que es lo que ha pasado y porqué no recuerdo nada.



Pasan unos días y sigo en ese hospital. Nadie viene a verme en ese tiempo, así que comienzo a pensar que no tengo a nadie o que no los recuerdo. El médico, que se llama Lucas, es muy amable y gracioso. Es el típico hombre de mediana edad, gordito y con buen humor todo el tiempo. Ahí llega de nuevo.
—Bueno, bueno. ¿Cómo está mi chica favorita? La más guapa y la más hermosa del hospital —dice acercándome la bandeja con el desayuno y una nueva flor, que me pone en el pelo.
—¿Se puede saber de dónde coges estas flores? —pregunto al ver la nueva flor que me ha traído.
—Son de mi jardín secreto. Shhhh —contesta con su gran sonrisa.
—Oye. En un rato van a venir unas personas a verte y tendremos que ver si las conoces. Pero estaré contigo, así que no te pongas nerviosa, ¿vale? Te dejo desayunar. En un rato vuelvo, que tengo que visitar a más chicas guapas como tú.
Lucas es muy majo y me trata como una princesa; de hecho, me siento como una niña pequeña. Me preocupa la visita de esas personas, porque Lucas me contó que me di tremendo golpe en la cabeza y, al parecer, he perdido la memoria. Esperan que sea algo momentáneo, pero no paran de hacerme pruebas. Por eso nadie me ha visitado en estos días; querían que estuviera tranquila y me recuperara físicamente. Ya puedo levantarme para ir al baño y me han quitado esa cosa que tenía en mis partes. También puedo andar por los pasillos, aunque no me dejan salir a tomar el aire, pero lo

tomo desde la ventana y me siento a tomar el sol, que tanto me gusta sentirlo en mi piel. A las pocas horas, Lucas vuelve y me prepara un poco para recibir a esas personas.
—Vale, guapa. Dejaremos que entren de uno en uno y me vas diciendo si los reconoces, ¿ok?
Estoy algo nerviosa, pero me siento a salvo con Lucas. Entra la primera persona y es un hombre mayor, con barba y alto. No me suena de nada, no sé quién es. Ahora entra un hombre mucho más joven, alto y delgado, pero tampoco sé quién es. Así pasan varias personas y nada. Entra alguien más ahora; es un hombre realmente atractivo y tiene los ojos más bonitos que he visto nunca. Son de color turquesa.
—Este es Liam, ¿le conoces? —me pregunta Lucas, una vez más.
—No, no sé quién es.
Ese hombre se acerca a mí, me coge la mano con ternura y me mira fijamente con sus ojazos.
—Valeria, por favor, inténtalo. Soy yo, mi vida, soy yo —dice con lágrimas, cayendo por sus mejillas.
—Lo siento, no puedo —contesto liberando mi mano de la suya.
—Está bien, no te preocupes —dice el médico, ayudando a ese tal Liam a salir.
Segundos después, llega con Marco. Al fin una cara conocida. Me pongo muy feliz y, cuando se acerca, le abrazo.
—¡Marco! —digo aferrándome fuertemente a su cuello.
—Hola, bella —contesta con una gran sonrisa dibujada en su cara.
—Vaya, al fin reconoces a alguien —dice Lucas muy contento—. Os dejo unos minutos; ahora vuelvo.
—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Marco.
—Bien, pero al parecer solo te recuerdo a ti.
—Bueno, bella. Pronto se solucionará todo, non ti preoccupare.
De repente, el recuerdo de lo que sucedió llega a mi mente como un huracán. Como estaba en el yate, montaba la moto de agua y me pegaba un buen golpe, después de salir volando. Se lo cuento a Marco y él se alegra de que lo recuerde.
—¿Recuerdas la gala benéfica a la que fuimos unos días antes?
—No, eso no. ¿Fuimos a una gala? —pregunto ignorándolo.

—Sí, te pusiste un vestido muy elegante y fuimos juntos. Allí conociste a Ana, ¿recuerdas eso?
—La conocí en el yate, ¿no? —preguno confusa.
En ese momento entra de nuevo Lucas y, sin decir nada, se pone al lado de Marco.
—Cuéntame qué más recuerdas del yate —dice Marco, sentándose a mi lado en la cama.
—Pues, había una fiesta y mucha gente, me fui a comer algo y me encontré con Ana. Estuvimos charlando un buen rato, pero no sé de qué. Después tú y yo nos montamos en las motos y pasó algo que me lanzó por los aires, me golpeé la cabeza y ya no recuerdo más. Lo siguiente que recuerdo es que desperté en esta cama y una señora me cogía la mano.
—Bien. Tranquila —dice Lucas, que se vuelve a marchar, llevándose a Marco.
Me quedo sola de nuevo. *¿Quién será toda esa gente que he visto antes? ¿Serán mi familia?*, me pregunto. La imagen de Liam pasa por un instante y noto una punzada en mi pecho, al recordarle llorando. Parecía que le dolía demasiado que no le recordara. ¿Será que es mi hermano o mi pareja? Esto es demasiado para mí ahora mismo, así que intento pensar en otra cosa para que no me vuelva a doler la cabeza.
Al cabo de unos días, me dan el alta en el hospital, después de pruebas infinitas. Marco me lleva a su casa y, al fin, podré dormir en la intimidad de mi cuarto. Allí me deja mis cosas y se va. Lo primero que hago es mirar mi móvil. Busco entre las imágenes, para intentar reconstruir mi memoria y recordar algo. Comienzo a ver fotos y nadie de los que veo me suena de nada, pero si están en mi móvil, es porque son algo mío. De repente, veo un vídeo de mí misma, montando en una preciosa moto Honda, negra con reflejos en morado metalizado. Me estoy poniendo el casco y la arranco. El sonido que hace me encanta y provoca que se me ponga la piel de gallina. Ahí termina el vídeo. Sigo buscando más vídeos como ese y todos me emocionan igual, así que llego a la conclusión de que las motos me deben gustar mucho. Dejo el móvil y decido darme una ducha, para quitarme el olor a hospital de encima. Mientras lo hago,

la imagen de Liam vuelve a mi mente. *¿Quién eres tú?*, pregunto susurrando. Después de varias horas, Marco y yo cenamos en el jardín y, después de ver una película en la gran pantalla que tiene en el salón, nos vamos a dormir.
Al día siguiente, Marco me despierta acariciando dulcemente mi pelo.
—Buongiorno, bella. ¿Cómo estás?
—Muy bien —digo desperezándome en la cama.
—Tengo que salir de viaje, pero Ana estará contigo. Yo llegaré mañana.
—Está bien, ve tranquilo. Oye —le digo agarrándole la mano—. Por lo que recuerdo, apenas nos conocemos; siento ser una molestia para ti. Siento todo lo sucedido.
—Bellísima, somos amigos. La mia casa è la tua casa. No te preocupes por nada, solo quiero que estés bien, Valeria.
—Gracias por todo —digo finalmente, antes de ver cómo Marco se va de la habitación.
Salgo de la cama y bajo las escaleras. En ese momento, llaman a la puerta y alguien del servicio abre. Ana entra y me saluda enseguida, muy contenta.
—¡Valeria! Qué bien que ya estés en casa. Menudo golpe te diste —dice tocándome la frente.
—Hola, Ana. Estoy muy feliz de haber podido salir del hospital, la verdad.
—Me alegro y espero que estés lista.
—¿Lista para qué? —pregunto confusa.
—Para una sesión de belleza completa —contesta sacando un montón de botes de su enorme bolso.
—La verdad es que me noto la piel demasiado seca —digo tocándome la cara.
—No me extraña, con tanto hospital. No hay nada peor para la piel. Siéntate ahí, que tu sesión comienza ya —dice frotándose las manos.
Lo primero que hace es ponerme unos auriculares y una música muy relajante, que me hace evadirme de todo. Tengo los ojos cerrados y me ha puesto unas rodajas de pepino sobre ellos. Noto cómo me va echando cosas en la cara y me la masajea mucho. El olor de esos

productos es maravilloso. *¿Serán de la marca de cosmética coreana para la que trabaja?*, me pregunto. Pasamos el resto del día relajadas en la casa y charlando de la vida. Ella evita mencionarme el accidente o mi pasado y se centra en todo lo que quiere que hagamos juntas. Es una mujer realmente amable y encantadora y me gustaría que llegáramos a ser grandes amigas, porque no recuerdo si tengo alguna.
Pasan algunos días más y Ana y yo estamos cada vez más unidas. Ya estamos saliendo a caminar todos los días, por un sendero que lleva a la playa. También hemos comenzado a ir al gimnasio, para hacer pilates. No recuerdo si lo había probado antes, pero es genial. Marco está bastante ocupado siempre y viaja mucho. No son viajes largos, pero casi siempre estoy sola en la casa. Si no fuera por Ana, que me hace compañía, me sentiría mal. Su marido es igual. Como ella dice siempre: "Los grandes hombres de negocios le deben todo a sus mujeres, porque sin ellas no serían nada". No sé qué vida tenía antes, pero esta vida de lujo y libertad me gusta mucho. Pero me gustaría más si estuviera en medio de la naturaleza, aunque el gran jardín de Marco no está nada mal. Hoy cenaremos todos juntos en casa. Ana, su marido, Marco y yo, parecemos dos matrimonios amigos de toda la vida, solo que Marco y yo no somos más que buenos amigos. ¿O quizá éramos algo más? No logro recordar nada anterior al accidente, así que puede que nos estuviéramos conociendo o algo así. Porque si no, ¿qué hacía con él en ese yate? Quizá Ana tenga las respuestas que necesito, así que le preguntaré después de cenar.
—Ana, ¿tú y yo nos conocimos en el yate?
—No. Fue en la gala benéfica.
—Ah, sí. Esa que no recuerdo —contesto algo frustrada.
—Estábamos en la misma mesa y comenzamos a charlar tú y yo, mientras cenábamos. Me caíste genial.
—Gracias. Me gustaría saber si te conté que hacía allí con Marco.
—Bueno, creo que dijiste algo así, como que le estabas haciendo un favor. Me dijiste que era uno de tus amigos quien le conocía realmente, que tú solo viniste a Ibiza de acompañante con dos amigos.

—¿Recuerdas si te mencioné sus nombres? —pregunto esperando su respuesta.
—Ummm. No lo creo. No recuerdo que los mencionaras — responde Ana muy segura.
Tengo la sensación de que hay algo más entre Marco y yo, pero supongo que es porque ha sido muy amable todo este tiempo. No quiero especular más, así que, cuando nos quedemos solos, le preguntaré directamente a él. Al cabo de unas horas en buena compañía, Ana y su marido se van y, al fin, Marco y yo nos quedamos solos. Le preguntaré sin rodeos qué sucedió la noche de la gala, porque tengo una sensación extraña sobre eso.
—Oye, Marco.
—Dime, Bella.
—La noche de la gala, ¿pasó algo?
—¿A qué te refieres? —dice confundido.
—No sé, tengo la sensación de que tú y yo... —Contesto sin poder terminar esa frase.
—Jajaja. Mi piacerebbe —dice en italiano—. No sucedió nada entre nosotros digno de recordar, tranquila, Valeria.
Me besa la mano y en ese momento, siento que eso ya ha pasado antes.
—Tú me besaste la mano igual que ahora, ¿verdad? —pregunto emocionada por recordar algo.
—Sí, eso es cierto. ¿Lo recuerdas?
—No es un recuerdo, es más algo que he sentido. Como también siento que algo más pasó, pero no logro recordar, maldita sea —digo muy frustrada.
Marco me abraza y me calma.
—Tranquila, te voy a contar. Cuando llegamos a la puerta de tu cuarto, te pregunté si había algún hombre en tu vida; eso es todo.
—¿Y qué te dije? —pregunto expectante.
Marco se queda unos segundos pensativo y baja la mirada. Respira profundo y contesta al fin.
—Sí, bella. Me dijiste que sí.
—¿Y su nombre?
—Eso no me lo dijiste, lo siento. Supongo que si miras en tu móvil,

encontrarás mensajes, fotos o algo sobre él.
—Cierto. Gracias, Marco, buenas noches —digo subiendo las escaleras rápidamente.
Llego a mi habitación y reviso mis mensajes y ahí están. Cientos de mensajes con ese hombre de los ojos turquesa. *¿Liam y yo estamos juntos?,* me pregunto. Busco su número en la agenda y justo cuando voy a llamarle, me contengo. *¿Para qué decirle que sé que estamos juntos, si no le recuerdo, ni recuerdo lo nuestro?*, me digo. Eso le hará sufrir más de lo que ya debe estar sufriendo. Creo que debo esperar a ver si pronto me vuelve la memoria. Entonces y solo entonces, volveré a sus brazos.
Pasan varios meses y sigo sin recordar nada del pasado. Marco y yo nos hemos hecho buenos amigos y, al igual que con Ana, me siento como en familia. Estoy muy frustrada, porque él no me deja pagar nada y soy una mantenida en esta casa. Sé que lo hace porque le sobra el dinero y porque siente algo más que una amistad por mí. Noto cómo algunas veces se tiene que contener para no ir más allá conmigo. Es un hombre realmente bueno y respetuoso y se lo agradezco, pero a veces pienso que quizá debería pasar página y seguir adelante, porque no recordar a nadie de mi pasado es igual a que nunca hayan existido. Lo peor de todo es que ni siquiera me duele no recordarlos, porque son totalmente desconocidos para mí. En estos meses he pensado muchas veces en volver con ellos e intentar hacer mi vida, pero solo pensar en estar entre extraños me hace sentirme muy angustiada y no creo que sea bueno ni para ellos ni para mí. Aún no pierdo la esperanza, porque los médicos dicen que han existido casos donde la gente recupera la memoria después de años. Así que supongo que solo me queda esperar y ver si ocurre el milagro.
Marco está de viaje y Ana y yo aprovechamos para ir a eventos a los que me arrastra una y otra vez, para no ir sola. Es divertido y estoy conociendo a mucha gente agradable y adinerada. Ana se divierte en esos eventos, viendo cómo rechazo las propuestas amorosas de los hombres ricos, que se me acercan. Siempre dice que si creyeran que soy la esposa de Marco, ninguno se me acercaría y se acabaría la diversión. Esta noche, estamos en una recaudación de fondos.

Cenaremos rico, beberemos unos cócteles y regresaremos a casa. Durante el evento, me aficiono a beber un cóctel que está realmente delicioso, sabe a fresas. No paro de beberlos y Ana también, lo que hace que regresemos a casa bastante ebrias. Ella me deja en casa de Marco y sube al coche para ir a la suya, que por suerte está aquí al lado, ya que son vecinos. Cuando intento subir por las escaleras, me caigo de culo y comienzo a reírme a carcajadas por lo torpe que me siento. De repente, veo que se enciende una luz en la planta de arriba y Marco viene corriendo escaleras abajo para rescatarme. Está totalmente desnudo, salvo por los calzoncillos, y no me había fijado, pero tiene un cuerpo espectacular para tener cuarenta y cinco años. Él me recoge del suelo sin esfuerzo y me lleva en brazos hasta mi cama. Yo digo cosas de las que probablemente me arrepentiré cuando despierte y él sonríe todo el tiempo. Se queda sentado a mi lado en la cama y le observo decir algo en italiano.
—Sei bellissima anche quando bevi.
—¿Qué has dicho?
—Que descanses, bella —contesta levantándose de la cama.
—Marco, espera. ¿Tengo cara de Valeria? —digo sin sentido.
—Il tuo viso è più bello dell'alba —me responde de nuevo en italiano.
—No me hables en italiano, que no te entiendo —digo molesta.
—Está bien, Valeria. Hora de dormir.
Se acerca para darme un beso de buenas noches en la mejilla, pero yo le beso en los labios.
—Ups —digo tapándome la boca en plan traviesa.
Marco se queda mirándome fijamente a los ojos y en silencio, hasta que dice algo, de nuevo en italiano mientras se acaricia los labios.
—Dammi il fuoco della tua bocca e l'aroma che provoca il mio desiderio di averti.
—No entiendo nada, pero quédate conmigo, Marco —contesto tirándole del brazo para que se tumbe a su lado.
Él lo hace. Se tumba justo a mi lado y observa cómo me quedo dormida.
Despierto con un dolor de cabeza terrible y estoy abrazada a Marco. Eso hace que me sobresalte un poco, porque le veo sin nada de

ropa, solo con los calzoncillos. Tiene una erección considerable también. Me miro a mí y yo sí estoy vestida, así que me calmo un poco, porque pienso que no ha pasado nada entre nosotros. Solo recuerdo haber bebido muchos cócteles deliciosos. Me levanto de la cama muy despacio y, cuando voy a ir al baño, me fijo en que Marco duerme plácidamente y tiene un cuerpo muy trabajado y musculoso. También tiene un bronceado muy bonito en su piel. Cuando vuelvo del baño, aún sigue dormido, así que decido irme de allí, pero cuando voy a salir por la puerta, un impulso me hace acercarme a él y darle un beso en la boca. En ese momento, llega a mi mente la imagen de él hablándome en italiano y me quedo mirándole. Observo cada detalle de su cara. Tiene barba y está muy bien perfilada y cuidada. Sus labios son algo carnosos y con una forma muy bonita, que te invitan a besarlos. Tiene las cejas anchas y el pelo corto y negro. Ahora no puedo evitar ver sus tatuajes. Tiene un lobo en uno de sus pectorales y en el otro un león. Sin poder evitarlo, le acaricio los tatuajes, como dibujándolos con mi dedo índice. De pronto, Marco abre los ojos y atrapa mi mano.
—Bella, si sigues tocándome, no podré resistirlo —dice de forma muy sensual, con su mirada penetrante y seductora.
Yo le miro fijamente por unos segundos y me echo encima sin mediar palabra. Él sonríe y dice algo en italiano. Se incorpora, quedando nuestras bocas a escasos centímetros. No da el paso y espera, mientras nos miramos. Yo no puedo resistirme más y le beso. Después me aparto un instante y le vuelvo a besar, esta vez, con más pasión. Noto su miembro erecto entre mis piernas y me enciendo, haciendo que le agarre de la nuca y comience a moverme. Ahora le tiro del pelo poniendo su cabeza hacia atrás para besarle en el cuello y en ese momento, Marco suelta un suspiro de placer. En un movimiento brusco, cambia de postura y se echa encima de mí. Comienza a quitarme la ropa con mucho deseo, mientras me besa el cuello, una y otra vez. Hemos desatado al león y al lobo y danzan embriagados por el ritmo del éxtasis. Cuanto más me besa, más se desata mi pasión y más le deseo. Él dice algo en italiano y ahora no me molesta, ni me frustra; ahora me excita escucharle.
—Bella, non sai quanto lo volessi —dice entre suspiros.

Después de recorrer todo mi cuerpo con sus suaves manos y deleitarse con mi placer, se quita los calzoncillos y se adentra en mí, lenta y profundamente. Lo que hace que ambos soltemos un gemido y yo le clave las uñas en la espalda. Vuelve a embestirme lentamente, como si quisiera disfrutar cada segundo de mí y de lo que está sucediendo. Mientras lo hace, una de sus manos masajea mis pechos con mucho cuidado y suavidad. Su lengua juguetea con ellos, cuando no juguetea con mi lengua en mi boca. Así, poco a poco, beso a beso, él llega al clímax, soltando un gemido intenso y profundo. Sigue moviéndose dentro de mí y acariciándome mi parte íntima con su mano hasta que, finalmente, le atrapo con mis piernas y se arquea mi espalda, por un placer indescritible.
—Bella, voglio ripeterlo ancora e ancora —dice Marco con la voz entrecortada, por el piacere che sente.
—Dímelo en español —le pido.
—Quiero repetirlo una y otra vez —contesta para que lo entienda.
Calientes y sudorosos, nos quedamos en la cama abrazados. Él me acaricia el pelo con una mano, mientras entrelaza los dedos de su otra mano con los míos. Yo, con mi cabeza apoyada en su pecho, puedo escuchar su respiración y sentir sus latidos en mi cara. Me hace sentir especial entre sus brazos y ha sido una experiencia de lo más romántica y bonita. No recuerdo haber vivido algo similar, así que no puedo comparar, pero siento una especie de felicidad ahora mismo y eso me hace sonreír como una tonta. Estamos mucho tiempo sin salir de la cama, solamente disfrutando de las caricias y los besos que nos apetece regalarnos. Hasta que un rugido de mi estómago rompe el momento y bajamos a desayunar algo.
—Bella, dime qué te apetece hacer hoy. Quiero estar contigo todo el día —dice Marco mientras bebe un poco de zumo de naranja natural.
—Ummm, ¿repetirlo una y otra vez? —digo de forma pícara.
—¿Eso quieres de verdad? —pregunta con un gesto de duda.
—Sí, Marco. Quiero ser tuya una y otra vez.
Me acerco y le abrazo por detrás. Él me coge y me sienta encima de sus piernas para besarme.
—I tuoi desideri sono il mio comando. Tus deseos son órdenes para mí, bellísima. Pero después de reponer fuerzas, ¿ok? Andiamo.

Tras ese delicioso desayuno, pasamos el resto del día en su cama, disfrutándonos, una y otra vez.



Desde la primera vez que hicimos el amor, Marco pasa mucho más tiempo en casa conmigo. También viajamos juntos, vamos a eventos y nos divertimos mucho. Ya ha pasado casi un año y estoy muy enamorada de él. Es el hombre más atento, romántico, detallista y bueno que recuerde haber conocido. Hoy estamos cenando en un restaurante muy elegante y caro. La cena está deliciosa y ahora nos traen el postre y el champán. Cuando voy a beber de mi copa, veo algo en el fondo y lo saco con la mano. Es un anillo precioso.
—Valeria, me harías el hombre más feliz del mundo si aceptas ser mi esposa —dice cogiendo mi mano y poniendo el anillo en mi dedo.
Es un anillo de pedida. Marco me acaba de pedir matrimonio. Estoy paralizada y no sé qué decir. Quiero decir sí, pero no me salen las palabras. *Venga, Valeria, hazlo*, pienso.
—Sí quiero ser tu esposa, Marco —contesto finalmente muy emocionada.
Él se levanta y me besa con dulzura. Ambos estamos muy felices por dar ese paso. Marco ahora es mi única familia. Desde el accidente no he sido capaz de recordar mi pasado, así que cuando comprendí que ya no podría recordarlo, decidí seguir adelante con mi vida y construir un futuro, que sí pueda recordar.
Nos vamos del restaurante y damos un paseo por la playa,

imaginando nuestra boda y la luna de miel.
Al día siguiente, vamos a un evento donde se presentarán coches y motos nuevas, que aún no han salido al mercado y están en venta cerrada, para aquellos que quieren tenerlos en exclusiva, por un gran precio. Cuando presentan una moto Honda, inmediatamente un recuerdo viene a mi mente. La adrenalina corriendo por mis venas y una frase, que retumba en mi cabeza: "La vida es demasiado corta para tener miedo". Siento un impulso irrefrenable por montar en esa moto y me acerco al estand donde la tienen, para preguntar si puedo probarla. Marco viene conmigo y se asegura de que me dejen montarla. Me dan un casco y, cuando me lo pongo, siento que algo de mi pasado emerge dentro de mí. Acelero a fondo y conduzco esa moto a toda velocidad. Mientras lo hago, la imagen de mí siendo arrastrada por un río llega y eso me hace frenar en seco la moto y ponerme a llorar, porque siento una angustia horrible, apoderándose de mí. Marco y otros hombres vienen a buscarme y él me saca de ahí rápidamente. Me lleva a casa enseguida e intenta que le diga qué me pasa. Yo no puedo hablar, siento que me ahogo en mis propias lágrimas y no soy capaz de salir de ese estado. Marco llama a un médico que viene en cuestión de minutos. Me toma la tensión y me pincha algo en el brazo. Dice que tengo un ataque de ansiedad y me ha dado un sedante ligero para que pueda descansar. Marco se queda abrazándome en la cama hasta que me quedo dormida. Despierto aferrada al brazo de él. Salgo de la cama con mucho cuidado para no despertarlo y me voy al baño. Allí me miro al espejo y noto el anillo en mi dedo. Comienzo a moverlo y mirarlo. Una tristeza me invade y no puedo evitar llorar. A los pocos minutos, Marco llama a la puerta y salgo del baño.
—Bella, ¿qué sucede? —me pregunta limpiando mis lágrimas.
—Marco, no deberías casarte conmigo, estoy rota —contesto mirando el anillo.
—¿Por qué dices eso?
—Porque es la verdad. Ayer me derrumbé porque un recuerdo de otro accidente llegó a mi mente y mira lo que sucedió. Te mereces a una mujer mejor. ¿Cuántas veces más me pasará lo mismo?
—Bella, bella. Tranquila. Te amo, tranquila —dice calmándome —. Tú

no estás rota, eres maravillosa y no volverá a pasarte nada, porque yo te ayudaré a superar esto.
—Está bien, mi amor. Gracias.
Más calmada, salimos de compras y a comer fuera para despejarnos. Ana y su marido nos acompañan y pasamos un día genial y muy divertido juntos. Al llegar a casa, Marco atiende unas llamadas y yo voy al jardín a ver las estrellas. Me quedo pensativa mirando el cielo estrellado e intento pensar en cómo será ser su esposa, cómo será ser madre y cómo será nuestra vida en general. Siento que me abraza por detrás y eso me saca de mis pensamientos.
—Bella, ¿en qué piensas? —pregunta.
—Estaba intentando imaginarme la vida contigo. ¿Por qué no tuviste hijos con tu esposa? —pregunto sin pensarlo demasiado.
—Ella cayó enferma al poco tiempo de casarnos y no pudimos tenerlos.
—¿Quieres tener hijos ahora?
—Eso me gustaría mucho. Unos pequeños bambinos corriendo por nuestra casa...
—Debe ser hermoso ser madre.
—Sí, bella. Ser padre también debe serlo —dice besándome en la mejilla, mientras nos quedamos mirando al cielo por un rato.
Nos vamos a dormir tras hacer el amor y comienzo a tener unos flashbacks muy extraños, que hacen que termine despertando súbitamente, en mitad de la noche. Decido bajar a la cocina y prepararme un chocolate caliente. Me voy al sofá y me lo bebo lentamente, mientras hago un repaso mental por las imágenes que recuerdo de antes. Son cosas sin sentido para mí y se me está poniendo un dolor de cabeza tremendo, así que lo dejo estar. Termino mi bebida y me acurruco en el sofá, quedándome dormida.
Por la mañana, Gloria, la mujer del servicio, me despierta dulcemente. Me subo al dormitorio y decido despertar a Marco con mis besos. Cuando despierta, hacemos el amor y después nos metemos en la ducha juntos. A continuación, él se va a trabajar y yo quedo con Ana, para pasar todo el día con ella en una playa privada, a la que le gusta mucho ir. Llegamos y nos sentamos en unas tumbonas muy cómodas, cerca del agua. Enseguida viene alguien

para atendernos.
—¿Valeria? ¿Eres tú? No me lo puedo creer —dice un hombre muy atractivo, vestido de camarero.
—¿Lo conoces? —me pregunta Ana quitándose las gafas de sol, para mirarle bien.
—No. ¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre? —le pregunto muy confusa.
—Venga, Valeria, no bromees. Soy Alex.
—¿Alex? No tengo ni idea de quién eres, lo siento.
—Soy yo, venga. ¿Por qué haces como si no me conocieras?
—A ver, Alex. Ven conmigo un momento, por favor —contesta Ana, llevándose a ese hombre.
Se alejan lo suficiente de mí como para que no pueda escuchar su conversación, pero puedo ver las caras que pone el tal Alex y no parece que le esté gustando lo que le dice Ana, porque se va corriendo. Llega mi amiga a la tumbona y me mira con pena.
—¿Qué sucede? —pregunto intrigada.
—Al parecer ese tal Alex y tú estuvisteis juntos. Se ha derrumbado cuando le he contado lo de tu amnesia y se ha marchado con la cara desencajada.
—No lo recuerdo —respondo levantándome para ir al agua—. Vente conmigo, anda.
Pasamos un día muy agradable en ese lugar. Antes de marcharnos, decido ir al baño y ese hombre de antes, el tal Alex, me intercepta y me arrastra con él al baño de hombres.
—¿Qué haces? ¡Soco...
Me tapa la boca antes de poder pedir ayuda. Intento escapar de él, pero con sus fuertes brazos me retiene y no puedo casi moverme.
—Por favor, Valeria, tranquilízate —me dice al oído—. Sé que no me recuerdas, pero solo quería decirte que fuiste lo mejor que me ha pasado nunca y, aunque lo jodí todo, aún te recuerdo. Cuando te perdí, me di cuenta de que te quería.
Se queda en silencio un momento y continúa.
—Espero que recuperes la memoria y vuelvas con Liam, porque él es el amor de tu vida y tú el de la suya. Por favor, no grites, ya me voy.
Alex me suelta al fin y sale del baño. Yo no puedo ni moverme e

inexplicablemente, mis ojos se llenan de lágrimas y una tristeza me inunda por completo. De repente, Ana abre la puerta y me saca de allí. Por el camino, ella me hace preguntas, para las que no tengo respuesta y me estoy empezando a gobiar mucho. Pido que pare el coche y salgo a respirar; ahí dentro me faltaba el aire. Ana está preocupada por mí e intenta tranquilizarme, abrazándome fuerte.
—Creo que necesito ayuda, amiga. No puedo seguir así —le digo con la voz ahogada.
—Te llevaré mañana a una amiga mía psicóloga, a ver si puede ayudarte, ¿vale? Saldremos de esta.
—Muchas gracias —digo abrazándola aún más fuerte.
Al día siguiente por la tarde, llegamos a casa de la amiga de Ana y le pide que nos deje a solas y me venga a recoger cuando la avise. Ana se va y nos quedamos a solas la psicóloga y yo.
—Encantada de conocerte, Valeria. Soy Berta.
—Gracias, igualmente, Berta.
—Quiero que te sientas cómoda y me cuentes lo que quieras, ¿vale? Comienza cuando estés lista.
Respiro hondo y comienzo a hablar tímidamente.
—Verás... es que... no sé por dónde empezar.
—Tranquila. No te preocupes, solo déjate llevar.
—A ver. Tuve un accidente y perdí la memoria. No recuerdo quién era yo, ni nadie más. No soy capaz de recordar a nadie de mi pasado y ahora estoy teniendo una especie de flashbacks muy extraños y sin sentido, que no me dejan dormir.
—Vale. Puede suceder que, cuando nos damos un golpe muy severo en la cabeza, perdamos la memoria. Sé que debe ser muy duro por lo que estás pasando y quiero que me cuentes todo lo que puedas, para poder valorar tu situación e intentar ayudarte de la mejor forma posible.
Comienzo a contarle todo lo que recordé después del accidente y estamos varias horas charlando. Ana llega a recogerme y me lleva a casa. Marco no está, así que me voy directa a la cama y me tomo una pastilla para dormir de las que me recetó el doctor cuando me dio ese ataque de ansiedad. Esta noche no quiero ver cosas raras, solo descansar. De nuevo, vuelvo a tener esos malditos flashbacks

sin sentido. Esta vez, escucho la voz de Alex diciéndome algo: "Ya que no puedes estar con él, ¿por qué no conmigo? Tú y yo somos iguales, hacemos daño a quien nos ama". Me despierto súbitamente de nuevo y con la respiración muy acelerada. Voy al baño y me miro en el espejo. De repente me entra una ira indescriptible por ver mi reflejo y tiro uno de mis perfumes al espejo, lo que hace que se rompa en mil pedazos, cortándome la mano. No sé si me estoy volviendo loca o son recuerdos reales de mi pasado, emergiendo ahora para atormentarme, pero me encuentro realmente mal, así que llamo a Ana y viene enseguida para estar conmigo. Me cura la mano y me acuna entre sus brazos, mientras me quedo dormida llorando desconsoladamente.

Al día siguiente el médico me manda otra medicación y comienzo a dormir bien. Esos flashbacks desaparecen y vuelvo a sentirme yo misma. Marco decide que hagamos un viaje a las Maldivas, para alejarnos de todo por un tiempo. Así que, unos días después, cogemos un jet privado que nos lleva hasta allí. Luego, un hidroavión nos lleva hasta nuestro alojamiento de lujo, el que será nuestro hogar por dos semanas. Es un bungalow en medio de aguas turquesas y cristalinas, que al mirarlas, te hipnotizan por completo. El lugar es hermoso y, nada más llegar, hacemos el amor en la gran cama, que está llena de pétalos de rosa; después brindamos con champán y pedimos algo de comer. Para finalizar ese día, nos damos un baño en la enorme bañera con vistas al mar y al cielo estrellado. No sé cómo fue mi vida antes de conocer a Marco, pero la vida que ahora tengo junto a él es tan maravillosa y perfecta que a veces pienso que aún sigo en coma en ese hospital, soñando con todo esto.

Despertamos juntos en esa enorme y cómoda cama de las Maldivas y la suave brisa del mar nos toca la piel. Después de hacer el amor, Marco se marcha para hablar con los del resort y reservar actividades. Hay mucho que hacer ahí y no queremos perdernos nada. Desde nadar con delfines hasta escalada, todo es posible en ese lugar. Es un trocito de paraíso en la Tierra. Pasamos todo el día haciendo cosas divertidas e interesantes y, cuando anochece, estamos tan cansados que pedimos la cena a domicilio y comemos,

viendo el precioso cielo estrellado desde nuestra terraza.
—Parece que estás durmiendo bien, bella —dice Marco mientras me sirve un poco de vino.
—Sí. La nueva medicación está funcionando por el momento, amor.
—Me alegro mucho. Estos días aquí conseguirán que te sanes y vuelvas más fuerte que nunca, ya verás.
—Sí. Solo ha sido un episodio extraño en mi vida, eso es todo.
—Si vuelve a sucederte algo similar, por favor, dímelo, Valeria — dice algo preocupado.
—Te lo prometo —digo dibujando una cruz en mi pecho.
En ese instante, una imagen de mí haciendo lo mismo viene a mi mente. Lo disimulo enseguida para que Marco no note nada y sigo comiendo.
—Bella —dice cogiéndome la mano donde tengo el anillo—. Pongamos fecha a nuestra boda.
—¿Estás seguro? —pregunto algo dudosa.
—Estoy deseando que seas mi esposa y que construyamos nuestra vida juntos.
Marco me mira a los ojos con esa mirada profunda y seria que tiene.
—Está bien. Pongamos una fecha entonces.
Pasamos un par de horas charlando sobre la boda, los preparativos, la fiesta de compromiso y todo lo demás. Marco está realmente emocionado por casarnos, pero yo temo ponerme peor y que él tenga que pasar por el trauma de otra esposa enferma. Día tras día en este viaje, tengo la sensación de que todo es demasiado perfecto para ser cierto. Sigo teniendo algunos flashbacks, que he aprendido a controlar y disimular, para que Marco no viva preocupado por mí. Le amo y sé que él me ama y quiero protegerle de todo esto que me sucede.
A la vuelta de las Maldivas, Ana y yo nos reunimos para planificar toda la boda, mientras Marco vuelve al trabajo después de esas vacaciones forzadas. Ana está muy ilusionada y me está ayudando mucho a elegir todo lo que deseo tener en mi boda, para que sea la boda de mis sueños, porque dice que solo se vive una vez o quizá dos veces en la vida. Es una gran amiga, con la que siempre puedo contar, en lo bueno y en lo malo. Pronto será mi cumpleaños, así

que Ana y yo haremos coincidir la fiesta de compromiso con él, para que sea más especial. De esa fiesta se encarga ella, porque quiere que sea una gran sorpresa para mí.
—Oye, Valeria. ¿Cómo te sientes por el hecho de que no irá nadie de tu familia a tu boda? —me pregunta tímidamente mi amiga.
—Es mejor así. Son unos completos desconocidos para mí y no sabría qué hacer y más después de todo el tiempo que ha pasado ya desde el accidente.
—¿Nunca intentaste estar con ellos y ver si te recuperabas así?
—Claro, tras darme el alta, Marco me llevó a casa de mis padres y estar con ellos y que me contaran cosas y me enseñaran fotos me generó muchísima ansiedad, porque no dejaba de sentirme extraña entre ellos. Todo el tiempo me sentía fuera de lugar y frustrada por no poder recordar nada de nada.
—¿Y viste a Liam?
—Sí. Quedamos en una cafetería y charlamos. Pero cuando empezó a cogerme la mano y decirme cuánto me amaba, no pude soportarlo y tuve que marcharme. No podía verle sufrir así por mí, ¿sabes? Fue demasiado duro. Entonces decidí que ya nunca tendría más contacto con ellos, hasta que recuperara la memoria y eso, de momento, no ha pasado.
—¿Crees que algún día sucederá?
—No lo sé. A veces pienso que quizá es mejor así. Siento que no era la misma que soy ahora. Siento que yo era muy diferente. Y soy muy feliz junto a Marco, así que, aunque volviera mi memoria, no sé si podría renunciar a esta vida tan maravillosa, llena de gente que me quiere, como tú.
Ana y yo nos abrazamos y continuamos con los preparativos de la boda.
Hoy es mi cumpleaños y la fiesta de compromiso. Estoy emocionada porque sé que Ana habrá preparado una fiesta increíble y será una velada divertida. Me pongo mi vestido rojo de seda y algunas joyas después de maquillarme. Llevo puestos los zapatos que Marco me regaló a los tres meses de estar juntos; son preciosos. En color dorado y con cristales. Bajo las escaleras con cuidado, mientras veo a Marco ponerse la chaqueta de su traje. Está realmente atractivo

esta noche. No dejo de pensar la suerte que tengo de estar con él. Es el hombre de los sueños de cualquier mujer y me ha elegido a mí para ser ella, su esposa. Llegamos a la fiesta y primero cenamos platos deliciosos, mientras escuchamos a un pianista muy bueno tocar en vivo. Después, me pongo a abrir los regalos y nos divertimos jugando a algunos juegos de preguntas que ha preparado Ana. Por último, Marco me dedica unas palabras hermosas, mientras me coge de la mano.

Cuando llegamos a casa, hacemos el amor de forma dulce y romántica y nos quedamos dormidos enseguida. Entonces comienzan algunos flashbacks a reproducirse en mi mente. Veo a Liam mirándome con sus ojos turquesa y diciéndome algo, que no logro entender. Después, ese tal Alex, al que rescato de una paliza en lo que parece un circuito de carreras. Ahora me veo montada en una moto preciosa de color negro, con destellos en color morado metalizado y siento mucha felicidad. No entiendo nada, no tiene sentido. Solo son pequeños fragmentos de una vida que no recuerdo. Me atormenta tener esos flashbacks, porque ni siquiera sé si son reales o únicamente es un juego macabro de mi mente para atormentarme de por vida.

Pasan varias semanas y ya es el gran día. Marco y yo nos daremos hoy el sí quiero en una playa y en buena compañía. Mi vestido es precioso; me lo hizo una amiga diseñadora de Ana. Es justo como lo deseaba, un vestido de sirena, con pedrería, bordados y la espalda al aire. Llevo un recogido muy sencillo, adornado con flores frescas, entrelazadas en mi pelo, y un velo largo que me cae por detrás, hasta los pies. Iré descalza hasta el altar y me convertiré en la esposa de Marco, el hombre de mis sueños y el amor de mi vida. Ya estoy lista y bebo una copa de champán con Ana en la habitación donde nos hemos preparado juntas. Ella está realmente emocionada por esto, casi más que yo. Lo que no se espera es la noticia que le voy a dar ahora mismo.

—Mi querida amiga, tú has estado conmigo y me has apoyado en lo bueno y lo malo, desde que nos conocimos, así que deseo que seas la primera en saber algo.

Ana me mira expectante y llena de curiosidad por lo que tengo que

decirle. Yo no doy más vueltas y se lo suelto, sin más.
—¡Estoy embarazada!
Mi amiga se levanta de un salto y pega un grito de alegría. Ahora me abraza y me felicita, expresándome todo su cariño.
—¿Cuándo se lo dirás a Marco?
—Creo que en la noche de bodas, o sea, dentro de unas horas. Guárdame el secreto, ¿eh?
Ana hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera y me quita la copa de champán de la mano.
—Tú ya no bebes más, hasta el brindis.
—Ojalá sea niño. Sé que a Marco le hace mucha ilusión tener un niño —digo acariciando mi barriga suavemente.
—Sea lo que sea, bienvenido será.
La ceremonia está por comenzar y Ana me deja sola en la habitación, para ir a llamar al hermano de Marco, quien me llevará hasta el altar. Mientras nos acercamos lentamente, una sensación de felicidad me invade y las lágrimas corren por mis mejillas, sin poder evitarlo. Cuando llego al altar, Marco me coge de la mano y me limpia las lágrimas dulcemente. Después de todo el acto religioso, es momento de decir nuestros votos. Decide comenzar él.
—Valeria. Desde que te vi mirándome a través de la ventana de la habitación, no pude evitar sentir que la vida te había traído hasta mí, para volver a amar de nuevo. Me enamoré muy rápido de ti, no pude evitarlo. Solo quería amarte, protegerte, cuidarte y dártelo todo de mí. Hemos pasado por dificultades y nos han hecho más fuertes y leales, el uno con el otro; por eso, bella mía, ti amo y siempre te amaré, pase lo que pase —dice Marco mirándome con su mirada profunda.
Intento contenerme para no ponerme a llorar, pero no lo consigo del todo. Mis ojos están llenos de lágrimas que quieren caer al vacío de mis mejillas, pero no se lo permito. Intento recomponerme un poco, mientras Marco me acaricia las manos. Cuando lo consigo, digo mis votos.
—Marco. Has sido mi faro en la oscuridad, mi ancla en el mar revuelto y mi calma en la tempestad. Encontrarte ha sido la mayor de las bendiciones que esta vida me ha dado. Me amas, me apoyas,

me mimas, me proteges y me lo has dado todo. Me has dado toda una vida desde que nos conocimos. Una vida llena de felicidad, amor y amistad. Eres el hombre de los sueños de cualquier mujer y que me hayas elegido para estar hoy aquí y ser tu esposa hace que me sienta la mujer más feliz del mundo y la más afortunada. Tu lealtad, respeto, amor y compañerismo lo son todo para mí y espero que pueda devolverte todo lo que me has dado, por el resto de mi vida. Te amo.

Marco me mira con los ojos llorosos y los invitados están muy emocionados por nuestros votos. Tras este momento tan especial, al fin damos el sí quiero y, después de muchas horas de celebración, Marco y yo nos vamos en el jet privado rumbo a las islas Fiji, donde pasaremos nuestra luna de miel. En cuanto llegamos a nuestro resort y entramos en la habitación, ataco a Marco por la espalda y le tiro sobre la cama.

—Mi amor, quiero decirte algo que he estado guardando en secreto —digo muy emocionada.

—Dime, bella, ¿cuál es el misterio?

—Vas a ser padre. ¡Estoy embarazada! —le suelto sin más.

—¡La fortuna ci sorride! —dice gritando—. Me has hecho el hombre más feliz, Valeria. Mio bambino o bambina. Gracias, bella.

Marco me besa la barriga una y otra vez. Después me quita la ropa poco a poco y me hace el amor durante toda la noche. Vemos cómo amanece desde la cama, mientras nos abrazamos y nos besamos. Todo es perfecto, tan perfecto, que vuelvo a sentir que no es real, pero deseo que lo sea y me aferro a Marco, para sentirle y poder confirmar que sí lo es. Que todo lo que hemos vivido hasta hoy ha sido la realidad y no solo un juego de mi mente.

Pasamos tres semanas increíbles en varios lugares del mundo. Marco me cuida y protege aún más desde que sabe que estoy embarazada. Es bonito verle besar mi barriga y hablar con ella, como si estuviera hablando con el bebé ya nacido. Cuando volvemos, él decide dejar de viajar para poder estar conmigo y cuidarme durante todo el embarazo, porque las náuseas y dolores no tardan en aparecer. También los caprichos de embarazada, que Marco satisface con todo su amor. Ana me lleva de compras al sexto mes, cuando ya

confirmamos que es un niño. Ella manda decorar una de las habitaciones para el bebé y queda muy bonita. Pero en el séptimo mes, llega el bebé y con muchas complicaciones. Terminamos perdiéndolo y eso nos da un mazazo grandísimo a ambos. Yo ni siquiera puedo entrar en esa habitación sin derrumbarme al verla toda decorada para él. Marco se refugia en su trabajo y comienza a viajar mucho, así que paso el tiempo sola o con Ana. Nos hemos distanciado sin poder evitarlo, porque la pérdida de nuestro bebé está siendo demasiado difícil de superar. Todo nuestro mundo perfecto se ha esfumado. No sé si podremos recuperarnos de esto. Marco está de viaje, como de costumbre. Ana me ha pedido que asista a un evento organizado por ella misma, para apoyarla y así distraerme un poco. Se trata de algo para recaudar fondos, de forma muy peculiar. Algunas mujeres, nos ofreceremos por un precio y el hombre o mujer que pague, tendrá una cena con nosotras. Los donantes decidirán con cuál de nosotras se quedan, a través de citas a ciegas, literalmente. Tendremos varias conversaciones sentados en una mesa, con los ojos tapados. Las primeras dos conversaciones serán a ciegas para darle más emoción y para que los hombres elijan a la mujer con la que quieren cenar, sin verla físicamente. La tercera será viéndonos. La norma principal es que nadie diga sus nombres antes de la tercera conversación. Si algo he aprendido en todo este tiempo, es que la gente adinerada siempre está inventando juegos para divertirse y gastarse su dinero. El evento da comienzo y nos han sentado ya en las mesas con los ojos tapados. Me da bastante vergüenza y me estoy empezando a arrepentir de haber venido. Un hombre se sienta en mi mesa enseguida.

—Hola.

—Hola.

—Vaya, qué divertido esto de las citas a ciegas, ¿eh?

—No sé, es mi primera vez y, la verdad, estoy un poco nerviosa. De hecho, he estado a punto de irme.

—Sí, puede ser un poco fuerte la primera vez. Yo estaba tan nervioso que me sudaban las manos mucho, pero después de varias veces, ya te tranquilizas.

—Vaya, pareces todo un experto en esto.

—Experto no, pero he probado varias veces, es bastante divertido y lo hacemos por una buena causa.
—Sí, eso es por lo que merece la pena hacer estas cosas.
—¿Qué edad tienes?
—Tengo treinta y dos, ¿tú?
—Cuarenta y uno. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?
—Participar en eventos como este, jajaja.
—Yo no tengo mucho tiempo libre, pero el que tengo lo dedico a pensar en cómo expandir mi imperio y en ir de vez en cuando a estos eventos también.
—Suena un poco aburrido tu día a día.
—Pero beneficioso.
—Pero aburrido, jajaja.
—Es el trabajo de los hombres. Construir imperios para que las mujeres los disfruten.
—¿No sería mejor y más bonito construir juntos? ¿Como un equipo?
—Sí, eso es lo ideal. Pero yo no he encontrado muchas mujeres dispuestas a estar años trabajando sin descanso; prefieren dedicarse a otras cosas menos aburridas.
Suena la campana y ese hombre se despide. Van pasando uno tras otro por mi mesa y las conversaciones se hacen cada vez más pesadas y aburridas, porque tengo que repetir las mismas cosas una y otra vez: mi edad, mis gustos, bla, bla, bla. Estoy cansada y quiero que se acabe para poder regresar a casa. Pero aún quedan algunos hombres, así que intento ser agradable.
—Hola.
—Hola, ¿cómo estás?
—Tu voz me recuerda mucho a la de alguien.
—¿Una ex? —pregunto sin saber por qué.
—No, alguien que no pudo ser.
—Lo siento.
—¿Me has dicho tu nombre?
—No se puede decir, va contra las normas.
—Es cierto, perdona. ¿Me puedes decir tu edad?
—Eso sí. Tengo treinta y dos años.
—Yo treinta y cuatro. ¿Por qué has venido aquí hoy?

—Una amiga me ha convencido.
—A mí también me han convencido de esto.
—¿Entonces no eres mucho de hacer estas cosas?
Se hace un silencio. Él no habla más, así que decido tomar la iniciativa yo.
—¿Y este silencio?
—Perdona, es que tu voz me trae recuerdos y no paro de ver imágenes en mi mente. Me cuesta concentrarme en este momento.
—Lo siento mucho.
—No, no tienes la culpa. El que lo siente soy yo.
—¿Has elegido a alguna mujer ya?
—Sinceramente, no.
—¿Por qué?
—Estoy buscando a la mujer de mis recuerdos. Solo he venido por eso.
Eso me duele mucho más de lo normal. Me hace querer estrecharlo entre mis brazos.
—Ahora te has quedado en silencio tú, ¿qué piensas?
—Eso de los recuerdos no es lo mío, jajaja.
—¿A qué te refieres?
—Nada, déjalo.
—Está bien. ¿Qué te gusta hacer?
—Sinceramente, no lo sé. Llevo tiempo sin saber lo que me gusta y lo que no. Solo me dejo llevar por la vida, sin oponer resistencia.
—Vaya. ¿No tienes algo que realmente te apasione?
—Creo que en una vida pasada, me gustaban las motos.
Ese hombre vuelve a quedarse en silencio y esta vez decido hacerlo yo también. A los pocos segundos, le escucho respirar profundamente.
—¿Estás bien?
—Todo lo que se puede.
—Si necesitas algo, solo dilo y te ayudarán.
—Ellos no pueden ayudarme. Va...
—¿Cómo? No te entiendo.
—Tranquila, no importa.
Suena la campana en ese preciso instante y me interrumpe cuando

iba a decirle algo. Pasan los últimos hombres. Tras unos minutos, alguien se sienta en mi mesa de nuevo y esta vez nos veremos las caras y podremos tener una charla normal. No ha sido para tanto. Estaba muy nerviosa, porque nunca había hecho algo así, pero ya estoy calmada.
—Hola de nuevo, desconocida —dice en un tono cómico.
—Li... Liam —contesto quedándome totalmente paralizada.
—Confieso que he venido aquí por ti, Valeria. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero debía intentarlo.
Me estoy poniendo muy nerviosa, pero no quiero dar el espectáculo aquí. Intento calmarme, apretando entre mis manos el mantel de la mesa. Lo retuerzo con todas mis fuerzas e intento calmarme así, de la ansiedad que me invade en este momento.
—¿Intentar qué? —pregunto con la boca muy seca.
—Intentar que vuelvas a mí —contesta Liam cabizbajo y triste.
Respiro profundamente varias veces, mientras le veo mirando sus manos nerviosas.
—Liam. Ni siquiera puedo hacerme una idea de lo duro que ha tenido que ser perderme, que no te recuerde, ni recuerde lo que tuvimos. No quiero ni imaginarlo, pero no puedes venir así y presentarte después de casi dos años aquí. No deberías estarlo haciendo. Yo tengo una nueva vida, estoy casada y... Bueno, no creo que vuelva a recordar el pasado, así que intento construir un futuro.
—Ha sido un puto infierno, Valeria. Yo no puedo olvidarte, ni quiero hacerlo. Me niego a vivir sin amarte.
En ese preciso instante y con esas últimas palabras, vuelvo a la realidad real.
Veo como una especie de túnel me arrastra y cientos de imágenes pasan por mi mente a la velocidad de la luz. Comienzo a escuchar una voz, que no sé si viene de mi cabeza o del exterior. Tengo el cuerpo paralizado y no puedo ni abrir los ojos. Me estoy empezando a poner muy nerviosa. De nuevo, esa voz que dice mi nombre. La escucho muy lejana, como si fuera un eco del pasado, regresando a mí.
—Por favor, Valeria, despierta. Eres mi vida y no puedo perderte. No podría soportarlo otra vez.

¿Liam?, me pregunto a mí misma mentalmente. *¿Qué sucede? ¿Por qué estoy así?* Está todo oscuro y no siento mi cuerpo apenas, como si estuviera en una especie de trance hipnótico. Puedo escuchar a Liam hablarme, pero no puedo contestarle. *Liam, estoy despierta, estoy aquí, mi amor,* digo mentalmente*.* Ahora escucho a alguien más.
—Lo siento, Liam. Debes irte por hoy; el horario de visita ha terminado.
—Está bien. Mañana es la nueva prueba, ¿no?
—Sí. Te llamaremos para decirte cómo ha ido.
—Vale, dame unos segundos y me despido de ella.
Esa persona desconocida se marcha y volvemos a quedarnos solos.
—Después de todo, me niego a que termine así nuestra historia. Sé que no terminará así. Te amo, Valeria.
Liam me besa en la frente y se toma unos segundos más para salir de la habitación. Quiero ir tras él, pero este maldito cuerpo no me responde. Lo único que me funciona es el oído. El olfato también, porque huele fatal a hospital. Siento que mi boca está muy seca, pero no puedo moverla tampoco.
Al día siguiente, llegan varias personas y me tocan varias partes del cuerpo. Siento como si me estuvieran pegando algo. Quizá quieren monitorearme para ver cómo estoy. Intento calmarme y que hagan lo que tengan que hacer, a ver si así me sacan de este estado hipnótico en el que me encuentro. No entiendo por qué estoy así. Lo último que recuerdo es que estaba en Ibiza, con los chicos y Marco. Fui con él a una gala benéfica y... No recuerdo nada más, pero estoy en un hospital, así que algo me sucedió allí, supongo. Pero entonces, todo lo demás, Marco, la boda, mi hijo. *¿Todo eso ha sido un sueño?*, me pregunto. No entiendo nada, es como si hubiera estado viviendo una vida paralela o algo así. Todo es extraño. El hecho de que estoy consciente, pero no puedo moverme, me pone muy nerviosa. Es como si mi cuerpo ya no me obedeciera. Un momento, estas personas están diciendo algo.
—Tenemos respuesta cognitiva, no me lo puedo creer. ¿Puede que esté saliendo del coma? —pregunta una mujer, muy emocionada.
—Eso es una buena señal, pero seamos prudentes y no lo demos

por hecho todavía. No sabemos si es una respuesta solo temporal. Necesitamos más tiempo —contesta un hombre.
Al poco se van, dejándome todo lo que me han puesto pegado en el cuerpo.
Pasa el tiempo y mi familia, los chicos y Liam, siguen viniendo a verme, pero los médicos no les quieren decir nada firme aún. Ellos tienen dudas conmigo, creen que no es algo definitivo el hecho de que mi cerebro esté volviendo a funcionar bien. Les preocupa que tenga muy baja actividad, según ellos, y quieren más tiempo para ver si salgo o no del coma. Yo cada vez noto más mi cuerpo y estoy obsesionada con moverlo. Cuando noto que me cogen la mano, intento mover mis dedos, pero no lo estoy consiguiendo todavía. Sé que puedo hacerlo, pero mi mente estúpida no me responde y no le manda la orden a mi cuerpo. Estoy como en un maldito bucle de desesperación.
Los chicos han venido a verme de nuevo hoy. Luis y Aitor, cuánto echo de menos nuestras charlas y las carreras. Dios, cuánto echo de menos sentir mi moto entre las piernas. Mataría ahora mismo por poder escucharla rugir, aunque sea por un segundo. *Hacer eso por mí, chicos*, digo mentalmente. Al rato, llegan de nuevo los médicos para ver resultados. ¿Y si hago un megaesfuerzo mental? Quizá eso se vea reflejado en las estúpidas máquinas. Intento centrarme en un pensamiento y visualizar algo. Veo mi preciosa moto Honda de mil cilindradas. Estoy reviviendo el día en el que me la entregaron. Puedo sentir la felicidad, recorriendo mi cuerpo ahora mismo. Ahora, revivo el día que conocí a Liam en aquella estación. Me gustó desde el primer instante en que le vi, apoyado en su moto, mirando su móvil. Siento un escalofrío que me sube desde los pies hasta la cabeza, recorriéndome todo el cuerpo. Qué sensación más increíble. Un momento, escucho algo.
—La actividad cerebral está disparada en este momento. Veamos si es algo temporal o constante. La paciente lleva más de seis meses en este estado y no podemos asegurar que esté saliendo del coma todavía. Veamos qué pasa.
Está bien, Valeria, quieren emociones fuertes, así que se las darás. Concéntrate en los momentos más felices de tu vida, vamos. A ver...

el primer beso de Liam, sí. Vuelve a ese momento, mente estúpida, y revívelo, vamos, repito en mi mente.
Comienzo a visualizarlo poco a poco. Eso hace que vuelva a sentir ese escalofrío. El momento en el que casi hacemos el amor, en su coche. Ahora el día de su accidente, el momento de la tienda de campaña, vamos, eso es. Me inundan un montón de sensaciones de alegría y puedo escuchar de fondo a los médicos, esperanzados y emocionados por lo que están viendo en sus máquinas. Decido hacer un esfuerzo ahora y me concentro en mover los dedos de una de mis manos. Tras unos segundos, visualizando cómo se mueven, noto el movimiento. Lo estoy consiguiendo, estoy moviendo mi cuerpo al fin. *¡Eso es, Valeria, sigue moviéndote, vamos!*, me digo mentalmente, muy emocionada.
Después de unos minutos moviendo algunas partes de mi cuerpo, al fin, intento abrir los ojos, pero veo una luz muy intensa y no puedo hacerlo. Ahora me escuecen mucho, pero necesito abrirlos para salir de este maldito hospital y volver con Liam, así que no me rindo y lo vuelvo a intentar una y otra vez, hasta que lo logro. En ese momento, escucho una voz cercana y no a lo lejos como antes.
—Valeria, ¿puedes mirarme? ¿Puedes verme? —Mueve tu cabeza si es que sí —me pregunta uno de los médicos.
Hago un esfuerzo enorme y muevo levemente mi cabeza hacia un lado.
—Eso es, Valeria. Muy bien —dice una enfermera, muy emocionada.
Después de varias pruebas y muchas peticiones de los médicos, me dejan descansar.
Paso un tiempo como en una especie de limbo, entre la realidad y mi estado mental confuso. Es una sensación rara, porque es como si estuviera entre los dos mundos, entre la vida y lo que se supone que es la muerte. En ocasiones estoy muy lúcida y consciente de todo lo que me rodea, de las máquinas, los médicos, etc. Pero en otros momentos, sigo en ese limbo extraño que parece que quiere dejarme atrapada.
Cada vez puedo notar más cómo me toquetean y despierto notando el calor de alguien en mi mano, así que muevo mi cabeza hacia ese lado y le veo al fin. Liam está aferrado a mí, besando y acariciando

mi mano. Con toda la fuerza de mi amor por él, intento regalarle mis primeras palabras. Pero cuando intento hacerlo, noto un dolor punzante en la garganta y en el pecho.
Necesito que Liam sepa que estoy despierta, así que aprieto su mano para que me mire. Cuando nota mi sutil apretón, me mira a los ojos, como yo quería. Entonces, intento hablar de nuevo, pero es imposible; vuelve ese maldito dolor.
—Tranquila, mi amor, no intentes decir nada.
A Liam se le encharcan los ojos de lágrimas en el preciso instante en el que me ve y me besa en la boca, una y otra vez.
—Valeria... mi vida. Has vuelto conmigo. Sabía que lo harías. — dice muy emocionado.
Pulsa un botón sobre la cama y enseguida llega una enfermera. Me revisa un poco y sonríe a Liam. Al poco tiempo, llega un médico y le pide a él que salga de la habitación. Entonces, el médico me mira a mí y mira las máquinas y le da la orden a la enfermera de que me reduzcan la sedación en un ochenta por ciento inmediatamente.

Pasan varios días más y no paro de recibir visitas de mi familia, mis amigos y Liam, pero hoy recibo una visita que no me esperaba. Es Alex.

—Hola, Valeria —dice mirándome con una mirada muy triste. —Hola.
—Al fin estás de vuelta. Me alegro mucho de que estés bien,

preciosa.

Alex me está hablando desde los pies de la cama, como si temiera acercarse a mí. Me siento triste al ver lo demacrado que está. Parece que no le va demasiado bien.

—¿Puedes acercarte más? No logro escucharte bien.
—Perdona. ¿Cómo te encuentras?
—Poco a poco.
—Ya, supongo.

Apenas me mira a la cara, como si se avergonzara de hacerlo. —Siéntate y cuéntame qué ha sido de tu vida.

—Si lo que quieres saber es si Liam y yo hemos vuelto a ser amigos, no. La cagué demasiado y no me lo merezco. Lo tengo asumido, tranquila.

—Quiero saber cómo te va.

—Bueno. Gracias a mis padres, estoy recomponiendo mi vida un poco. Lo perdí todo, pero al menos los tengo a ellos aún.
De pronto, entran en la habitación mis padres con mi hermano, así que Alex decide irse sin más.

Al fin me dan el alta y vuelvo a casa de mis padres, para que me cuiden mientras me recupero. Estoy débil y mis músculos no me responden muy bien, así que necesito ayuda para muchas cosas. Odio sentirme tan dependiente, pero he aprendido a dejarme cuidar y recibir todo el amor de aquellos a los que amo.

Le he prohibido a Liam venir a verme mientras me recupero, así que hacemos videollamadas todos los días y nos mandamos mensajitos amorosos. Parecemos dos adolescentes con el pavo subido.

Pasan un par de meses y casi me he puesto en forma, gracias a todos los ejercicios y la terapia que he llevado a rajatabla. He recuperado toda la movilidad de mi cuerpo y ahora estoy lista para ver a mi hombre. Pero antes, hay algo que estoy deseando hacer. Salgo de mi casa y voy al garaje. Cuando abro el portón, ahí está mi preciosa moto; bajo una manta. La levanto con fuerza y la tiro al suelo. Admiro a mi pequeña durante unos segundos y me monto sobre ella con delicadeza. La acaricio suavemente y giro la llave. Cuando la escucho rugir, un escalofrío me recorre por completo y se me dibuja una amplia sonrisa en el rostro. No puedo evitar emocionarme y que algunas imágenes se reproduzcan en mi mente.

Decido ir a ver a Liam y darle una sorpresa. Ahora está trabajando en el taller que abrió en Asturias, así que está a pocos kilómetros de mi casa. Tengo muchas ganas de que me vea a lomos de mi preciosa moto de nuevo, como cuando nos conocimos.

En pocos minutos llego al lugar y, cuando aparco, justo delante del taller, hago que mi moto ruga fuertemente para que la escuche. Algunas personas se giran para mirar. Liam sale a toda prisa del taller, limpiándose las manos llenas de grasa. Cuando me ve, no puede creerlo. Se le ve un poco confuso, así que me quito el casco y dejo mi melena morada al viento, para que sepa que soy yo y no un espejismo del desierto.
—Hola, guapo, ¿vienes conmigo? —le ofrezco muy sonriente. —¡Javi, me voy, cierra tú! —grita subiéndose a la moto de un

salto.

Se agarra fuertemente a mi cintura y salgo a toda velocidad de allí. Me dirijo a mi casa y cuando llegamos, casi no me da tiempo de apagar el motor cuando Liam me coge a horcajadas y me lleva al interior y me sube por las escaleras, hasta mi cuarto. Me tira sobre la cama y se dirige al baño.

—Dame un minuto y me ducho, Valeria.

Yo le hago un gesto militar con la mano y comienzo a quitarme la ropa. Al fin va a suceder lo que tanto hemos deseado los dos, desde hace tanto tiempo. Al fin podremos unirnos en cuerpo y alma y fundirnos.

Liam sale del baño, vestido con un albornoz y secándose la cabeza con la toalla. Cuando al fin me ve, se le dibuja una sonrisa de lo más pícara en la cara. Yo estoy tumbada de forma sensual sobre la cama, vestida con una preciosa lencería de color negro con encaje en dorado. Él se deleita mirándome, mientras se seca bien el pelo. Yo imagino cómo será tenerle dentro de mí de nuevo, pero esta vez, hasta el final. Saltan chispas solo con mirarnos. Ha comenzado un

fuego en nuestro interior y somos conscientes de que nos consumirá por completo, pero no nos importa en absoluto.

Al fin viene a mí y se tumba a mi lado en la cama. Nos miramos mutuamente con un deseo irrefrenable y muy potente. Enseguida se acerca a mi boca, pero antes de besarme, susurra algo, que hace que mi corazón se estremezca.

—Te amo como nunca he amado a nadie, Valeria.

Me da el primer beso de forma tierna y suave. Se aleja unos centímetros, me mira y me vuelve a besar una y otra vez lenta y dulcemente. Yo me dejo llevar completamente por él. Quiero soltar el control y que sea Liam quien me lleve al paraíso.

Pronto comienzan sus manos a recorrer mi cuerpo y yo quiero recorrer el suyo, así que le quito lentamente el albornoz y, cuando le veo la piel, me sorprendo al ver los tatuajes de su pecho.

—Eras tú —susurro.
Liam me mira confuso.
—Cuando estaba en coma, vi estos mismos tatuajes —relato

recorriendo las cabezas del lobo y el león con mis dedos, totalmente fascinada—. Eras tú todo el tiempo.

Liam prefiere no preguntarme nada para no romper el momento y continúa besándome el cuello. Me tumba por completo y se me echa encima cuidadosamente. Estoy totalmente a su merced y se lo hago saber.

—Como te amo, Liam.

Le doy un suave mordisco en el hombro y me deleito con cada uno de sus besos. La piel se me pone de gallina cada vez que noto su aliento en mi cuello. No puedo evitar imaginarme cómo será tenerle dentro de mí y estar conectados más allá de nuestros cuerpos.

Liam está disfrutando de cada centímetro de mi piel y yo de la suya. Hemos comenzado una danza del fuego y, poco a poco, se hace más y más grande. Cada caricia, beso y movimiento culminará en un clímax muy deseado y esperado por ambos y queremos que nuestra primera vez juntos sea memorable e imborrable. La misma fuerza que nos unió en aquella vieja estación de tren, ahora nos conecta de una forma trascendental y única.

Lentamente, beso a beso, al fin, Liam entra en mí suavemente. La sensación es tan intensa para, que no puedo evitar que mi boca deje salir una respiración profunda. A él le sucede lo mismo y ambos nos miramos fijamente ahora. Deseamos ver el placer en el otro y disfrutar de ello. Yo le abrazo con todo mi cuerpo y apenas le dejo libertad de movimiento, pero quiero sentirle profundamente en mí, como si eso fuera lo único que necesitara en este momento.

Liam deja su miembro parado, mientras se deleita con mis pechos. Los acaricia, los lame, los besa y los admira con pasión. Yo no puedo ni quiero dejar de mirarle. Verle disfrutar de mí es algo demasiado sensual y me enciende cada vez más y más. Le recorro la espalda con mis manos una y otra vez, mientras beso su cuello.

Quiero volver a sentir el movimiento de su miembro, así que decido aflojar mis piernas y dejar que Liam se mueva. Entonces, me mira fijamente de nuevo y, en un movimiento magistral, sale casi por completo de mí, para volver a introducirse, esta vez, más intensa y profundamente, lo que hace que ambos nos estremezcamos de placer y soltemos un gemido potente.

Ahora, vuelve a tomar el control total y cambia de postura, para acabar sentado y conmigo encima de él, lo que consigue una profundidad muy placentera. Me abraza y mueve mi cuerpo a su antojo, con sus fuertes brazos. Nos perdemos en el clímax del otro y eso nos excita aún más.

Gemido tras gemido, nos acercamos a la culminación de la más íntima y profunda expresión de nuestro amor. Ahí, ambos mirándonos a los ojos, viendo el placer en las pupilas del otro, ya no podemos controlarnos más y llegamos al más puro e intenso éxtasis a toda velocidad. Un grito sale disparado de nuestras bocas y mi espalda se arquea al máximo, haciendo que caiga sobre la cama extasiada por el placer tan intenso que estoy sintiendo.

Liam se queda encima de mí para seguir sintiéndome un poco más. Nos miramos y sonreímos, mientras se nos escapan unas lágrimas de pura felicidad.

—Te amo, mi amor —consigo decir con la voz entrecortada y apenas sin aliento.

Liam me besa, entrelaza su mano con la mía y se deja caer a mi lado sin dejar de mirarme.
—Para toda la vida, Valeria —contesta con una voz muy suave.

Fin
Cinco años después…

—Victoria, estate quieta o no podré terminar, mi vida —digo a mi hija, mientras la besuqueo por toda la cara.
—Mami, mami. ¿Me dejarás conducir a mí? —pregunta poniendo morritos.
—¿Mi niña quiere conducir la moto de mami?
—Siiiiii.
—Pues entonces, deja que termine de peinarte y te dejaré conducir, ¿trato? —le digo poniéndole la cara para que me la bese.
Al fin se queda quieta y puedo terminar de peinarla y hacerle los moñitos que tanto le gustan.
—Vamos, mis chicas, o llegaremos tarde —dice Liam, que ya está vestido de forma muy elegante.
Termino de prepararme y Victoria y yo bajamos las escaleras para ponernos los zapatos y salir de la casa. Nos dirigimos al garaje

juntas y allí, Liam monta a nuestra hija con él en su moto.
—No, quiero ir con mami —dice Victoria, muy decidida.
—Está bien, Victoria, pero quiero que te agarres muy, muy bien de aquí, ¿vale? —dice Liam, señalándole que debe hacer.
Me subo a mi moto y Liam pone a Victoria delante de mí, dentro de la mochila para bebés, que tengo aferrada a mi cuerpo. Ella se pone muy feliz y quiere coger el manillar enseguida.
—Mami, déjame conducir —dice intentando llegar al manillar.
—Espera, Victoria. Dale un segundo a mami.
Me pongo el casco y me inclino todo lo que puedo hacia delante para ayudar a mi hija a que llegue al manillar, poniéndole su manita en el acelerador. Yo pongo mi mano encima de la suya y aceleramos juntas. Ella se emociona por el sonido y ríe a carcajadas. Liam no está contento con que nuestra hija vaya conmigo, pero haciendo un gesto de aceptación, me mira y dice algo, antes de ponerse su casco.
—Valeria, no corras, por favor —dice bastante preocupado, por mi afición a la velocidad.
—Tranquilo, amor, iremos dando un paseo, ¿verdad, cariño? —Brum, brum —dice Victoria muy emocionada.
Estamos todos listos, así que salimos del garaje de nuestra casa y ponemos rumbo a la del veterano, donde se celebrará la segunda boda de Marco, con su esposa oficial, Isabella. La primera boda de ellos fue en Cerdeña y fue preciosa, a la orilla del mar. Pero esta vez, quieren celebrarla con todos los del club y amigos moteros, ya que ella es miembro desde hace varios años. Cuando llegamos, mi hija está tan feliz que me emociona mucho ver cómo, con tan solo dos años, ya le apasiona lo mismo que a mí, la velocidad. Liam la coge en brazos después de aparcar su moto y se la lleva, mientras yo guardo mi casco. Llegamos y está todo el jardín precioso. Por un momento, un flashback de mi boda mental con Marco se reproduce y se me dibuja una sonrisa. Eso nunca sucedió, salvo en mi mente. Toda esa vida que sentí que era real, nunca pasó, pero la recuerdo como si hubiera sido real. Aquí y ahora, Marco y yo somos muy amigos. Tras el accidente que me dejó en coma en Ibiza, él se hizo cargo de todo el tema médico. Pagó para que me trajeran a Asturias

en helicóptero, estando en coma. Pagó una clínica privada todo el tiempo que estuve en el más allá y se hizo cargo de todo. Cuando desperté, me confesó que se sentía culpable, porque él fue el que me dijo que cogiéramos las motos de agua, con la que tuve el accidente. Tras un tiempo viniendo a verme a la clínica, conoció a Isabella, que era una de las enfermeras que me atendía, y se enamoraron. Ahora están casados y muy felices juntos, tras varios años. A veces pienso que si no hubiera conocido a Liam en aquella estación, quizá toda esa vida paralela que viví con Marco, estando en coma, sería la real y lo que he vivido junto a Liam sería mi vida paralela mental.

Alex también está ahí. Liam y él hablaron tiempo después de mi recuperación y, poco a poco, volvieron a ser los buenos amigos que siempre fueron, aunque ahora Alex es mucho mejor, porque al fin ha madurado y va por un camino más sano, aunque sigue siendo un mujeriego, pero dice que lo dejará de ser cuando encuentre a su Valeria.

Transcurre la ceremonia de forma tranquila y emocionante. Al finalizar y darse el sí quiero, Liam se levanta y se pone de rodillas frente a mí.

—¿Qué haces? —pregunto muy confusa.

Luis coge a la niña de mis brazos y me sonríe. Creo que está metido en el ajo y sabe lo que está pasando.

—Valeria, mi vida. Después de todo por lo que hemos pasado para estar juntos y tener esta preciosa victoria, deseo que te conviertas en mi esposa —suelta, totalmente emocionado, ofreciéndome un anillo precioso y ante la atención de todos los presentes.

El hombre de mis sueños y el padre de mi hija está arrodillado pidiéndome que me case con él. Mis lágrimas se disparan y caen por mis mejillas, me tapo la boca de la emoción y la sorpresa y contesto al fin.

—Quiero ser tu esposa. Te amo, Liam.

Me levanto, él se levanta y nos besamos, mientras escuchamos los aplausos y silbidos de todos los presentes, que están tan emocionados como nosotros.

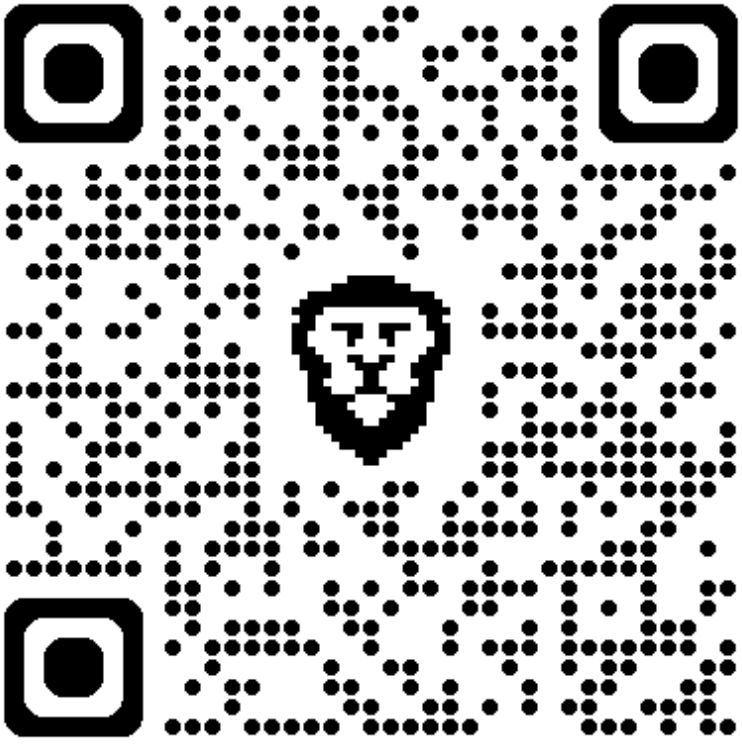
Nota de la autora:

Esta novela fue escrita para "vivir" mi sueño de ser motera y creo que lo he podido experimentar a través de las páginas, porque me han conseguido transportar a esa realidad.

Deseo de corazón que esta preciosa historia te haya emocionado, divertido y encantado leer, tanto o más que a mí escribirla.

He disfrutado mucho escribiéndola y, he de decir, que es una de mis novelas más emocionantes.

Si te ha gustado, por favor, házmelo saber. Me encantaría leerte y poder comprobar qué te ha parecido. Puedes hacerlo escaneando este código QR:



En agradecimiento, quiero regalarte el primer capítulo de otra de mis novelas publicadas, La chica misteriosa de Seúl. Espero que disfrutes de la lectura.

Mil veces, gracias♥

La Chica Misteriosa de Seúl



Seúl, Corea del Sur

Despierto bruscamente con el sonido de las notificaciones que me están llegando al móvil. Me fijo en la hora y es demasiado temprano para levantarme de la cama en mi día libre, así que me doy la vuelta y me tapo la cabeza con la almohada para tener algo de calma. Es imposible, no para de sonar el maldito teléfono. Me doy por vencida y miro. *¡No me jodas!, e*xclamo al ver la pantalla. Jisoo me está mandando los cotilleos y aparezco por todas partes con titulares como: "¿Quién es esa chica misteriosa?" "¿Quién es la mujer misteriosa que acompaña a nuestro actor favorito?" "Adoramos el estilismo de la chica misteriosa"

Le mensajeo inmediatamente para que me ponga al día de porqué narices estoy en boca de todos.

Aura: ¿Qué está pasando? Jisoo: Pues que al querer ser anónima, has despertado la curiosidad de todos, al parecer.
Aura: No, no, no, joder. Que desastre.
Jisoo: Tranquila, esto en unos días se pasa. Sólo deja que pase, no te preocupes.
Aura: Lo que me preocupa es que dirá él. Estoy jodida. Jisoo: No pasará nada. Esto es algo que nadie se hubiera imaginado.

Estoy en shock y no puedo reaccionar mientras Jisoo me sigue intentando tranquilizar. Sólo puedo pensar en cómo se lo tomarán Min y Jun. ¿Mi aventura en Corea se habrá acabado?



Madrid, España *Algunos meses atrás...*

—Antes de empezar, tengo algo que decirte —dice Jisoo nada más aparecer en mi pantalla.
—Dime.
—Resulta que esta mañana ha venido un mánager a mi agencia pidiendo que consigamos alguien español para su cliente famoso. Nos ha dado una lista de requisitos concreta. Que sea de nacionalidad española y hable castellano. Que también hable a la perfección el inglés y como opción que hable coreano. He pensado en ti al instante.
—Pues no sé porqué has pensado en mi, la verdad ¿me lo explicas? —contesto sonriendo y encogiéndome de hombros.
—Primero, porque tu reúnes todos los requisitos que pide. Segundo porque llevas mucho tiempo queriendo venir a Corea y tercero porque el trabajo es increíble mires por donde lo mires.
—¿Ah sí? A ver, como de increíble es, cuenta, cuenta.
—El salario es de más de siete millones de Wons netos y son solo nueve meses.
Me pongo a calcular para averiguar cuanto es el salario en euros.
—¡Cinco mil euros! —exclamo cuando veo la cantidad en la pantalla

de mi móvil.
Entonces me pongo a pensar en que Seúl es muy caro y ya no me parece tanto dinero.
—¿Los alquileres en cuanto están ahora?
—Pues depende la zona en la que tengas que vivir, porque tendrás que alquilar cerca de donde tengas que ir a trabajar. Si quieres puedo preguntarle al mánager las condiciones del trabajo y así salimos de dudas.
—¿Ahora?
—Pues sí, ahora —dice Jisoo agitando su móvil.
Marca el teléfono y pregunta por un tal Min. Le dice que es de la agencia y que puede que tenga a alguien interesado en el trabajo pero necesita saber en que consiste concretamente y que condiciones tendría. La voz del teléfono dice que lo que necesita su cliente es que el español esté todo el tiempo hablándole en ese idioma ya que en unos meses comenzará el rodaje de una película en España y quiere hablar perfecto. El horario no puede determinarlo, no sería nada fijo, pero en general serían bastantes horas acompañando al actor a gran cantidad de sitios. Jisoo le pregunta si tiene preferencia con que sea una mujer o un hombre y Min le dice que eso no es relevante en absoluto. También le pregunta si la persona tendría días libres y le responde que tendrá un día libre fijo a la semana y quizá más o menos en función de las necesidades del actor. Ahora le pregunta por las dietas, el alquiler y el transporte y la voz contesta que el transporte será el chófer del actor y que, él mismo, se encarga de buscar un lugar de alojamiento. Las dietas correrán a cargo de la persona, pero en muchas ocasiones comerá de camino a algún sitio o con el equipo del actor, así que no tendrá que pagar casi por la comida. Le dice que se han puesto unas condiciones muy cómodas y favorables, para facilitar la búsqueda de la persona indicada para el puesto. Jisoo le da las gracias por la información y le dice que se la trasladará a la persona interesada y le volverá a contactar pronto.
—Pues ya lo has oído. Está genial, ¿no?
—La verdad que las condiciones son muy buenas y el dinero es bastante, pero eso de que tendría que ir a todas partes con el actor... no me gusta nada.

—Sí, sabiendo lo que te encanta tu anonimato, esa es una gran pega. Pero lo demás es genial. Mira, vivirás en Corea unos meses, podrás investigar tus raíces, ganar mucho dinero y encima ir de estrenos y fiestas con los famosos ¿qué más quieres? Jajaja — contesta el chico al otro lado de la pantalla sonriendo.
—Precisamente eso, lo del famoseo es lo que no... —respondo poniendo malas caras y moviendo la cabeza de lado a lado.
—No sé, yo creo que es una gran oportunidad que te está dando la vida y no deberías despreciarla solo por no querer estar en público y más cuando eso es fácil de solucionar.
—¿Ah, sí? A ver listillo, dime como de fácil es —digo cruzándome de brazos.
—Mira, te pones una gorra, una capucha y gafas de sol enormes y voilà ¡desapareciste!
—No creo que les haga ninguna gracia que fuera así, la verdad.
—Bueno, podríamos preguntarle al mánager y salir de dudas — contesta Jisoo moviendo su móvil de nuevo.
Yo asiento con la cabeza y él vuelve a marcar. Esta vez me quedo pensativa y no atiendo a la conversación que ambos tienen. Enseguida termina y Jisoo me habla.
—Aura, estás congelada creo. ¿Hola? —dice el chico saludando con la mano. Hooooooola. ¿Estás ahí?
Vuelvo al presente.
—Perdóname, estaba un poco ausente. Dime.
—Ok. Al mánager le gustaría tener una breve videollamada contigo.
—Pe... pero ¿así de sopetón? No, no, no puedo —Niego rotundamente con la cabeza.
—A ver, tranquila. Esto es muy normal. Primero se hace una entrevista como en cualquier trabajo y si le causas buena impresión pues ya está. Mañana los tres juntos a esta misma hora.
—¿Has organizado la entrevista sin mi consentimiento? ¡Serás mamón! —Le digo alzando el puño y acercándolo a la pantalla, mientras el me hace el gesto del corazón coreano y se cachondea.
Tras reírnos durante unos minutos, nos relajamos un poco y comenzamos la clase de hoy.
Jisoo, el chico al otro lado de la pantalla, es el primer coreano al que

empecé a dar clases de inglés y después de español. Llevamos más de dos años conectándonos tres o cuatro veces por semana. Más que mi alumno, ya es un buen amigo con el cual he llegado a compartir mucho de mi misma y de mi historia. Desde el primer día hubo buena vibra entre ambos y eso es genial. Sin duda, es en estos momentos cuando agradezco mucho saber varios idiomas, ya que te abre la puerta a un mundo de posibilidades, como la de conocer gente tan buena como Jisoo o poder irme a Corea, tras tantos años queriéndolo hacer. Ver con mis propios ojos el lugar donde vivió mi abuela hasta que se casó y se fue a Estados Unidos con mi abuelo, es algo que siempre quise. Quizá este trabajo sea esa oportunidad que tanto he estado esperando o quizá no.

{Saranghae: Expresión coreana para decir Te amo}

Despierto en mi luminoso piso de Madrid. Estoy ansiosa porque en una hora tendré la entrevista. Me levanto, voy al baño, me lavo la cara y me miro al espejo con la esperanza de que no tenga toda la cara hinchada por la falta de sueño. He estado gran parte de la noche sin poder pegar ojo. No es que estuviera nerviosa, pero siento que esta podría ser la oportunidad de mi vida y no quiero cagarla. Me seco con la toalla y mis ojos están algo hinchados, pero nada que no se pueda solucionar poniéndome unos minutos la máscara de gel que siempre tengo en el congelador. Voy a por ella y me la pongo mientras me preparo un café. Mientras suena la cafetera, voy abriendo todas las ventanas para airear y saco el tostador. Miro en el mueble y me queda un croissant que compré ayer, así que vuelvo a guardar el tostador y me sirvo en un plato el rico croissant.

Ya han pasado quince minutos. Me doy prisa en desayunar y me voy al baño a peinarme un poco y maquillarme lo justo para tapar un poco las ojeras. Me pongo un poco de rímel en las pestañas, un poco de colorete y un toque de carmín rojo en los labios, que los tengo muy pálidos. Ya es casi la hora. Tengo un serio problema con la ropa. *Tenía que haber puesto la lavadora ayer,* pienso. Rebusco por todo mi armario hasta que doy con una camisa de rayas negras y una chaqueta de traje de color salmón. Quiero dar imagen de persona seria y responsable pero juvenil, ya que tengo 27 años, no estoy jubilada. Dudo si ponerme o no unos pantalones de traje, unos vaqueros o dejarme el pantalón del pijama. Me miro al espejo de mi armario y me veo ridícula medio elegante y medio pijama, así que decido rápidamente ponerme los vaqueros. Ya solo quedan diez minutos y el pelo no me convence, creo que estaría mejor suelto, así que me pongo boca abajo, me quito el moño y lo revuelvo con los dedos. Me giro para arriba y me lo coloco un poco frente al espejo.

Me agrada el conjunto del look, así que me siento, enciendo el ordenador y me conecto con Jisoo que ya está esperándome.

—Wow. ¿Y esta chica tan guapa que se ha colado en la llamada? —dice mi amigo nada más verme a través de la pantalla.
—Con estar presentable me conformo —sonrío.
—Estás perfecta, no te preocupes. Le vas a causar una buena impresión.
—Con no cagarla me conformo, jajaja.
Entra en la llamada un hombre de unos cuarenta años, atractivo, con gafas y vestido con traje. Nos saluda en coreano y le respondo en ese mismo idioma. A continuación me habla en inglés.
—Tu debes ser Aura ¿no?
—Sí y usted es Min, supongo.
—Correcto. Como el tiempo es oro, cuéntame, ¿porqué estás interesada en el puesto?
Me pregunta en coreano y decido responder igual.
—Honestamente, mi abuela era coreana y siempre quise conocer su país natal pero nunca me había surgido la oportunidad, hasta ahora. Además el puesto consiste en hablar en mi idioma natal, pero también en mis otros idiomas y como llevo dando clases a personas como Jisoo, desde hace años y de forma online, pues no es algo que represente un reto difícil para mí.
—Buena respuesta. Jisoo me comentó que podría ser un inconveniente la vida pública para ti —me dice Min muy serio.
—Bueno, inconveniente no. Pero si me gustaría seguir siendo anónima en lo posible, ya que no pertenezco a ese estilo de vida.
—¿Y que has pensado para mantener tu anonimato?
—Ir con gafas, quizá gorras y capucha en público, para tapar mi cara y así cuidar mi identidad. ¿Eso sería un problema? —No, de ningún modo, de hecho algunos miembros del equipo de mi representado van así a menudo, incluso se ponen mascarilla. Había pensado que quizá usted sería más radical, pero veo que estaba equivocado —dice esbozando una leve sonrisa.
Yo le devuelvo la sonrisa y niego con la cabeza. Miro a Jisoo que está totalmente en silencio contemplando lo que sucede. Me

pregunto que estará pensando ahora mismo.
—Aclarado ese punto, si no le importa, me gustaría saber su edad, profesión y estado civil —expresa de pronto en inglés.
Yo le contesto también igual a todo y me doy cuenta de que el hecho de que cambie del coreano al inglés es para ponerme a prueba. Parece que se queda satisfecho con mis respuestas, así que me pregunta si tengo mis papeles en regla y me comenta que me conseguiría una visa de trabajo de un año y un alojamiento en la zona comercial de Seúl con una renta económica, ya que la empresa tiene diferentes acuerdos con dueños de edificios. Me pregunta ahora si tengo preferencia entre una habitación o un apartamento, ya que tiene conocimiento, de que en España, las viviendas no son tan pequeñas y desea que esté cómoda dentro de lo posible. Le contesto que prefiero un apartamento aunque sea pequeño, pero que tenga baño y cocina al menos. Se ríe y asiente. Jisoo le dice algo en coreano que no escucho bien y se vuelven a reír. Creo que ha hecho un chiste.
—¿Estarías dispuesta a venir a Corea en un mes?
Pienso unos segundos antes de responder.
—Creo que sí. Supongo que me dará tiempo a poner las cosas en orden por aquí.
—Bueno, quien dice un mes, dice algo más, tampoco te agobies —me habla en coreano y me tutea.
—Claro —digo haciendo un gesto con la mano y sonriendo.
—Perfecto entonces. Te mando el contrato en unos días y arreglo lo de tu visa y el alojamiento mientras llegas aquí, ¿ok?
Asiento con la cabeza educadamente y sonrío haciendo un gesto de gratitud coreano. Se despide de nosotros y sale de la videollamada.
—¡Que te vienes a Corea! —grita Jisoo al otro lado de la pantalla.
—Al parecer si —contesto todavía un poco sin creérmelo.
—Eras la mejor candidata y se lo has hecho saber. Has estado simplemente increíble. ¡Enhorabuena!
Jisoo y yo hacemos una especie de celebración y decidido tomarme el resto del día libre. Miro mi agenda y tengo toda la semana llena de clases y cero ganas de darlas ahora que, Corea, es casi un hecho. Llamo a mi hermana para contarle la noticia y nos vamos a tomar un

café juntas a nuestro bar de siempre.
—Bueno hermanita, que te ha dado para irte así de repente a Corea —dice mi hermana tomando un sorbo de su café.
—¿Que que me ha dado? Pero si llevo toda la vida diciendo que quería ir allí. Además ha surgido la oportunidad de repente y me he dejado llevar.
—¿Y que vas a hacer con las clases?
—Pues dejarlas.
—¿Nueve meses? Que locura. Aunque el sueldo esté genial y todo, es una locura irte así de buenas a primeras.
—Que pasa que no quieres que me vaya ¿no? —digo poniendo cara de pena y morritos a mi hermana.
—Hombre, está claro que no me hace ni puñetera gracia que te vayas a miles de kilómetros de mi.
Noto la tristeza en sus ojos. Ella ha sido como una madre para mí desde que murieron nuestros padres siendo yo adolescente. Sé que su instinto protector le puede más que su amor de hermana y que el hecho de que me vaya tan lejos le hará sufrir, pero espero que no demasiado.
—Es la oportunidad de poder conocer el país de la abuela, su cultura, la gente...
—Y comprobar si nos queda familia allí, dilo Aura.
—Si, bueno, eso también. Siempre he pensado que quizá tengamos familia allí y me gustaría conocerla.
—¿Qué pasa que no te basta conmigo? —dice burlándose.
—Que tonta eres. ¿Tu no tienes curiosidad?
—No. Aunque tuviéramos familia allí, ¿que mas daría? Para mí eso no significa nada porque no les conozco, no he vivido con ellos, no tengo nada que ver. Mi única familia eres tu.
Toma otro sorbo largo de su café y mira para un lado con indignación. No soy capaz de comprender una reacción tan desmedida, así que intento calmar la situación.
—¿Sabes que trabajaré para un actor famoso?
—Como de famoso —contesta mirándome de reojo y levantando la ceja.
—No lo sé, supongo que muy famoso, porque con el sueldo que me

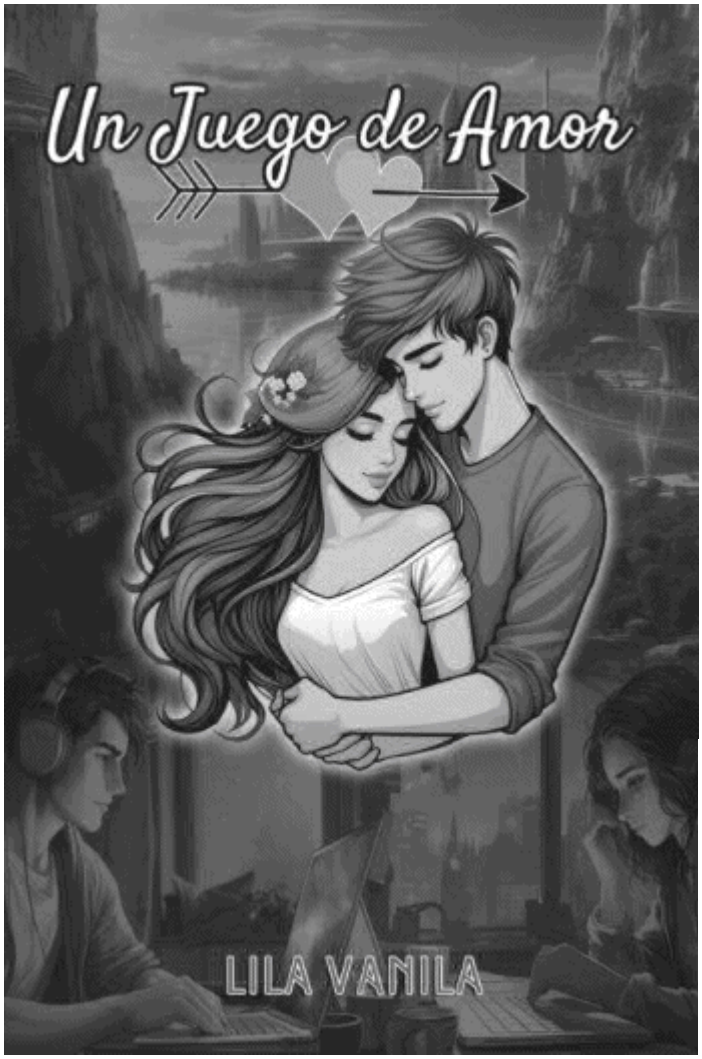
paga...
—¿Es que no sabes quien es? Vaya tela.
—Bueno, es que solo he hecho la entrevista con el mánager de él. Por cierto un hombre súper atractivo, te gustaría.
—No me van los asiáticos, prefiero un buen macho español.
—Los coreanos son muy guapos por lo que he visto en internet, al menos los famosos.
—Pero si están súper afeminados.
—No todos. Los hay muy masculinos también.
—Verás cuando llegues y los veas a todos con la misma ropa, el mismo corte de pelo y maquillados. Pagaría por verte la cara que se te va a quedar, jajaja.
Seguimos tomando café y charlando más tranquilamente durante un par de horas. Luego mi hermana decide que vayamos de compras y me arrastra hasta su coche. Se empeña en que me compre de todo, pero la logro frenar y convencer de que lo hagamos más adelante, al menos, cuando ya haya firmado el contrato. Me lleva a casa y nos despedimos.
De nuevo en mi pequeño piso, decido crear una lista de tareas que hacer antes de irme. Me sorprende que esté tan convencida y que no me hayan atacado ya los miedos, las dudas y las excusas, pero es que todo ha sido tan rápido que creo que aún estoy en shock intentando procesarlo todo poco a poco. Me siento en la mesa junto a la ventana con un boli y un pedazo de papel y comienzo mi lista. Tras escribir un rato, cuando leo, me doy cuenta de que no tengo tantas cosas por hacer como pensaba. Aunque son cosas bastante importantes como dejar el piso en orden antes de irme, con todo desconectado, nevera vacía y todo bien cerrado.
Por primera vez, viviré en otro lugar que no será el piso donde nos criamos mi hermana y yo junto a nuestros padres. Ese pequeño piso nos vio crecer y me ha visto madurar, trabajar y hacer cosas por primera vez. Tantos recuerdos me ponen un poco triste, pero a la vez soy feliz de salir de allí para conocer un país nuevo y desconocido. Me pregunto, *¿qué aventuras me esperan en Seúl?*

¿Continuará?

Si te ha gustado este primer capítulo, puedes comprar la novela escaneando este código QR o haciendo clic **AQUÍ**:

Y descubrir así, la bonita y emocionante historia de amor entre Aura y Jung Ji.

Echa un vistazo a mi primera novela AQUÍ o escaneando el código QR:


Un Juego de Amor
LILA VANILA